

**SAN
JUAN EUDES**

Introducción y selección de Textos Escogidos de

Paul Milcent

Traducción de los P.P. Bernardo Hurtado y Juan Francisco Sarasti J.

NIHIL OBSTAT París, 12 de Julio, 1963 A. Guerandel, c.d.

IMPRIMI POTEST

París, 14 de Mayo, 1964

A. Le Bourgeois,

Sup. Gren. de los Eudistas

PUEDE IMPRIMIRSE

Es traducción exacta

Jorge Moreno Palacio

Vicario de Religiosos

Medellín, 15 de Octubre de 1976

Primera edición en lengua española.

Edición dirigida por Sergio Mejía Echavarría:

Ap. Aéreo: 36-77 - Medellín, Colombia.

Impreso en Editorial Gamma - Medellín, Colombia.

Este libro se terminó de imprimir
el día 20 de Octubre de 1976,
en la Editorial Gamma,

Medellín - Colombia.

PRESENTACION

San Juan Eudes, del P. Paul MILCENT, eudista apareció en francés en 1965.

Este libro tiene la gran ventaja de ofrecer, después de una buena introducción histórica y doctrinal, una selecta colección de textos del P. Eudes, que se hacen así fácilmente accesibles; y presta grandes servicios a los miembros de la gran familia eudista que leen francés. Personalmente lo he utilizado a menudo cuando he tenido que presentar los temas esenciales de la espiritualidad de San Juan Eudes.

Fue, pues, muy satisfactorio para mí saber que las Hermanas del Buen Pastor de habla española tenían en proyecto la publicación de dicha obra en castellano. Por fortuna dieron con traductores calificados, los PP. Bernardo Hurtado y Juan Francisco Sarasti, eudistas colombianos, quienes, no solamente poseen perfectamente el francés, sino que tienen un conocimiento excelente de la vida y de la doctrina espiritual del Fundador de nuestra Congregación, y quienes, por añadidura, tuvieron el cuidado de hacer revisar su trabajo por otros cohermanos.

Convencido de que la presente edición será un gran aporte para los herederos espirituales de San Juan Eudes de habla española, me permito recomendarla calurosamente. Y agradezco de la manera más sincera a Sor Matilde Alvarez, asistente general de las Hermanas del Buen Pastor, quien tomó la iniciativa de esta publicación, y a todos los que, de una u otra manera, han colaborado con ella en su realización.

Clément GUILLON
Superior General de los Eudistas
Roma, 28 de septiembre de 1975.

I N D I C E

Presentación VII

Indice Ix

INTRODUCCION 1

I. VIDA 3

Infancia y Juventud . . 3

El Oratorio 5

Las Creaciones 9

Las grandes luchas y la muerte 115

II. DOCTRINA . 19

Orígenes . - 19

Temas principales 28

Divulgación 40

III. "Y QUE VUESTRO FRUTO PERMANENZCA' . 42

Notas - - 45

Cronología . . 48

Bibliografía 51

TEXTOS ESCOGIDOS 57

I. EL CUERPO MISTICO DE JESUCRISTO 59

1. "Omnia in omnibus Christus" 59

2. El cuerpo místico .. 60

3. Los "Estados, y Misterios" de Cristo . 62

H. LA ENTRADA EN EL CUERPO MIS71CO 64

4. La Fe . 64

S. Vida de Fe - . . 65

6. El bautismo es una nueva creación 66

7. El bautismo es una muerte y una resurrección 67

8. Por el bautismo Dios nos hace entrar en comunión con El 68

9. y 10. El "carácter" bautismal 69

III. MUERTE Y VIDA NUEVA EN JESUCRISTO	71
11. Muerte al Pecado	7 1
12. Renuncia al mundo	7 1
13. Desprendimiento de sí mismo	7 3
14. Desprendimiento de Dios mismo	7 5
15. Formación de Jesús en nosotros	7 6
16. Cómo formar a Jesús en nosotros	7 8
17. Un bello texto de oración	7 9
18. "Venid, Señor Jesús"	8 0
IV. CONTINUAR LAS VIRTUDES DE JESUCRISTO	81
19. Las virtudes cristianas	8 1
20. Un ejemplo	8 2
21. La humildad y la confianza	8 3
22. La humildad de espíritu	8 3
23. La humildad de corazón	8 4
24. La confianza	8 5
25. Actos de amor a Jesús	8 7
26. La sumisión a la Divina Voluntad	.89
27. La Divina Voluntad	9 1
28. 11 11 11	9 2
29. Caridad Fraternal	9 2
30. Una paráfrasis de San Pablo	9 4
V. CONTINUAR LAS ORACIONES DE JESUCRISTO	93
31. La oración	9 6
32. La oración mental	9 6
33. La oración vocal	9 7
34. Hacer todas sus acciones en espíritu de oración.	98
35. La lectura espiritual	9 8
36. Hablar de Dios	9 8
37. Comenzar nuestras acciones con Jesús	9 9
38. En la vida de todos los días	9 9
39. Ejemplos: los descansos	1 0 0
40. o los cambios de sitio	1 0 1
41. María en la oración cristiana	101
42. Una oración característica	103
VI. CONTINUAR EL SACRIFICIO DE JESUCRISTO	1 0 4
43. Jesucristo, soberano sacerdote	1 0 4
44. Participación de los laicos en la misa	1 0 4
45. El martirio	1 0 6
46. El espíritu del martirio	1 0 7
47. El voto del martirio	107
48. Máxima, tipo perfecto de la vida cristiana	1 0 9

VII. SANTIDAD DEL SACERDOCIO CRISTIANO 111

49. Sacerdocio y Misterio de la Santísima Trinidad. 111
50. y 51. El Santo Orden del sacerdocio de Jesús .. 112

VIII. MISION DEL SACERDOTE . 117

52. Mediador, Juez y Salvador con Jesucristo 117
53. "Sic Jesu dilexit animas" . 118
54. Consejos a los Predicadores 119
55. a 58. "Juan Eudes, sacerdote misionero" 120
59. Una oración litúrgica . 125

IX. EL CORAZON DE MARIA 127

60. El Cuerpo Místico nació en el Corazón de María. 127
61. En el Corazón de María, encontramos a Jesús. 129

X. EL CORAZON DE JESUS 132

62. Un corazón nuevo para ser vuestro corazón 132
63. "El Corazón de Jesús y María" 134
64. Misa en honor del Divino Corazón de Jesús 135

INTRODUCCION

1. VIDA (1601.1680)

Infancia y juventud.

Era el tiempo de buen rey Enrique.

Francia respiraba, después de treinta años de disturbios atroces. Luis, el delfín, acababa de nacer: testigo la linda "plaza Delfín", construida en esos años en el extremo de la Cité. En esos comienzos de siglo todo parecía nuevo.

En las regiones de Argentan, en Normandía, las buenas gentes se habían dedicado al cultivo de sus fértiles tierras. Había allá en el pueblecito de Ri, una familia de campesinos, un poco diferente de las demás. Isaac Eudes, el padre, había hecho estudios; hasta había pensado en el sacerdocio. Agregaba al trabajo de la tierra, el arte de cirujano, (que en ese tiempo también exigía energía). Cristiano serio, severo, seguía siendo hombre de oración, recitando el oficio como un clérigo. Su esposa, Marta, participaba de su fe con algo de rudeza. Era mujer de carácter: se dice que un día cierto pariente suyo fue muerto en duelo; si la justicia descubría el cuerpo, la familia caería en deshonra, y perdería bienes ... De inmediato, Marta decide enterrarlo en un campo, y durante la noche hace arar todo el huerto para borrar cualquier huella.

Largo tiempo deseado y pedido en la oración, nació Juan en ese cristiano hogar el 14 de noviembre de 1601. Creció en la fe y el temor de Dios. Seguramente la educación fue severa: su sensibilidad un poco reprimida parece haberse expandido más en la edad madura, rejuvenecida por la caridad. Además la fe carecía de alimento sólido, en esa parroquia "en la que había muy poca instrucción para la salvación, y en la que muy pocas personas comulgaban con mayor frecuencia que en Pascua"(1).

Su hermano, por ejemplo, el historiador Eudes de Mézeray, casi no da muestras de devoción. Mas en Juan la gracia actúa.

3 -

y él se deja guiar. De golpe, este joven, superando la "moral" que se le infunde, descubre la amistad viva con su Dios. A los seis o siete años, creyéndolo perdido, su madre, llena de inquietud, lo encuentra en la Iglesia, entregado a la oración. Hacia los nueve años, presenta la otra mejilla a un compañero que le ha abofeteado: desde entonces tomaba en serio el Evangelio, lo que sería la característica de toda su vida. Desde los doce años comulga todos los meses. El amor de Cristo lo adiestra para el esfuerzo; por ejemplo, para vencer su carácter, que no debía ser fácil, como también para dominar su cuerpo: aún antes de abandonar su pueblo para ir a estudiar a Caen, se consagró a Dios por el voto de castidad.

En Caen, es alumno de los Jesuitas en el colegio de Monte; toda su vida conservó una gran veneración para con sus maestros. Nunca olvidó al buen Padre Robin, su primer "regente" que lo dirigió durante tres años: "él nos hablaba con frecuencia de Dios, y con un fervor extraordinario". Estaba abierto siempre a cuanto fuera conocimiento íntimo y personal de Dios.

En el colegio formó parte de la Congregación Mariana, en la que Nuestro Señor le otorgó grandes gracias. Estamos en 1618.

Ese mismo año, moría en Pontoise una santa Carmelita, la Madre María de la Encarnación, cuyo nombre en el mundo había sido señora Acarie. Relacionada con todo lo que en esos años había de

fervoroso en París, fue como el símbolo de un gran movimiento de renovación que empezaba en ese comienzo del siglo, para levantar a los cristianos de Francia. Fue junto a ella donde su joven primo Pedro de Bérulle había avivado su sed de Dios; fue en casa de ella donde por primera vez encontró al Señor de Ginebra (San Francisco de Sales). Fue ella quien le impulsó a introducir en Francia el Carmelo de Santa Teresa, en el que ella debía entrar. En su círculo espiritual se encontraba el cartujo Don Beaucousin, que fue director de Bérulle; el santo capuchino Benito de Canfield y el célebre Padre Coton, jesuita. Fue en ese ambiente fervoroso donde nació el proyecto del Oratorio de Jesús, realizado por el Señor de Bérulle en 1611; por un momento el joven Señor Depaul (que será San Vicente) pensó dar su nombre a la nueva Congregación.

También en Caen amanecía un movimiento espiritual. Por ejemplo, las Carmelitas reformadas se habían establecido en 1616, y el Oratorio vino a unírseles en 1622. Seguramente Juan

4 -

Eudes había oído hablar mucho antes del Padre de Bérulle y había vislumbrado su "espíritu de gracia". Se cuenta en efecto que una santa viuda de los alrededores de Ri, la señora de Sacy, castellana de Bazoches, había notado la mirada despierta e inteligente del joven Juan Eudes, y gustosa sostenía con él conversaciones como de personas grandes; por aquel entonces ella había escogido al Padre de Bérulle como director espiritual y con ese fin iba a visitarle a París ... En todo caso, encontramos que ya Juan Eudes piensa en el sacerdocio, y que dirige sus miradas hacia esa joven congregación sacerdotal recientemente establecida en Caen. Siempre le gustará, en las obras que se hacen por Dios, lo que es nuevo, atrevidamente dirigido hacia el porvenir. Y además, el espíritu del Padre de Bérulle -o lo que él así presiente- esa fe maravillosa en el Verbo Encarnado, esa alta estima del sacerdocio cristiano, debía atraer su alma, ya muy sensibilizada al misterio invisible de la gracia. Parece que desde aquel momento desea el sacerdocio vívido en toda su riqueza, y para ello, en comunidad, pero sin nada más -sin los votos de religión-.

Había que abandonar la casa; si damos fe a la tradición, esa separación fue dramática. Isaac Eudes, había admitido penosamente para su hijo mayor la idea del sacerdocio; Juan había recibido en Sées las primeras órdenes. Pero el Oratorio y París, ¡jamás! Después de vanas instancias, una mañana, Juan ensilló un caballo y partió. Seguro de sí mismo, con toda su voluntad, lo había decidido ... Pero no fue lejos: su caballo se negaba a seguir. Fue necesario regresar, suplicar de nuevo, abandonarse al querer de Dios; finalmente el padre accedió. Y el 25 de marzo de 1623, Juan Eudes fue recibido por Bérulle "en la Congregación del Oratorio, en la casa de Saint- Honoré, en París(2)". Allí fue donde celebró por primera vez el santo sacrificio de la Misa, en Navidad de 1625.

El Oratorio.

La bula de institución, firmada por Pablo V en 1613, traducía muy exactamente el propósito del Padre de Bérulle declarando que el Oratorio tenía "como primer y principal objeto tender totalmente a la perfección del estado sacerdotal ... ; tener una devoción especial a Nuestro Señor Jesucristo, Sacerdote eterno

5 -

y fuente del sacerdocio de la Iglesia... Los Padres pueden ejercer todas las funciones y todos los empleos que convengan propia y esencialmente al orden sacerdotal ...(3) ". Esta será siempre la línea seguida por el Padre Eudes. Y en ello puso él hasta el fin una fe ardiente **corde magno et animo volenti**. ¿Cuándo observó él en la Biblia (4) esta fórmula tan de su agrado y que él vivió tan perfectamente? De 1648 a 1680 la cita por lo menos quince veces en sus obras impresas. Y de esta viva generosidad ha querido él hacer una regla también para sus hijos. "Honrar a Dios y hacer su voluntad -con un gran corazón y un amor generoso, **colere Deum et facere voluntatem ejus**

corde magno et animo volenti". Pero este gran amor, no era solamente el suyo; era en él, el Corazón de Cristo soberano Sacerdote.

Sacerdote, él será pastor con el Buen Pastor. Ahora bien, he aquí que en el rebaño hay ovejas heridas duramente, la peste estalla en tierras de Argentán, su patria. El debe partir, debe abandonar a París, donde estudiaba y predicaba. El superior se opone; él insiste con tenacidad; a la cuarta súplica, Béruile accede y lo nombra para el Oratorio de Caen. Sale para allá a pie, obtiene de su superior de Caen el permiso y se dirige inmediatamente a Argentán y Vrigny. Durante dos meses y medio, indiferente ante el peligro, casi sin descanso - duerme con todos sus vestidos- asiste, cuida y entierra; llevando las hostias al cuello en una caja de hojalata, absuelve y da la comunión a los moribundos. Cuatro años más tarde (1631) repite este servicio en Caen. Se aloja en un tonel en pleno campo, para no contagiar a sus hermanos; con todo, tres de ellos contraen la enfermedad; él corre y los asiste, regresando luego a su ministerio entre los pobres. Eso es tomar en serio el Evangelio. Cree morir de agotamiento y recita lleno de alegría el **Laetatus sum**: "Irás a la casa del Señor..." Pero se cura y emprende nuevamente su actividad sacerdotal.

Sacerdote, se va a predicar el Evangelio de Cristo. Desde 1632 se le ocupa en las misiones; casi cada año predicará dos o tres, durante cuarenta y cinco años, con un total de más de ciento. No se dirige, como suele hacerse ahora, a muchedumbres en parte carentes de fe, sino a "gentes que ya conocen al Buen Dios a quien adoramos, y que hacen profesión de creer las grandes verdades que venimos a anunciarles (5)"; tienen la fe, pero ignoran asombrosamente el contenido de esta fe. Las imágenes que nos han llegado nos dan la impresión de una

6-

palabra extremadamente poderosa, una voz, una mirada, un comportamiento que se apoderaban de las almas y las abrían a Dios por fuerza irresistible. Era consciente de esta fuerza que le daba su naturaleza y que su fe ardiente le multiplicaba. Atestigua él mismo -para referirlo todo a la gracia- éxitos extraordinarios de sus misiones, "grandes efectos de gracia" y "bendiciones maravillosas" que allí obraba Dios, muchedumbres transportadas por su palabra. En Valognes, en 1643 la "muchedumbre de gente era tan grande, cuenta él, que yo estaba obligado a predicar todos los días fuera de la ciudad, detrás del castillo; cerca de cuarenta mil personas se reunían los domingos y fiestas". En 1671, a los setenta años, predica en el castillo de Versalles: "Delante del Santísimo expuesto, Dios me ha concedido la gracia de hacer dos **valientes** exhortaciones en presencia de la Reina teniendo el sol(6) en la mano, y una tercera aún más **valiente** delante del Rey" (55 a 58).

El testimonio de los demás confirma el suyo: "Este gran predicador, el Padre Eudes, la rareza de su siglo. . ." nota el señor Olier, en su diario íntimo(7), desde 1642; y desde esta fecha deseaba él hacerle predicar en su parroquia de San Sulpicio. Y San Vicente escribe en 1660: «Algunos sacerdotes de Normandía, dirigidos por el Padre Eudes de quien, creo, habéis oído hablar, vinieron a dar una misión en París con una bendición admirable. El patio del hospicio de los Quinze Vingts es muy grande, y con todo era pequeño para dar cabida a las gentes que venían a las predicaciones».

Para el servicio de las misiones, Juan Eudes, hombre práctico y realizador, hace editar pequeñas obras, instrumentos muy cómodos para sus cohermanos: **El Ejercicio de piedad** (1636), manual para la vida cristiana de todos los días; el **Catecismo de la Misión** (1642) que resumía por preguntas y respuestas la enseñanza elemental que él daba a los niños y a muchos padres de familia, durante sus misiones, con agrado particular, finalmente las **Advertencias a los confesores misioneros** (1644).

Sacerdote, Juan Eudes vive en el deseo constante de despertar las almas a la fe, al amor de

Cristo. Muchas almas tienen confianza en él y le piden consejo. Laicos, hombres y mujeres, personas felices y almas atormentadas; la fiel señora de Camilly, buena madre de familia, como también María des Vallés, la extraña y santa mística de Coutances. Un gran número de religiosas se dirigen a él. Causa admiración la autoridad espiritual

7-

con que, desde 1629, este joven sacerdote de veintiocho años, salido de campo, se dirige a la "señora de Caen", Lorenza de Budos, la gran abadesa reformadora de la Abadía de Damas, ilustre por su nacimiento y por su cargo... A cambio de su ayuda espiritual, Juan Eudes encuentra en ella un apoyo eficaz para su acción apostólica. En Caen, en París, él aconseja, dirige, enfervoriza con su fe comunicativa las comunidades de Carmelitas, Benedictinas, Ursulinas ...

Este ministerio lo lleva además a escribir y publicar. Su primera gran obra, que sigue siendo su obra maestra, está dirigida a las almas que buscaban a Dios bajo su dirección: **La vida y el reinado de Jesús en las almas cristianas** (1637). Está dedicada a la señora Budos "como una cosa que es completamente suya", pero la dirige además "a todos los cristianos que desean servir a Dios en espíritu y en verdad" ya que «ser cristiano y ser santo no es más que una misma cosa». En su enseñanza se sirve "de medios muy fáciles, muy suaves y muy poderosos" como podemos vivir santamente "acostumbrándonos a mirar, amar y glorificar a Jesús en todas las cosas". Citaremos al respecto copiosos extractos (1 a 48).

Otro libro publicado mucho más tarde, va dedicado a todas las religiosas "que se ocupan en la enseñanza de las niñas". Ursulinas, Visitandinas, Congregación de Nuestra Señora: la **Infancia admirable de la Santísima Madre de Dios** (1676). Puede ser este libro el que nos muestra del mejor modo el conocimiento concreto, vivo, de las almas y de la vida de mundo que él había adquirido durante sus largos años de ministerio. Algunas de sus páginas son de una verdad digna de Molière:

"Hablo de muchas que se dicen cristianas, pero que son más paganas que cristianas. . . Son las que pasan más de la mitad de su vida en dormir y comer, y el resto en idolatrarse delante de un espejo, en jugar grandes sumas de dinero, en bailar y danzar, en leer novelas, en adular, en asistir a comedias, en hacer visitas mundanas en que se hace el oficio de la burla contra el prójimo despedazando su reputación con maledicencias y calumnias. Son éstas las que San Jerónimo llama las Amazonas del diablo" que se arman de pies a cabeza para hacer la guerra a la castidad, y que, por sus cabellos rizados con tanto aflicción, por sus lunares postizos, por la desnudez de sus brazos, de sus espaldas y de su cuello,

8-

dan muerte a esta princesa del cielo en las almas. Las que suelen verse por las tardes sentadas en los mostradores con jóvenes afeminados, o pasearse con ellos hasta las diez u once de la noche, en plena oscuridad(9)".

Pero no podemos demorarnos en esto ni citar largamente lo referente a cuestiones muy circunstanciadas que el libro del Buen Confesor propone a la conciencia de oficiales de finanza, capitanes y soldados, escribanos y sargentos, taberneros, carniceros o boticarios ... Sí, Juan Eudes, misionero y director de almas, conocía muy bien el corazón del hombre; conocía los pecados que lo encadenan, como también los caminos misteriosos de la gracia, que poco a poco lo van llevando al Amor.

Sacerdote, se sentía cada vez más el hermano de todos los demás sacerdotes, cada vez más llamado a prestarles ayuda humilde en su vida sacerdotal: y es esta una de las líneas centrales de su

vocación. De allí salieron grandes decisiones, las que nos ocuparán ahora.

Las creaciones.

Congregación de Jesús y María. - Juan Eudes es hombre de acción. Desde el principio de su formación, había adquirido junto al P. de Bérulle una grandísima estima del sacerdocio, un sentido muy profundo de la misión del sacerdote en el servicio del pueblo cristiano, al que debe hacer un pueblo santo, -un pueblo totalmente sacerdotal. Esta convicción se va a traducir muy pronto en actos. Y éstos son necesarios: los sacerdotes son numerosos, demasiado numerosos, y con frecuencia mediocres, aun indignos; se buscan los 'beneficios' por motivos que nada tienen de espirituales; la ignorancia es profunda, de lo cual no podemos extrañarnos, pues no había ninguna institución encargada de formar a los futuros sacerdotes. De esta falta de formación saca San Juan Eudes en sus misiones una cruel evidencia. Desde 1641, suele él reunir a los sacerdotes cada semana durante sus misiones y se le hacen patentes los resultados: se logran los conocimientos necesarios y hasta se logran profundas conversiones. Estas enseñanzas que él debe a los sacerdotes se encuentran desarrolladas en los libros que escribió y publicó: **El buen Confesor** (1666), el **Memorial de la vida eclesiástica** y **El**

9-

predicador apostólico (estas dos obras fueron póstumas 1681 y 1685). Adquirió, además, durante sus misiones, la experiencia de una colaboración fraterna con otros sacerdotes, los cuales algunos llegaron a ser sus "compañeros de equipo" muy apreciados y con frecuencia admirados: los beneficios que se pueden esperar de la vida común en el ministerio de los sacerdotes, se le hacían cada vez más patentes.

Se imponía una acción institucional. Es verdad que ya el Concilio de Trento había dado alarma, con el Decreto **Cum adolescentium actas** (1563); en diversas regiones se habían establecido escuelas clericales, en las que se recibían jóvenes desde los doce años. Hasta se habían formado grupos de sacerdotes con ese fin.

El Oratorio había abierto ya esos seminarios: uno de los primeros fue el de Lucon, por petición de Richelieu, joven obispo de veinte años(10). Pero estas realizaciones eran insuficientes y de muy limitados efectos: entrados demasiado jóvenes, los aspirantes no perseveraban. Algunos de esos ensayos duraron muy poco. Se hacía necesaria cosa diferente, y muchos apóstoles la buscaban. A este respecto, fue seguramente San Vicente un pionero cuando propuso la nueva fórmula:

Hay que respetar lo ordenado por el Concilio como algo que nos viene M Espíritu Santo. Con todo, la experiencia nos hace ver que la manera como se le da cumplimiento no logra su objeto en lo que se refiere a la edad de los seminaristas. Es cosa muy distinta si se les recibe ya a la edad de veinte, veinticinco y hasta de treinta años... (11).

Por eso transformó su "College des Bons-Enfants" en Seminario de ordenandos. Parece que, por su parte, también el Padre de Condren, discípulo escogido de Bérulle, y maestro muy amado de Juan Eudes, tuvo las mismas ideas, pero en secreto y con sus "demonios" habituales. Los seminarios del Oratorio eran del primer tipo; él los conocía por propia experiencia, pues había dirigido (solamente durante algunos meses, sin que sepamos por qué(12) el de Langres, después el de Saint-Magloire de París. Sabemos que preparó intensamente, con miras a una nueva tarea -la que nos ocupa precisamente- un pequeño grupo de sacerdotes no oratorianos: tarea fácil, le explicaba a uno de ellos, "con tal que no se reciba sino a jóvenes cuyo juicio, ya formado, permita

juzgar si están llamados al servicio del altar(13). El señor Olier era uno de esos sacerdotes.

Pues bien, estas ideas estaban sin duda difundidas en los fervorosos centros de la potente Compañía del Santísimo Sacramento; San Vicente y el P. de Condren se cuentan precisamente entre sus iniciadores; el señor Olier era miembro activo; y el Padre Eudes fue en Caen, junto al barón de Renty, uno de sus instrumentos más ejecutivos(14). Estas ideas se juntaban con las de Richelieu que en 1642 tomó la iniciativa de una entrevista con el Padre Eudes con ese fin. Y las realizaciones explotaron en cadena: el señor Olier en Vaugirard, San Vicente en los Bons-Enfants, y finalmente el Padre Eudes en Caen.

Pero el Padre Eudes no estaba libre. Su proyecto, madurado en secreto, según un principio del Padre de Condren(15), no logró acogida del sucesor de Condren, el Padre Bourgoing. ¿Por qué razones? ¿Se temía acaso (sin razón) que esta obra alejara al Padre Eudes de la predicación? ¿Se negaba acaso el Oratorio a dar acogida al nuevo tipo de seminarios tal como lo proponían los miembros de la Compañía del Santísimo Sacramento? lo cierto es que Juan Eudes se propuso seguir adelante. Y esto no se hizo a la ligera. Sabía él a qué pérdidas se exponía: la amistad de sus hermanos de Caen, de quienes era el superior; la estima del Oratorio, Congregación ya muy poderosa; una "posición" - **humanum dico**- ya muy brillante y llena de promesas (poco antes había sido nombrado por el Arzobispo de Rouen superior de las misiones de Normandía); y todo ello por lanzarse en una aventura llena de incertidumbres y peligros. Pero él había orado, consultado y reflexionado largamente. Además, sin lugar a duda, y según sus principios recientemente formulados, había renunciado "enteramente y para siempre" a todos sus "deseos, voluntades e inclinaciones" como ~lo debemos hacer "cada vez que emprendemos algunos proyectos piadosos, o cuando hacemos alguna santa acción por la gloria de Dios" dispuestos siempre a Interrumpir o abandonar completamente ese proyecto o esa acción" sin perder la paz del alma, si eso era la santa Voluntad de Dios (14). Ni abandonó ese proyecto, ni interrumpió dicha acción; salió del Oratorio. Y nunca después, ni siquiera en las más fuertes batallas que le valió dicha decisión, llegó a manifestar el menor disgusto por haberla tomado. Decisión atrevida, desgarradora, cuyo único objeto fue el bien del Reino de Dios(16): una vez más, tomaba en serio el Evangelio.

1 1 -

Juan Eudes ha fundado pues, en Caen, un seminario de ordenandos. Algunos sacerdotes jóvenes aceptaron seguirle, y el 25 de marzo de 1643, hicieron con él una peregrinación a la Délivrande (a tres leguas de Caen) para confiar a Nuestra Señora la nueva empresa. En la humilde casa alquilada, "Ta Misión" como se le llamará en Caen, no se seguían al principio estudios eclesiásticos como suele hacerse ahora. Se hacían, antes de las órdenes, estadías más o menos prolongadas a manera de retiros espirituales simultáneamente con sesiones de formación pastoral (administración de sacramentos y canto llano, casos de conciencia, estudio práctico de la Escritura) ... ; también había pensionados que seguían cursos en la universidad. Muchos sacerdotes iban allí a formarse y en algunos casos a reformarse. Siguieron pronto otra, fundaciones: Coutances, Lísieux, Rouen, Evreux y Rennes. Poco a poco, además, se iban alargando las estadías preparatorias a las ordenaciones. Pronto se comenzó, especialmente en las ciudades que carecían de universidad, a dar clases propiamente dichas.

Había nacido, pues, la Congregación de Jesús y María, sociedad plenamente sacerdotal, al servicio del sacerdocio diocesano:

"Su estado es eclesiástico, dicen las **Constituciones**, y su propósito es permanecer siempre en el orden de la jerarquía eclesiástica". "No reconoce ella a ningún otro Institutor fuera del que ha instituido el santo orden sacerdotal, es decir, el Soberano Sacerdote Jesucristo Nuestro Señor. Ella lo adora como a su Fundador. su Superior y su Padre".

Su espíritu "es el espíritu del soberano Sacerdote, Jesucristo Nuestro Señor, que los sacerdotes deben poseer en plenitud, a fin de comunicarlo a los demás".

Era ésa una empresa fiel a Bérulle. Pero con una particularidad definitiva: su finalidad "primera y principal es que sus hijos se empleen cuidadosamente, por las prácticas de los seminarios, en preparar obreros irreprochables para la viña del Señor...".

Así es como el Padre Eudes fundó, con miras a los seminarios, la Congregación de Jesús y María.

Nuestra Señora de la Caridad. - Nuestra Señora de la Caridad tuvo su origen de un modo muy semejante. Se ventilaba, en los "medios de devoción" el problema de la rehabilitación de las jóvenes caídas. Los grupos de la Compañía del Santísimo Sacra

1 2 -

mento propagaban la inquietud, estudiaban proyectos y juntaban experiencias(17). En París, Nancy, Marsella se habían intentado ensayos: se habían abierto casas de rehabilitación o de "refugio". En sus misiones había encontrado San Juan Eudes un buen número de esas personas, deseosas de recuperar una vida digna y estable; había observado personalmente las grandes dificultades que se lo impedían. El problema del retorno y rehabilitación de esas descarriadas atormentaba a este pastor. Ya había hablado de ello con el señor de Bernières, de la Compañía, quizás desde 1634; en espera de mejores circunstancias había colocado algunas de esas "penitentes" en casas de personas de buena voluntad.

Un día de 1641, una de esas personas lo ve pasar con algunos de sus amigos adictos por un barrio de Caen; con toda rudeza ella le interpela: "¿A dónde váis?, seguramente a las iglesias a corner imágenes; y después de eso creeréis ser muy devotos. No es allí donde está la liebre; id más bien a trabajar por fundar una casa para esas pobres mujeres que se pierden por falta de medios y de conducción(18)".

Inmediatamente el Padre Eudes reacciona como hombre de acción: no sigue planeación previa, sino que tiene en cuenta las posibilidades y las experiencias anteriores, haciendo los arreglos que le sugiere su genio realizador. Reacciona además sin vanidad, lo que le costaba más, dada la conciencia que (tenía de su poder: acepta reproches y consejos, imita humildemente lo que otros han hecho bien, tomando hasta el nombre de una casa de Nancy: Nuestra Señora del Refugio.

En un principio no se proponía un instituto religioso, lo descartaba más bien; sin embargo, las dificultades encontradas con su primer equipo de colaboradoras lo obligaron a ello. Su realización fue larga; fue necesario durante diez años el concurso precioso, aunque a veces rudo, de un grupo de visitandinas; la Madre Patin, que las dirigía, alma devota y sacrificada, era malhumorada y tenaz. Finalmente, bajo el nombre de Nuestra Señora de la Caridad del Refugio, el nuevo Instituto emprendió su vuelo; fue aprobado por Roma el 2 de enero de 1666. Contrariamente a los ensayos habidos en otras partes, el Padre Eudes no había admitido penitentes entre las religiosas; dotó eso sí al nuevo Instituto de sólidas constituciones. Era trabajo de buen obrero: de todas las tentativas contemporáneas, sólo vivió el Instituto de Juan Eudes, logrando atravesar la Revolución francesa. Y, como lo podemos atestiguar nosotros mismos, ha logrado una gran prosperi

1 3 -

dad en sus dos ramas: Nuestra Señora del Refugio y Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor.

Fiestas Litúrgicas. - Se hacía necesario alimentar espiritualmente esos monasterios de

religiosas y esas comunidades de sacerdotes. A esos cristianos reavivados en la fe y el hambre de Dios durante las misiones, había que facilitarles el acceso al amor y al Pan de Cristo. Para eso compuso San Juan Eudes oficios litúrgicos. De ello le había dado el ejemplo Bérulle, quien hizo celebrar en el Oratorio la solemnidad de Jesús.

De la misma manera San Juan Eudes hizo celebrar, en los seminarios de su congregación, una fiesta en honor del Divino Sacerdocio de Jesucristo y de todos los santos sacerdotes y levitas, cuyo texto había compuesto él. La fecha asignada era el 13 de noviembre, y su octava terminaba con la renovación de las promesas clericales, el día de la Presentación de la Santísima Virgen (59).

Pero fueron sobre todo los oficios en honor del Corazón de Cristo y del Corazón de la Virgen los que fueron para él los mejores medios de acción apostólica. ¿Cuál es, pues, su origen? Desde su infancia, Juan Eudes había adivinado que el culto cristiano "11 en espíritu y en verdad" es desde luego una ofrenda interior, un don del corazón; lo que importa es el amor. Con Cristo y la Virgen, tenemos por la gracia, vínculos íntimos y personales, vínculos del corazón; y es en el Corazón de Cristo, es en el Corazón de la Virgen en quien Cristo es todo, es ahí donde se ofrece a Dios el sacrificio del amor perfecto. Juan Eudes había leído eso en la Biblia, en los Padres, en los místicos; más cerca de él, en su querido San Francisco de Sales(19), que dedicó su **Tratado del amor de Dios** al amabilísimo Corazón de la Virgen María, o en los libros de su venerado Padre de Bérulle: "¡Oh, Corazón de Jesús que vives en María y por María! ¡Oh, Corazón de María que vives en Jesús y por Jesús(20)!. Estaba a punto para llegar a ser el "Profeta del Corazón(21)".

Ya por los años de 1640 el Padre Eudes había compuesto la salutación "al Corazón de Jesús y María" (el Ave Cor) (63) durante sus misiones solía distribuir el texto a las almas que buscaban a Dios. Por ese tiempo emprendió la composición de su primer oficio, en honor del Corazón de María. Después de varios años de estar redactado dicho oficio, con la aprobación del Obispo, se le celebró por primera vez en público, el 8 de febrero de 1648 en Autun. En los años siguientes, no obstante la encarnizada oposi

14-

ción de los jansenistas, muchos monasterios y conventos en Normandía, Borgoña o Isla de Francia, lo adoptaron: Visitandinas(22), Ursulinas, Carmelitas, Benedictinas; fué aún concedido a congregaciones enteras como la de las Benedictinas del Santísimo Sacramento. Muchos obispos lo habían aprobado y pudieron adoptarlo varias parroquias de las Diócesis de Autun, de Soissons, de Lisleux, d'Evreux, de Coutances, de Toul ... En sus misiones el Padre Eudes organizaba cofradías de laicos dedicadas al Corazón de la Virgen con autorización para celebrar su fiesta. Por eso, en 1672 se alegraba de verla extendida ya "por toda Francia" y manifestaba la esperanza de que se celebrara "un día muy solemnemente por todo el universo".

Pero entretanto, la lógica de su fe lo había inducido a componer otro oficio, en honor del Corazón de Jesús. Inicialmente no había sentido la necesidad de hacerlo, ya que toda la devoción y toda la liturgia cristiana están enderezadas al Verbo Encarnado. Con todo, había podido comprobar los beneficios de su primer oficio, tan provechoso para la fe en ese tiempo cuando soplaban los vientos fríos del jansenismo; y, ¿acaso no es el corazón el signo del Amor?, y, ¿acaso no es el Amor su supremo misterio, principio de todos los demás. fuente de nuestra salvación, esencia del sacrificio de Cristo? En 1672, la Misa y el Oficio estaban ya redactados y habían obtenido la aprobación de varios obispos; Juan Eudes envió una circular a todas las casas de la Congregación para prescribirles la celebración de esta solemnidad.

También hizo participar a las comunidades religiosas de las que era Padre espiritual - las

mismas que estaban celebrando ya la fiesta del Corazón de María. Entre las más fervorosas, estaban las Benedictinas del antiguo monasterio de Montmartre: así fue como, desde 1674, se celebró en la colina de Montmartre, una fiesta solemne del Sagrado Corazón de Jesús (64).

Esta es la razón por la cual Pío X proclamó a San Juan Eudes "Padre, Doctor y Apóstol del culto litúrgico del Sagrado Corazón".

Las grandes luchas y la muerte.

De la acción apostólica de San Juan Eudes, no hemos señalado más que las líneas principales, las cimas. Pero ella fue múltiple, ardorosa y sin interrupción. En sus trabajos se ponía

15-

al servicio del Reino de Dios una rica naturaleza de hombre de acción; él encontraba y debía encontrar en ella una especie de exaltación de sus posibilidades humanas. A veces expresaba ese entusiasmo: "Nunca he saboreado consuelos más **sensibles** que allí donde veo una multitud de gentes que vienen al sermón y que asedian nuestros confesionarios. . . " Entusiasmo de su fe, ciertamente, pero también de su naturaleza tan apta para crear y combatir. El señor de Renty, que lo conocía muy bien, podía escribirle durante una misión: "Córreo sois feliz al encontraros en plena cosecha y cómo siento yo vuestro corazón que quisiera abrirse y derramarse por todas partes para hacer conocer el Reino de Dios en Jesucristo(23).

Pero era necesario que esta actividad se viviera muy puramente por el solo Amor de Cristo - que fuera, cada vez más, un sacrificio de sí mismo completamente desinteresado y unido a la cruz de Cristo. Poco a poco logró adquirir ese despojo y esa pobreza de sí mismo, a través de ásperas y desgarradoras luchas, lo que fue para su corazón en ciertos días, una especie de muerte. Las primeras oposiciones le vinieron de sus hermanos que había tenido que abandonar para establecer el seminario de Caen; lo consideraban, en derecho estricto, como tráfuga, sustraído a la obediencia; en Rouen, en París, en Roma, emplearon durante años su influencia, que era grande, en contrarrestar sus empresas y en impedir su aprobación. Fueron después los jansenistas quienes se opusieron violentamente a este heraldo del Corazón de María; le reprochaban el crédito que él daba a la "beata" María des Vallées. En no pocas ocasiones la autoridad más sagrada tomó partido contra él: en 1650, bajo Monseñor Molé, Obispo de Bayeux, la oficialidad de Caen le prohibió celebrar la Misa en la ciudad, e hizo sellar la puerta de su capilla. Encontramos sus reacciones en sus cartas o en su **Diario**. Unas veces la gracia lo vuelve como insensible: "Dios permitió que yo fuera despreciado, destrozado y calumniado extraordinariamente: cosa que sin embargo me afligió muy poco, por una gracia especial de su divina bondad..." Otras veces habla de todo ello con sonrisa y con un asomo de enternecimiento:

«Los grandes perros de este país, escribe desde Rouen, no han ladrado ni mordido, que yo sepa, al perrito blanco de orejas negras. En cambio, en Caen lo muerden, lo desgarran, lo vuelven pedazos... Pero él pertenece a un Dueño

16 -

que bien sabrá defenderlo cuando le plazca. Si él goza viéndolo sacudir y devorar, **ifiat, fiat!** Yo espero sin embargo que él defenderá su pobre perrito y le dará la fuerza de morder, de degollar y hacer morir a los enemigos de su Dueño, que son los pecados del hombre".

A veces, con todo, se siente abrumado:

"He sufrido, anota él, de parte de algunas personas que me eran muy queridas, y que me causaron, durante varios meses, dolores y angustias tan sensibles, que nunca había sufrido yo en mi vida".

Esto sucedía hacia 1661. Más tarde le ocurrió algo aún peor. Una de sus más grandes pruebas fue la de caer en desgracia del rey: se le acusaba, en efecto, de haber prometido al Papa -en una súplica redactada y presentada sin saberlo él- una obediencia incondicional, sin hacer caso a los derechos del rey: y, desde 1674 hasta 1679 esta desgracia real amenazó la existencia de la Congregación. En todo ello conservó la paz profunda del corazón, y perdonó siempre, "a sus bienhechores", como él decía.

Indignarriente calumniado por el Padre d'Aunay (se le imputaban a propósito de María des Vallées, ¡trece herejías!), no quiso defenderse:

"Puesto que no encuentro en el santo Evangelio que nuestro divino y adorable Maestro haya empleado los medios indicados en vuestra carta, escribe al Superior de Rouen que le aconsejaba defenderse, no puedo resolverme a hacer otra cosa, sino procurar imitarlo en su paciencia y silencio: **Jesus autem tacebat.** - - "

Y agrega:

"Ruego a mi Dios que me perdone a mí y a los que me persiguen".

Con toda humildad se solidariza con sus perseguidores en la demanda de perdón. Tal es la magnanimidad ante la injusticia que el Espíritu de Jesús ha enseñado a esta alma sensible y noble, de ninguna manera indiferente a sus derechos o a su dignidad personal.

las últimas páginas de su **Diario** están llenas de la evocación de sus cruces. Con todo, eso no le impedía trabajar con

17-

mayor valor aún por la salvación de las almas. Continuaba predicando; a setenta y cuatro años, en San Lo, predica al aire libre, ante un vasto auditorio, con extraordinaria fogocidad. Mas, al año siguiente, nueva purificación de viejo luchador: la agitación de un carro "al pasar por un camino lleno de gruesas piedras", le causa en el cuerpo una dolorosa enfermedad, aunque más dolorosa para el espíritu como lo hace notar él, "porque eso me impidió trabajar en las misiones por la salvación de las almas".

Es un anciano de una humildad trasparente. Al salir de una enfermedad grave, escribe: "el Señor me ha curado para darme el tiempo de convertirme y de comenzar una vida nueva...". Que Nuestro Señor y su Santísima Madre me concedan "comenzar a amarlos como debo; pues todavía no sé si he comenzado...". ¡No había vivido más que para ellos! y continuaba viviendo y trabajando por ellos.

Consagra sus últimos años a escribir. Pone término, con tesoros de ternura y entusiasmo, al grueso libro que meditaba desde largo tiempo: **El Corazón admirable de la Santísima Madre de Dios.**

Pone todos sus asuntos en orden, asegura su sucesión a la cabeza de la Congregación. Luego, después de una breve enfermedad, durante la cual---hablabadej paraíso como si ya hubiera estado en él', el 19 de agosto de 1680, a las tres de la tarde, en unión con Jesucristo, muerto en cruz por

amor, entregó su alma a Dios.

Murió como había servido a Cristo y a su Iglesia: **Corde magno et animo volenti.**

18-

11. DOCTRINA

San Juan Eudes no es un escritor. Es, como lo hemos visto, un misionero. Con todo, escribió mucho: sus **Obras Completas**, editadas en 1905-1911, forman doce volúmenes.

Cartas, oficios, tratados ... escribía para servir, sin preocuparse mucho de la forma, acosado siempre más o menos por otras ocupaciones. Al escribir solía servirse de lo que ya había compuesto, sus notas de predicación; y a su estilo escrito, privado del vívido calor de su voz, le hace falta un no sé qué de acabado. Los textos más perfectos y verdaderamente escritos, son aquellos en que concentró su pensamiento, encerrándolo en una forma breve: por ejemplo, las bellas oraciones contemplativas del ejercicio "antes del medio día", las antífonas y responsorios de los oficios litúrgicos, ciertas páginas más pulidas del **Reino de Jesús...**

Con todo, aún cuando no alcanza esta sobria plenitud, sus escritos van siempre animados de un aliento vigoroso; siempre expresan enfoques de fe muy ricos. Y son estas miradas de fe, estos grandes temas espirituales, los que ahora vamos a destacar.

Orígenes.

Bérulle. - Para comprenderlos mejor, nos remontaremos primero a su fuente: el pensamiento de Bérulle. Juan Eudes ha profesado toda su vida una profunda veneración por el P. de Bérulle. Fue él en efecto quien recibió al joven clérigo en París, en 1623, y parece que fué él mismo quien le dirigió, en cuanto se lo permitían sus grandes asuntos, durante su año de noviciado. Juan Eudes ha leído evidentemente sus obras y ha alimentado su fe en sus "elevaciones" y se ha impregnado de sus pensamientos y hasta de su vocabulario. Pero hizo propias esas riquezas; su fuerte personalidad, sus propias investigaciones, y las necesidades de su vida apostólica intervinieron, y él tiene su manera muy propia de ser beruliano. Pero es beruliano y por eso resumir el pensamiento de Bérulle no nos va a alejar de

19 -

nuestro tema; **por** el contrario, despejaremos la trama sobre la cual tejió Juan Eudes su propia tela.

Parece que los temas característicos del berulianismo se pueden reducir a cuatro: espíritu de reverencia ante la grandeza de Dios, "Cristocentrismo" místico, sentido de la soberanía de María y exaltación U estado sacerdotal(24).

Desde muy joven, Bérulle había quedado penetrado por la evidencia de la **grandeza de Dios**. Desde entonces su vida y su obra se desarrollaron en un clima de contemplación adorante. No cesó de considerar con admiración la condición de la creatura, dependiente en absoluto de su Creador, pura imagen y reflejo de Dios (en quien tiene su "arquetipo") en relación completa con El, glorificándole por su mismo ser: "Todo cuanto procede de Dios, mira a Dios y tributa honor a Dios". Por eso, uno en pos de otro, a través del mundo de la gracia y el de la creación primera, desde los más puros espíritus hasta los elementos más materiales, todos los seres creados difractan y repiten hasta lo infinito la belleza primera de la cual llevan la imagen. Pero entre todos los seres, los que son espirituales deben

ratificar, en un libre amor, ese movimiento de retorno a Dios, que va impreso en toda creatura-, hasta los hombres pecadores deben "estar de acuerdo con su origen", aceptar gustosos su "vasallaje", es decir, su dependencia absoluta de creaturas, puros reflejos destinados a glorificar su Sol reflejando su gloria. Si llegaran a ratificar plenamente su condición creada, no solamente por actos sucesivos, sino de un modo durable, entonces adorarían a Dios « por estado». Este es el ideal al que debemos tender sin cesar. Y como su plena realización está muy por encima de nuestros límites, tenemos que dejar al Espíritu de Dios que lo -termine El en nosotros por las vías que El conoce y que nosotros ignoramos; debemos dejar que nos despoje de nosotros mismos y nos llene de El: la vida mística se inscribe lógicamente bajo esta perspectiva, y Bérulle, discípulo de místicos renano-flamencos y de Pseudo-Dionisio, no teme considerarla.

Con todo, sólo Jesucristo realiza plenamente, en su humanidad, este homenaje absoluto de sí mismo a Dios: es "el perfecto, el supremo, el divino Adorador". Y eso por un doble título: no solamente el Amor adorante de Jesús para su Padre realiza en perfección el anhelo de todos los seres salidos de Dios: referirse a Dios, hacer homenaje de sí mismo a Dios; pero aún más, su humanidad, privada de subsistencia propia, asumida por

20 -

la persona del Verbo, está constituida en su centro mismo en un estado de despojo radical y pertenencia a Dios. Y Bérulle no se cansa de admirar esta divina adoración "por estado"-mejor "por ser"- que es la de Jesucristo. Por eso, cuando contempla los diversos acontecimientos de la vida de Cristo, se acoge preferentemente a los que tienen duración, que honran a Dios "por estado"; tal sucede con la infancia o la "vida pública" de Jesús. En estos acontecimientos históricos (de la Anunciación a la Ascensión), o transhistóricos (como el nacimiento del Verbo en el seno del Padre) Bérulle contempla con toda su fe la gracia que contienen y que "eterniza" su alcance. Los "Misterios de Jesús" son todos esos acontecimientos o "estados" del Verbo en lo que tienen de potencia, por la gracia que les es propia, para glorificar a Dios y santificar todos los acontecimientos y "estados" de nuestras vidas: en efecto, todo ser humano está llamado a imitar y a continuar los acontecimientos y "estados" de la vida de Jesús (nacimiento, infancia, edad adulta, muerte y resurrección) (3).

Jesucristo no realizó este movimiento para El solo: Hombre-Dios es en adelante el centro del universo. Todos los seres creados deben adorarlo: por voluntad, como a su Señor; y por ser, como al único y definitivo resplandor de la gloria del Padre, el ejemplar perfecto de quien llevan la imagen. Todos deben despojarse de sí mismos, y participar en cuanto sea posible en el homenaje del Servidor perfecto, reproducir en ellos su actitud de dependencia y ofrenda; es así como El restaura su dinamismo fundamental de creaturas completamente referidas a Dios. Copérnico, en astronomía, había revolucionado las ideas corrientes cuando declaró que el sol estaba inmóvil en el centro del mundo, Bérulle se propone realizar ese mismo regreso con respecto a la doctrina espiritual de su tiempo: el Hombre-Dios es el verdadero centro del mundo y el mundo debe estar en movimiento continuo hacia El". Es esto lo que fundamenta toda la vida ascética beruliana: los cristianos procuran despojarse de sí mismos por la abnegación, y adherirse a Cristo para que El reproduzca, continúe y complete en ellos todos sus "estados y misterios". "Perdiéndonos a nosotros mismos, poseemos a Jesús, y Jesús es más nuestro que nosotros mismos". Es la gracia de Cristo la que hace esto; de esa suerte Jesús atrae hacia sí a todos los hombres, los atrae a su Humanidad deificada, y hace de ellos su Cuerpo Místico. El Cuerpo Místico es por consi-

21 -

guiente la restauración plena y perfecta del universo, recogido y ofrecido en el homenaje perfecto del Hijo Único y predilecto. Por lo mismo, esta doctrina del Cuerpo Místico, descubierta progresivamente, llegó a ser para Bérulle la clave de todo su pensamiento religioso.

Así se ilumina el **misterio de María**. María en efecto es la que ha dejado, sin la menor sombra, que Jesús sea todo en ella. "Pura capacidad de Jesús, llena de Jesús, pura "mirada" hacia Jesús, la Virgen está totalmente entregada en su interior al misterio del Verbo Encarnado. Viviendo plenamente su condición de sierva **-ecce ancilla... fiat-** se encuentra unida, sin la menor deficiencia, al Hombre-Dios su Hijo; su abatimiento hace su grandeza entregándola toda a la alta misión que Dios reserva a su sierva: el eminente oficio de Madre de Cristo. Siendo Madre del Creador, es por eso mismo reina de toda la creación, asociada estrechamente al reino de su Hijo. No podemos unirnos y referirnos a Jesús sin unirnos y referirnos a María "reina de los corazones y de los espíritus consagrados a Jesús". Tal es el sentido de los "votos de esclavitud" a Jesús y María que proponía Bérulle a los oratorianos y a las Carmelitas; por ser mal entendidos, estos votos le atrajeron rudos ataques; en realidad, no son más que una transposición de la consagración bautismal.

En el primer puesto de estos "espíritus consagrados a Jesús", están **los sacerdotes** "el orden de Jesús". En cierto sentido, toda la vida de Bérulle se ha orientado hacia este fin: devolver su dignidad al sacerdocio, manifestar hasta la evidencia que el estado del sacerdocio exige la santidad y conduce a ella. Por eso fundó el Oratorio, sociedad de sacerdotes cuya vida común no tiene otro sentido que el de ayudar a vivir plenamente la gracia del sacerdocio. En el misterio del sacerdote encontramos aquella actitud tan esencial a los ojos de Bérulle: despojarse de sí mismo, para entregarse a Jesús Soberano Sacerdote, único Sacerdote, y no ser más que Instrumentos vivientes animados del Espíritu de Jesús para realizar las obras de Jesús en la tierra". Las "obras de Jesús" -y ante todo la Eucaristía- consiste en reasumir y consagrar toda la creación para dirigirla al Padre en un movimiento de amorosa adoración. Los sacerdotes no serán plenamente fieles a su vocación sino a condición de que, después de sus esfuerzos por renunciarse a sí mismos, dejen que el Espíritu de Jesús acabe su obra en ellos, y los con

22-

duzca obscuramente hasta el despojo de la pasividad mística. Consentir en ello, es tender a la más profunda unidad entre la vida personal y la función sacerdotal. Esta es a grandes líneas la doctrina que Juan Eudes recibió de su maestro Bérulle.

Condren.

¿Habrá que hablar también de lo que le dio Condren? No cabe duda que San Juan Eudes lo conoció y lo admiró grandemente. En 1625, Condren fue llamado al Oratorio de la calle Saint Honoré; probablemente el joven Padre Eudes se encontró entonces, en París o en Aubervilliers, bajo su dirección. En todo caso, recibió ciertamente su influjo. Después, en 1629, Condren vino a ser superior general del Oratorio. Once años más tarde nombró al Padre Eudes superior de la casa de Caen. Poco después de la muerte de Condren, Juan Eudes salió del Oratorio, pero conservó tanta admiración por su arrtiguio superior, que mandó en su Congregación leer todos los años en el refectorio la **Vida del Padre de Condren**, publicada por Amelote.

Ciertamente es difícil distinguir el influjo de Condren del influjo que ejerció Bérulle. Se puede con todo subrayar un punto. La gracia propia de Condren fue la de contemplar y hacer conocer el sacrificio de Jesucristo; como lo veremos, la noción de sacrificio ocupa un gran lugar en el pensamiento de Juan Eudes. Más precisamente, se encontrarían en él aspectos muy característicos de la doctrina de Condren. De una parte, la noción condreniana del sacrificio por aniquilamiento ("solo Dios tiene el derecho de ser; el universo debe ser destruido para su gloria") parece aflorar aquí y allá en Juan Eudes, aunque muy esfumada. De otra parte, Condren desarrolla poderosamente la idea mucho más tradicional del amor como vínculo y alma del sacrificio (mientras que Bérulle prefería expresarse en términos de adoración); ya veremos que allí está también uno de los temas eudistas.

La Sagrada Escritura.

Con todo, Juan Eudes ha trabajado por sí mismo. Rehizo por su cuenta la síntesis berullana y le ha impreso sus reacciones personales. Este trabajo duró toda su vida: de ello encontramos testimonio a lo largo de -las obras que publicó; al:íí podemos re
23-

conocer la marcha progresiva de su pensamiento. Pero el tiempo en que suministró el mayor esfuerzo personal son sus dos años de descanso después de su ordenación, los que se le dieron, dice él, "para emplearlos en el retiro y para dedicarse a la oración, a la lectura de libro de piedad . . . (25) ¿Qué libros leyó entonces? Se puede responder al menos que estudió los Padres de la Iglesia (seguramente San Agustín, también sin duda los Padres Griegos); sus maestros de Oratorio, tan versados en los estudios patrísticos, no dejaron de orientarlo y animarlo; en todos sus escritos aparecen huellas al respecto. Sería interesante buscar, por un estudio minucioso de su obra, cuáles autores han ejercido mayor influjo en él.

También es cierto que, a través de los Padres o directamente, adquirió un conocimiento personal y profundo de la Escritura, y en especial de San Pablo. Dijo una vez, en confidencia especial al señor Finel, uno de sus primeros compañeros, que había recibido de Dios un gran conocimiento de las epístolas paulinas. Y de hecho, se refiere a ellas continuamente. Su texto es con frecuencia un tejido de palabras de Escritura, tanto en el **Reino de Jesús** de 1637, como en el **Corazón admirable** terminado en 1680. Su vocabulario depende más estrechamente que el de Bérulle de las fuentes escriturísticas: si encontramos en él con cierta abundancia el material familiar a Bérulle (**honrar, referir, estados y misterios, pertenencia...**), la ausencia o poca frecuencia de ciertos términos berulianos, también causa admiración; así, las palabras **capacidad o subsistencia** casi no se encuentran en él, por estar demasiado lejos de la Escritura. Inversamente, la **formación de Jesús en nosotros** inspirada en Gal. 4,19 toma en él valor de expresión técnica (15). Algunos textos familiares, casi siempre paulinos, se presentan sin cesar bajo su pluma a modo de cita o por alusión: así **Omnia vestra sunt** (62), o bien **Omnia in omnibus Christus** (1), "este divino oráculo, se lee en el **Reino de Jesús**, por el cual he comenzado yo este libro y por el cual lo quiero terminar": bien se percibe que no es cosa fortuita. Juan Eudes cita estas palabras de Agustín que afirma: "Los libros santos son como el Corazón de Dios que contienen sus decretos, y que es el principio de la vida de sus hijos"; y lo pone por obra. Esta orientación de continuo recurso a la Sagrada Escritura no es una de las menores riquezas del pensamiento eudista (1, 2, 3, 7, 8, etc.).

24 -

San Francisco de Sales.

San Juan Eudes leyó también autores espirituales más cercanos a él. No hay para qué hacer ahora un estudio detallado; a lo sumo citaríamos aquí las monjas alemanas del siglo Xili, Gertrudis y Matilde de Heifta, que ya eran del conocimiento de Bérulle. Pero hay uno en el cual debemos insistir un poco, ya que su influjo fue muy importante: es San Francisco de Sales. San Juan Eudes no lo conoció, pues el obispo de Ginebra murió en 1622; pero sí leyó sus obras, sobre todo "Teótimo" como dice él **-el Tratado del amor de Dios** (1616). Bérulle sí había conocido y apreciado grandemente al obispo de Ginebra; también lo había leído, pero en un tiempo en que ya su pensamiento estaba formado. Juan Eudes por el contrario recibió de él un influjo más profundo. Encontramos en el **Reino de Jesús** expresiones muy salesianas (**rey de los corazones, viva Jesús ...**); donde Bérulle habla de **religión**, Juan Eudes, como Francisco de Sales, dice más bien **devoción**. Encontramos aún, aquí y allá, desarrollos salesianos casi copiados al pie de la letra, como un pasaje sobre la "pertenencia" a Dios; y el final del **Reino de Jesús** hace eco abiertamente a las últimas líneas del **Tratado del amor de Dios**. En algunos escritos como **Advertencias a los confesores misioneros o las Constituciones** de Nuestra Señora de Caridad, difícilmente se puede hacer la distinción entre lo que viene de S. Francisco de Sales, y lo que es de San Juan Eudes. Un pensamiento del santo Obispo parece haber sido decisivo en la evolución de la doctrina eudista del Corazón: "Si de los primeros cristianos se dijo que no tenían sino un corazón y una alma", con mayor razón Cristo y su santísima Madre no tuvieron entre sí más que un solo corazón; San Juan Eudes cita con frecuencia este texto, y celebra entre las almas devotas del Corazón de María, a "este gran santo que era todo

fuego y todo llama de amor hacia la Madre de Dios".

Ampliando un poco, parece que San Francisco de Sales ayudó al beruliano Juan Eudes a proclamar, más explícitamente que su maestro, el papel esencial del amor en la vida cristiana. Ciertamente, no es que Bérulle llegue hasta minimizar el papel del amor. Hemos leído con alegría en el libro del señor CochoiS26, que sería "una rotunda equivocación" pensar que Bérulle sustituye la adoración al amor: "más bien los identifica"; hasta tal punto la adoración beruliana es como un vuelo de todo el ser hacia Dios solo. Con todo, Bérulle habla con más frecuen

25-

cia de adoración que de amor. Juan Eudes, como lo hemos dicho, es muy fiel a Bérulle; el ambiente eudista también es profundamente religioso, adorante y contemplativo; las palabras **adorar**, **glorificar**, **honrar** le son familiares. Con todo, habremos de mostrar cómo hace más explícito el oficio del amor; habla con más frecuencia que Bérulle de **caridad**, **de amor**, **de unión**. De manera sugestiva hace notar Don Huijben27: parece que Bérulle, cuando aconseja hacer "tal acción **en honor** de tal misterio" de Cristo, se propone trasladar, en clave religiosa, la fórmula tan cara a Santa Matilde: "obrar en todas las cosas **en unión con Cristo**"; sea cual fuere el valor de esta hipótesis, cómo no pensar que la fórmula eudista tantas veces repetida une precisamente ~estos dos términos: "Oh, Jesús, yo os ofrezco este recreo **en honor y unión** de los santos recreos y divinas alegrías que habéis tenido. . ". Fiel a la actitud de adoración de Bérulle, hace más explícito el rico contenido de caridad teológica. Santa Matilde ha podido proporcionarle fórmulas; pero es innegable que San Francisco de Sales también contribuyó a lanzarlo por este camino (38, 39, 40).

Vocación Personal.

Sin embargo, no todo fue solamente asunto de lecturas y de influjo. No debemos hacer a un lado el aporte del temperamento personal ni las llamadas de la acción. Juan Eudes fue un hombre de acción. Completamente vuelto hacia los demás, aguijoneado por el deseo de ayudar a los otros a ir hacia Dios. Y esos otros, en los cuales él piensa sin cesar por haber sido enviado a ellos, no son únicamente los "espirituales", iniciados ya a la vida interior; son también y sobre todo las muchedumbres de cristianos más o menos ignorantes, más o menos tibios, en los que es preciso despertar y estimular la fe y el amor. Juan Eudes quiere hablarles al corazón; siente, y busca aún el mejor modo de sentir, lo que conviene decir o no decir para convertirlos e instruirlos sin despistarlos. Esta orientación es la que determina su pensamiento. Fiel a Bérulle, escoge sin embargo y retiene de su enseñanza lo que puede alcanzar y conmover a los más sencillos de su auditorio; también es cierto, y él lo sabe, que no posee la gran inteligencia especulativa de su maestro; no se lanza nunca en esas contemplaciones sublimes, pero difíciles, sobre las relaciones trinitarias o la unión hipostática; de

26-

sarrolla mejor, por ejemplo, lo que se refiere a los sacramentos. También hace a un lado los términos demasiado teológicos; si, como lo hemos advertido ya, prefiere los términos escriturísticos, eso depende sobre todo, de su orientación apostólica.

Con mucho cuidado evitará también las perspectivas o fórmulas que pudieran desconcertar a los principiantes, o provocar a los malévolos, -esos malévolos de los cuales había recibido Bérulle tantas amarguras (a la llegada de Juan Eudes, en 1623, apenas si empezaba a salir de sus dificultades con las Carmelitas). Ved, por ejemplo, cómo Juan Eudes, se inspiraba en una bellísima página de su maestro sobre la "profesión" cristiana de adhesión a Jesucristo: omite todo lo que se refiere al "voto de esclavitud" (que sin embargo él mismo había hecho cuando era joven oratoriano el 25 de marzo de 1624, y al que se proponía ser fiel); pero conserva en cambio, y casi al pie de la letra, lo que se refiere al bautismo. Del bautismo, precisamente, hará uno de sus principales temas

(6 a 10); su doctrina bautismal, muy rica, nutrida en los Padres de la Iglesia, prolonga la de Bóruile pero ocupa un lugar mucho más importante, todo lo cual nos sirve de orientación. En cuanto a las perspectivas berulianas sobre la vida mística, por discretas que sean, Juan Eudes, que probablemente las había acogido con alegría para sí mismo, no les hace ningún eco en sus obras: se contenta, en sus enseñanzas sobre la oración (14, 31, 32) y la docilidad al Espíritu Santo (27), con invitar a las almas generosas a hacerse disponibles sin reticencias a la gracia divina. Como apóstol que es, quiere hablarles a todos, ser comprendido por todos; su cuidado principal es siempre conmover y convencer. Si escribe, es para enseñar lo que se debe hacer para agradar a Dios. Es muy significativo el plan del **Reino de Jesús**: la primera parte contiene "algunos ejercicios para vivir cristiana y santamente, y para formar, hacer vivir y reinar a Jesús en nosotros"; la segunda: "lo que se debe hacer en toda nuestra vida"; la tercera: "lo que se debe hacer cada año"; luego, "cada mes", etc. Este plan eminentemente práctico le es muy familiar. Hasta su libro, el más "desinteresado", el grueso volumen del **Corazón admirable de la Madre de Dios**, quiere él que sea un libro que "predique", que "invite poderosamente y atraiga eficazmente" los corazones a amar mejor y a vivir mejor. Ese es el ambiente general de toda su obra.

27 -

Temas principales.

De lo dicho se concluye que el pensamiento eudista se formó en la estela de pensamiento berullano. Vamos a presentar las líneas principales. Mas, como San Juan Eudes no presentó nunca su doctrina en forma sistemática y organizada, nos proponemos, por fidelidad a su espíritu, estudiar sucesivamente algunos de los temas que le eran más familiares:

- * En primer lugar, la fe en el Verbo Encarnado que recoge en la unidad de su Cuerpo místico a toda la humanidad rescatada; los principios ascéticos de San Juan Eudes se refieren directamente a este tema;

- * En segundo lugar, la Virgen María y su puesto en el plan de Dios;

- * El tercer tema lo constituye la primacía de amor, subyacente, en todo;

- * Un cuarto tema es la visión de sacrificio como ofrenda y consumación de amor;

- * Finalmente, como coronamiento y síntesis del conjunto, viene la doctrina del Corazón.

El Cuerpo Místico de Jesucristo. - Como lo hemos dicho, Juan Eudes repite sin cesar las grandes palabras de San Pablo que revelan la vida invisible de Cristo en su Iglesia y la unión misteriosa que se establece entre El y los hombres rescatados, para que se reúna todo en Cristo, y Cristo sea todo en todos. La expresión de Juan Eudes es a menudo tan paulina que, al considerar su resumen, se pregunta uno si no se trata directamente del pensamiento de San Pablo. Bástenos recordar que los cristianos, miembros del Cristo místico mantienen con su Cabeza una doble relación: Jesús es a la vez para ellos el camino y el término de su marcha; es a la vez, el Salvador, fuente, ejemplar perfecto, principio vital de su salvación, y el Señor, único objeto de su adoración, de su servicio y de su amor, a quien deben glorificar durante toda su vida; es a la vez el medio y el fin de su retorno a Dios (1-5; 15, 18, 25 ...). Deben a Jesucristo la adhesión total de su fe; y Jesucristo les da su gracia que los salva y hace semejantes a El. Toda la vida del cristiano viene a ser así una "continuación de la vida de Cristo". Este misterioso intercambio empieza a realizarse en el sacramento del Bautismo.

La fe es el "primer fundamento de la vida cristiana". Citaremos todo el pasaje (4-5), de un pensamiento original, en que

28 -

San Juan Eudes nos muestra cómo la fe es una participación de "la luz y ciencia divina que ha sido infundida en el alma santa de Jesús en el momento de su Encarnación". Bajo esta luz, descubrimos la doble nada del hombre, pura creatura que tiene de Dios todo su ser, y pecador que ha rechazado el don del Amor; y San Juan Eudes, discípulo de San Agustín como sus maestros del Oratorio, no encuentra palabras bastantes expresivas, ni imágenes suficientemente impresionantes para expresar nuestra nada y nuestra caída originales (7-11). Pero la misma mirada de fe alcanza la gracia manifestada en Jesucristo y las maravillas de la salvación que se nos ofrecen.

Es el **Bautismo**, sacramento de la fe, el que nos introduce en la vida del Cuerpo Místico. No se cansa San Juan Eudes de enseñarnos la grandeza del Bautismo y de mostrarnos en detalle sus riquezas.

El Bautismo es un nuevo nacimiento, que nos hace hijos de Dios Padre, miembros y hermanos de Jesucristo, animados por su Espíritu; nacimiento que tiene "como ejemplar y prototipo la generación y el nacimiento eterno del Hijo de Dios en el seno de su Padre, y su generación y nacimiento temporal en el seno virginal de su Madre" (6).

El Bautismo establece entre la Santísima Trinidad y el cristiano una maravillosa Alianza (un "contrato" según el título de su librito; pero parece que después hizo a un lado esa palabra, familiar por otra parte a sus contemporáneos). En esta Alianza, Dios nos une a su Hijo Unigénito en una unión que es "la imagen viva" de la unidad divina del Padre y del Hijo; y con su Hijo nos lo da todo; en cuanto a nosotros, al renunciar a Satanás, y adherirnos a Cristo, nos damos a Dios (8).

Renuncia y entrega tienen su raíz en un misterio más profundo, el misterio mismo de Pascua: en efecto, el Bautismo nos hace participar de la muerte y resurrección de Cristo, muerte al pecado y vida para Dios en la caridad (7 a 10).

Este enfoque fundamenta toda la **doctrina ascética de San Juan Eudes**, y todos sus consejos prácticos para la vida cristiana. Lo que nos pide, bajo diversas formas, es siempre:

1) renunciar al pecado, al mundo y a nosotros mismos: al pecado, que rechaza el amor del Creador; al mundo (en el sentido en que San Juan emplea esta palabra en el Evangelio), porque el mundo es enemigo de Dios e instrumento de Satanás; a nosotros mismos, es decir, a lo que ya es pecado en nosotros,

29 -

por supuesto, pero también a la posesión egoísta de nosotros mismos bajo forma de "amor propio²⁸", de voluntad propia. Cristo, a quien continuamos, no se perteneció a sí mismo; no hizo sino la Voluntad de su amadísimo Padre (11 a 14).

2) darnos a Cristo, para que nos libre por su gracia y venga a "forrnarse" en nosotros, de suerte que El sea nuestra santidad y consume en nosotros sus "estados y misterios". Aquí San Juan Eudes sigue muy de cerca a su maestro Bérulle, y sus palabras son más o menos las mismas.

El año litúrgico vuelve a colocar sucesivamente todos esos **estados y misterios** bajo la mirada de nuestra fe; o mejor, nos hace nuevamente presente y operante la gracia de esos misterios, y permite a cada uno tomar parte en ellos en la medida de su fe y según la vocación propia. De suerte que, cada año que pasa debe dejarnos un poco más conformes a Cristo en sus diversos misterios (que no son más que diversas faces de su único Misterio); cada año Cristo viene a vivir más sus misterios en nosotros, continuando así el crecimiento de su Cuerpo Místico. Pero no son únicamente las acciones litúrgicas las que permiten a Cristo terminar sus misterios en nosotros. Todas las acciones de nuestra

vida cotidiana imitan las acciones de Cristo, siendo por ello honor para El y unión para nosotros con El, en la medida en que nosotros las hagamos con El y para El "en honor y unión de las suyas". O mejor dicho: los diferentes "estados" en que nos coloca nuestra vocación nos hacen participar de - los estados de Jesús: el apóstol continúa la "vida conversante" del Señor, el enfermo completa su pasión, las almas angustiadas viven su agonía... (3; 16-18; 37-40).

Esa misma perspectiva se impone a nuestros esfuerzos de progreso moral. En tales esfuerzos, no nos miramos a nosotros mismos, ni nuestros defectos, ni nuestros progresos, ni nuestro ideal personal. Miraremos a Jesucristo; las **virtudes cristianas**, son las virtudes de Jesucristo. No nos apoyaremos sobre nuestros propios esfuerzos; seguramente son necesarios pero solamente para abrirnos a la gracia de Cristo; y es a El solo a quien pediremos, con humildad y confianza que nos comunique sus virtudes. Finalmente el motivo de nuestros esfuerzos, no será el deseo de nuestra propia perfección, sino el deseo de dejar en nosotros todo el lugar a Cristo y de vivir las virtudes de Cristo en el mismo espíritu en que El las vivió (19 a 24). En síntesis, procurar hacer "vivir y reinar a Jesús en nosotros", es la única

30-

"finalidad que buscan toda la vida, la piedad y la devoción cristianas".

De todas nuestras actividades, la que más nos liga a Cristo, es la **oración**. (San Juan Eudes le llama "oración" aún cuando no se trate de oración mental). Nuestra oración es la oración de Cristo en nosotros; todo nuestro esfuerzo será por renunciar a nosotros mismos para unirnos a Cristo que ora en nosotros. Esa es la naturaleza de la oración cristiana.

En cuanto a su objeto, será casi siempre una mirada hacia Cristo, la unión de fe y de amor con Cristo. Nuestro deseo de corresponder al llamamiento de Dios nos llevará a contemplar las virtudes y la santidad de Jesús, a darnos a El para que continúe y perfeccione en nosotros las virtudes y disposiciones de su santa alma, para que ponga su Espíritu y su Corazón en lugar del nuestro (31 a 36).

Juan Eudes evoca con frecuencia, de manera original, la **comunidad de los santos**. No podemos cerrar esta ojeada de la doctrina eudista del Cuerpo Místico sin hacer alusión a estos misteriosos intercambios vitales que vinculan a sus miembros entre sí. Repite y medita sin cansarse, del **Reino de Jesús al Corazón admirable**, los grandes textos en que San Pablo nos dice: con Cristo, Dios os ha donado todo; todo os pertenece; pero vosotros sois para Cristo y Cristo es para Dios. Todo os pertenece: el amor y el Corazón de la Virgen María, de todos los santos, de vuestros hermanos de la tierra; todo os pertenece, y podéis disponer de ello como de cosa vuestra; los trabajos, las penas, la vida de todos los hombres, podéis juntarlos a los vuestros y ofrecerlos a Jesús en honor de las suyas (2, 60, 62, 64) ... Más adelante mostraremos cómo la fe en la comunidad de los santos encuentra una rica expresión en la doctrina del Corazón.

La Virgen María, Madre de Dios. - Más que ninguna otra, la Virgen María tuvo parte en esta comunidad. Pero, Juan Eudes ¿habrá querido venerarla tanto como su maestro Bérulle? Que se nos permita citar dos textos maravillosos: " ... De sí misma y por ella misma, no es nada, pero su Hijo Jesús es todo en ella; El es su ser, su vida, su santidad, su gloria, su poder y su grandeza. . . ". Y éste: "¿No sabéis que María no es nada, no tiene nada, no puede nada sino de Jesús y por Jesús y en Jesús, y que es Jesús quien lo es todo, lo hace todo y lo puede todo

31 -

en ella?...". El primero de estos pasajes data de 1637; el segundo, de 1680(29): tenemos, pues, patente el pensamiento eudista sin variación alguna. ¿Sería por eso un minimilta en materia de devoción mariana?

Muy por el contrario, profesó a Nuestra Señora un amor, un respeto excepcionales. A los dieciocho años tuvo este gesto audaz: colocó un anillo en el dedo de una estatua de María, después de haber redactado un "contrato de santa Alianza con la santísima Virgen María"; cincuenta años más tarde volverá a trabajar su atrevido texto para perfeccionarlo... Se nos ha conservado copia de una carta conmovedora dirigida al Padre Eudes en 1660, por un Padre Jesuita, que había oído hablar de él "hasta en Ouebec, en el Canadá"; empieza así la carta: "He tenido gran consuelo al conocer por el Sr. Torcapel, la santa ambición que tenéis de **sobrepasar a todos en el amor a Nuestra Señora**. Plegue a Dios que podáis comunicar ese espíritu a todos los ambiciosos de la tierra". Y el buen Padre ruega a su corresponsal que lo una en su amor a Nuestra Señora, "como el más pequeño de sus hermanitos"³⁰. Finalmente, no hay muchos autores que hayan consagrado a María tantas páginas Impresas y tan entusiastas. . .

Pero tampoco hay muchos -como lo revelan los textos ya citados- que hayan afirmado tan resueltamente el carácter "cristocéntrico" de la verdadera devoción mariana. Y es para estar en conformidad con este pensamiento (cuyo valor conocemos mejor ahora en estos tiempos de ecumenismo) por lo que no hemos consagrado en nuestros extraótos una sección especial a María: citamos varios textos, pero a propósito de Cristo o de la vida cristiana -de suerte que ella está presente por todas partes, pero sin llamar la atención sobre ella sola. (41-42; 48; 60-61; 63).

La devoción mariana de Juan Eudes puede resumirse en algunos puntos muy sencillos:

- * Contemplar a Jesús en María, y a María en Jesús: el Señor Jesús vive en su madre porque reina en su corazón, perfecta imagen de suyo y unido a él por un amor total. María vive en Jesús su Hijo porque ella vive de su vida y se guía en todo por su Voluntad. Es esta íntima unión de la Madre con el Hijo la que hace su grandeza y nos permite llamarla Señora y Soberana (41).

- * Continuar y completar en nosotros el amor filial de Jesús

32-

sus para con su Santísima Madre (42).

- * Rogar a María, Madre de Jesús nuestra Cabeza, y Madre de todo el Cuerpo Místico de su Hijo, que continúe formándolo en nosotros (15-16; 60-61).

- * Finalmente, ir a ella con el corazón, y descubrir que lo que cuenta en ella es su Corazón, en el que "conserva y medita", con amor purísimo, todo lo que se refiere a su Hijo, el Señor Jesús; ese Corazón suyo al que hace palpitir el amor maternal, tierno y fuerte, con el que ella nos acoge a todos en su Hijo. Conviene precisar, con San Juan Eudes, que la palabra "corazón" encierra aquí una triple realidad -triple y una por lo demás:

- Es en primer lugar el "Corazón corporal" de la Virgen María, signo del amor y (para las gentes del siglo XVII) principio de la vida sensitiva;

- En segundo lugar, el "Corazón espiritual", el centro más íntimo del alma (¿estamos aquí muy lejos del sentido que Pascal da a la palabra corazón?), de donde brota el amor espiritual; y el amor será finalmente la nota dominante;

-Finalmente, "el Corazón Divino", es decir, Nuestro Señor Jesucristo mismo, que reina perfectamente en el corazón de su Madre: "Jesús, el santísimo Corazón de María", dice con frecuencia Juan Eudes (60-61; 63).

Estas son las "armónicas" de la palabra "corazón" tal como lo entiende aquí San Juan Eudes.

Por nuestra parte, debemos responder al amor con el amor, admirar esta obra maestra de Dios, y sobre todo, conformar nuestro corazón con el suyo -mejor aún, amar y orar con el Corazón de nuestra Madre, que es también el nuestro: "Todo os pertenece". . .

Primacía del Amor - Dios nos ha amado primero: como Béruile, Juan Eudes lo repite con asombro. Los textos de Isaías sobre la ternura divina le encarrantan: "Me ha llevado siempre en sus brazos, aún más, en su seno y en su corazón, con más cuidado y amor que una madre que lleva a su hijo". Por amor, Dios nos ha dado a su Hijo Unigénito; por amor Cristo se anonadó y murió en cruz (24).

Desde entonces nuestra vida no tiene otro sentido sino el
33-

de corresponder al amor con el amor, ser "un perpetuo ejercicio de amor y de gloria hacia Jesús". El amor de Jesús, el humilde deseo de amar a Jesús ... Juan Eudes tiene para expresarlos palabras ardientes. Los "actos de amor" de la cuarta parte de "Reino de Jesús" están entre las más bellas páginas. Y se nos exhorta a renovar tanto como nos sea posible la expresión de este amor, para que él transfigure toda nuestra actividad; con la ayuda de la gracia y "un poco de cuidado y fidelidad de nuestra parte, eso llega a ser casi una nueva naturaleza" (25).

Pero, ¡cuidado! si hay alguna felicidad, desde esta tierra, en amar a Cristo; si el don de nosotros mismos hace en ocasiones vibrar de alegría nuestra sensibilidad, que no sea nunca por esta felicidad que amemos a Jesús; que sea únicamente por Él solo, y bien decididos a amarlo en las penas y en la obscuridad, hasta en la más completa desolación, en caso de que Él nos lo pidiera. Es en el centro de nuestra voluntad donde amamos verdaderamente, por la generosa y total sumisión de nuestra voluntad a la de Dios. En eso se reconoce la doctrina de "puro amor" tan cara a San Francisco de Sales, y todavía indemne de las desviaciones quietistas. Atentos a renunciar a toda búsqueda de nosotros mismos, a toda satisfacción propia, cumpliremos todas nuestras actividades, desde las más espirituales hasta las más humildemente cotidianas, con el puro deseo de ser lo que Dios quiera y de vivir solamente para Él: amarlo, no es otra cosa. Este tema se repite con frecuencia, ya sea como enseñanza (13-14; 26), ya sea como expresión de una actitud personal (27-28). Puede ser que Juan Eudes, hombre de voluntad que hubiera podido ser un orgulloso dominador, sentía más que ningún otro la necesidad de renunciar a la alegría de querer, y al placer de ser dueño de sí mismo y de sus cosas. Sin ese desprendimiento de sí mismo, no hay verdadero amor.

Pero eso no está al alcance de nuestras propias fuerzas. La caridad se nos da por el Espíritu Santo: es el mismo Amor de Jesús y su sumisión a la Voluntad de su Padre, que debemos continuar puesto que somos sus miembros. Tenemos que pedirle que aniquile Él mismo en nosotros todo cuanto ponga obstáculo a la caridad, y que establezca su propio Corazón y su amor, para que le amemos -y en Él a todos nuestros hermanos- como Él ama a su Padre y como su Padre lo ama a Él.
34-

Puse bien sabe Juan Eudes que no hay sino un amor: cuando amamos a nuestros hermanos, es siempre el amor primordial de las tres divinas Personas que obra en nosotros; esto es lo que hace la grandeza sagrada de la caridad fraterna. Por eso está previsto en las "Constituciones" de los Eudistas que la

regla de las reglas es la caridad". Sus miembros deben mirarse los unos a los otros "como miembros de una misma cabeza y de un mismo cuerpo"; la vida común es una realización de Cuerpo Místico y una efusión de Amor trinitario (29, 62, 64).

Sacrificio y Sacerdocio.- El término y la perfección de amor es el sacrificio. El sacrificio cristiano es ante todo el sacrificio de Jesucristo, que se ofrece desde el momento de su Encarnación como "hostia y víctima", totalmente consagrada e inmolada a la gloria de su Padre". Esta ofrenda total, por amor, llevó a Jesucristo hasta la muerte para gloria de su Padre y para nuestra salvación (43).

Pero Jesús es también la Iglesia. Jesús quiere continuar su estado de hostia y de víctima en su cuerpo y en cada uno de sus miembros. Debemos por consiguiente vivir ofreciéndonos a nosotros mismos por amor, y pedir a Cristo "que nos haga dignos de ser otras tantas víctimas sacrificadas con El, que nos lleve en su sacrificio, que nos inmole con El a la gloria de su Padre, y que nos consuma en las llamas sagradas de su santo amor" (43-44).

Además, la perfecta consumación de la vida cristiana, la perfecta realización de Bautismo, es el martirio, último testimonio de amor. Todo cristiano, miembro de Cristo debe aceptar su eventualidad y "vivir en el espíritu de martirio". Juan Eudes mismo, bajo forma de voto, se ofreció para padecer el martirio si Dios lo quería, o al menos "para hacerlo todo y sufrirlo todo por el amor de Aquel que lo hizo todo y lo sufrió todo" por nosotros (45-47).

El sacrificio es el acto de sacerdocio. Cristo es "el soberano sacerdote que se inmola a sí mismo". Por el hecho mismo de la Encarnación, Jesús Hombre-Dios, rinde a su Padre un homenaje total y perfecto de sí mismo, y de toda la humanidad en El; en el acto perfecto de este sacrificio, se unen "estas dos cualidades de Sacerdote y de Hostia" (43).

Cristo comprende en sí mismo a toda la humanidad redimida; obra como Cabeza y sus miembros participan de su sacer

35-

docio: es el pueblo de Dios todo entero un pueblo sacerdotal. Citaremos en los extractos una parte de bello texto sobre la Misa, en el que San Juan Eudes explica a los cristianos que, como miembros de Cristo Sacerdote y Hostia, "deben asistir a la Misa en calidad de sacerdotes o sacrificadores, para ofrecer en ella, con Jesucristo Soberano Sacerdote y Hostia, el mismo sacrificio ofrecido por El; como también en calidad de hostias y de víctimas que no son más que una hostia, así como no son más que un sacerdote con Jesucristo".

Después de eso San Juan Eudes podrá exaltar y servir -como Bérulle y Condren- el "sacerdocio ministerial", el de los sacerdotes que han recibido el sacramento del Orden. Obrando así, estamos muy seguros que no rebajará el sacerdocio bautismal. Al contrario, en toda su vida procuró infundir en los cristianos la conciencia de ser un pueblo santo y consagrado a la gloria de Dios; procuró convencerlos de que son miembros de Cristo Sacerdote y que en Cristo, "todo les pertenece": tal esfuerzo ponía en plena luz la participación de toda la Iglesia en el sacerdocio de su Cabeza. Además, servir, como lo hizo él, al sacerdocio en los sacerdotes, ¿no es acaso, finalmente, trabajar por restaurar la santidad sacerdotal de toda la Iglesia? Su itinerario personal, de las misiones a los seminarios, obedecía a la evidencia de que, sin sacerdotes humildemente conscientes de la grandeza del sacerdocio, era imposible a la comunidad de bautizados realizar de un modo duradero, en su **vida cotidiana, el** misterio de la consagración bautismal.

El **sacerdocio de los presbíteros** es, en efecto, una nueva participación, más íntima y

más misteriosa, en el sacerdocio de Cristo, y ello para el servicio del sacerdocio común a toda la Iglesia: su oficio es, por la predicación del Evangelio, por la celebración de los sacramentos, por la dirección de las almas y de las comunidades cristianas, llamar a la fe, librar del pecado, abrir a la gracia de la salvación, ofrecer el sacrificio: en síntesis, reunir y consagrar el pueblo de Dios. San Juan Eudes, es verdad, no se detuvo a analizar la naturaleza del "carácter" sacerdotal que confiere el sacramento del Orden, ni a precisar las relaciones mutuas entre el sacerdocio ministerial y el sacerdocio de toda la Iglesia.

Escribió, en cambio, largas páginas, y con frecuencia muy bellas, en que muestra a los sacerdotes -digamos más precisamente: a los pastores, encargados **de una misión respecto de**
36 -

las almas- por una parte la grandeza escondida de ese sacerdocio de Jesús que se les ha comunicado, de esos **poderes** misteriosos que se les han confiado; Por otra parte, sobre todo, la importancia y la santidad de su "misión" apostólica: cooperar con Cristo a la obra de la salvación de las almas "la más divina de las cosas divinas". Sabemos, es verdad, que en aquel entonces había mucho que hacer para infundir a los sacerdotes (y aún a obispos) el humilde orgullo y el respeto de su sacerdocio, el amor perspicaz y animoso de sus funciones pastorales. Los extractos que citaremos se refieren a uno o a otro de estos puntos (49-59).

El Corazón del Señor, En las páginas anteriores no hemos hablado mucho del Corazón del Señor; y sin embargo ya lo hemos dicho casi todo, pues el signo del Corazón es la expresión de un enfoque de fe muy rico y el punto al cual convergen las diversas líneas que hemos seguido.

En la Biblia fue donde inicialmente leyó Juan Eudes esta palabra.

En la Biblia, el corazón, es el principio de la vida consciente, la fuente de todos los actos psicológicos, ya sean de orden sensible, intelectual o moral; también el amor tiene allí su principio, aunque este aspecto sería más bien secundario. Sin embargo, en el Evangelio, el Corazón humano del Señor, sobre el cual reposó San Juan su cabeza, y que fue traspasado por la lanza, es para nosotros signo de su amor, y los textos precedentes reciben allí nueva claridad. Este tema había llegado a ser tradicional, y Juan Eudes lo leyó en los fervientes escritos de San Bernardo, de San Buenaventura, de las místicas alemanas y de San Francisco de Sales. Además, el uso de la lengua francesa, más acentuado sin duda en esa época del amaneramiento, tendía a reforzar ese simbolismo de amor; tal es la nota dominante en San Juan Eudes. Pero el aspecto del principio de vida, de foco íntimo del ser, desde el cual se difunde la vida por todo el cuerpo, también estaba netamente señalado, en parte sin duda conforme a los conceptos fisiológicos de la época. Así, pues, era una palabra de complejas y ricas resonancias cargada de interioridad, de difusión de vida y sobre todo de amor.

Para San Juan Eudes, en definitiva, el Corazón es el signo del Dios Amor que se revela y se da a los corazones de los hombres en Jesucristo.
37 -

La reflexión le conduce además a distinguir tres planos, análogos a los que indicamos a propósito de la Virgen María: Corazón corporal, Corazón espiritual y Corazón divino. La multiplicidad misma de estos aspectos revela algo de las riquezas secretas de este símbolo. El Corazón corporal de Cristo es para Juan Eudes el principio de su vida natural, que difunde la vida en todo su sagrado Cuerpo; es además, y sobre todo, signo de amor ya que palpita al ritmo de amor salvador, a la vez divino y humano, con el que Cristo nos ama; sobre la cruz fue traspasado por la lanza: se rompió quizás por la violencia de amor, y la sangre y el agua que brotaron de él, son símbolo de los sacramentos de nuestra vida. En cuanto al Corazón espiritual de Señor, es lo más íntimo de su alma,

el centro y el principio de su vida interior, de su santidad, y por consiguiente ante todo, de su amor.

Conviene que nos detengamos un poco más en lo que San Juan Eudes llama el Corazón divino de Cristo: al hacerlo encontraremos el ya evocado tema de la **primacía de Amor**. En efecto, en este sentido divino, el simbolismo de amor de la palabra corazón aparece como en su estado puro. El Corazón divino de Jesús es el amor divino que une al Verbo con el Padre; y este amor, "que no es más que uno con el Corazón y el Amor de su Padre, es el principio de Espíritu Santo. Por eso, cuando El nos ha dado su Corazón, también nos ha dado el Corazón de su Padre y su adorable Espíritu". Es de notar, además, que ese amor de Verbo, vuelto hacia el Padre, está también vuelto hacia los hombres; parafraseando el Evangelio de Juan, el Padre Eudes dice entonces que el Hijo nos ama con el mismo amor y con el mismo Corazón con el cual ama al Padre y con el cual a su vez es amado por El. En otros pasajes, toma este Amor en el sentido de Persona, y es entonces el mismo Espíritu Santo que recibe el nombre de Corazón divino de Jesús "por el cual su Humanidad adorable ha estado siempre más animada y vivificada que por su propia alma y por su propio Corazón". Finalmente el Corazón divino de Jesús a veces parece significar el Amor esencial, idéntico con el ser mismo de Dios, común a las tres divinas Personas(32). Como se ve, esta reflexión sobre el Corazón de Jesús abre grandes perspectivas sobre el misterio de Dios y sobre la vida trinitaria, que es Amor.

También se abren grandes perspectivas sobre el **Cuerpo Místico**, cuya Cabeza es Cristo. Pues, si Jesús es la Cabeza de
38 -

este Cuerpo que es la Iglesia, su Corazón (es decir, su Amor, el foco de su santidad) es el corazón de todo el cuerpo y de cada uno de sus miembros; es de El de quien recibe cada miembro la vida. Esta meditación estaba esbozada **desde el Reino de Jesús**, y se refiere a este texto ya mencionado: "Todo os pertenece"; todo me pertenece, y yo puedo amar por el Corazón de Jesús, por el Corazón de María, por el corazón de todos los santos; y es de todos estos corazones juntos (por el amor y la gracia forman ellos un solo corazón) de los que se debe entender la expresión bíblica: **ex toto Corde meo**, de todo mi Corazón(33) (62).

Esta meditación tantas veces repetida se enriquece el día³⁴ en que San Juan Eudes descubre el gran texto de capítulo XXXVI de Ezequiel, que servirá después como lectura en la Misa de Corazón de Jesús. Allí promete Dios a los Israelitas: Yo os daré un corazón nuevo, un corazón de carne, en lugar de vuestro corazón de piedra; un espíritu nuevo que será mi Espíritu. Deslumbrado, San Juan Eudes leyó: Yo os daré el Corazón de mi Hijo muy amado, os daré el Espíritu de Amor que es mi propio Corazón. Era prolongar el sentido de dicho texto profético, pero respetándolo. Tanto más que este mismo texto anuncia también "el agua pura" (de Bautismo) que "reunirá" al pueblo nuevo (el Cuerpo Místico) -y al que San Pablo, por su parte, parece hacer eco: "La prueba de que sois hijos, es que Dios ha enviado en nuestros corazones al Espíritu- y el Corazón, precisará Juan Eudes en el gradual de la Misa de su Hijo que clama: "Abba, Padre". Lo que celebra San Juan Eudes, es el Amor que Dios nos ha dado en el Corazón de su Hijo, para que vivamos nosotros que somos sus miembros, en su humildad y en su caridad (62, 64).

El tercer tema, el de **sacrificio**, no nos sorprende, ya que el Corazón es el signo del Amor y que el sacrificio es el don total del Amor; "dar su vida por aquellos a quienes se ama-: el Evangelio de la Misa del Corazón de Jesús nos recuerda que es ahí donde el Amor encuentra su máxima perfección. La imagen que trae con frecuencia San Juan Eudes, es la del fuego: nuestros corazones deben inmolarsse y consumirse en el fuego del Amor. El Corazón de Cristo, que es también el nuestro, es eternamente el centro de la Cruz: **Centrum Crucis (60 a 64)**.

Esta es la doctrina espiritual de San Juan Eudes. Sin vanidad, creó poco por sí mismo; hasta en

el vocabulario, se acer

39 -

ca con frecuencia a San Francisco de Sales, o más a menudo, a Bérulle su maestro. Con todo, su síntesis es vigorosa. Amplia la doctrina de San Francisco de Sales, haciendo más explícita, en la escuela de Bérulle, la fe en el misterio de Cristo continuado en su Iglesia. Menos sublime y menos elocuente que Bérulle, se expresa con mayor sencillez; por su insistencia sobre el Amor, y por el signo del Corazón, aumenta la fuerza de penetración del pensamiento beruliano.

Divulgación.

Juan Eudes enseñó su doctrina. Su único fin era instruir en la ciencia de la salvación, y convertir los corazones a Jesús.

Enseñó por sus libros, dirigidos los unos a los sacerdotes y los otros a todos los cristianos conscientes de su Bautismo y en busca de Dios. Conocía muy bien a estos cristianos y cristianas: eran ellos, en Caen y en sus misiones, sus penitentes o sus colaboradores. Así, el admirable Gastón de Renty, que fue un sostén y un amigo para él: laico casado, de una profunda vida interior, ejercía vasta acción apostólica por todo el reino; murió, padre de cinco hijos, a la edad de treinta y siete años solamente (1649)... Los extractos de los libros de Juan Eudes que citaremos, nos permiten formarnos una idea de lo que representaba para él semejante apostolado.

Enseñaba también por sus conversaciones y sus cartas de dirección. Se ha logrado conservar muchas de esas cartas (27, 28). La doctrina es allí la misma de sus libros, expresada a veces con las mismas palabras de la Escritura. El tono es a menudo muy humano y muy cordial. Cuando, en 1661, la señora de Camilly, "su unícuísima hija" pierde a su marido -al que Juan Eudes llamaba "el querido hermano del corazón"- ~le manifiesta inquieta ternura: "¿Qué hace usted, mi pobre y querida afligida?... Me parece que hace mucho tiempo que no recibo ninguna de sus queridas cartas (y no hacía diez días). Pienso continuamente en Usted...". Mas esta carta está llena de elevadas enseñanzas, en las que encontramos todos los grandes temas eudistas. Esta cristiana debe repetir a Dios las palabras "de su Hijo Jesús nuestra Cabeza" dándose al espíritu con el cual las dijo El; estas palabras, salidas del "Corazón amable de Jesús", son palabras de una sumisión **generosa a la "adorabilísima** Voluntad de Dios"; expresan el amor infinito con el cual

40-

Jesús se sacrificó por nosotros; "en unión con este mismo amor", es menester que ella le dé y sacrifique de todo corazón lo que le era tan caro; lo hará uniéndose a Nuestra Señora al pie de la cruz, totalmente unida ella misma al sacrificio de su Hijo... En verdad, si tuviéramos necesidad de confirmar el análisis de los principales temas espirituales de San Juan Eudes, esta carta nos bastaría!

Pero Juan Eudes sobre todo predicaba. Desgraciadamente no tenemos el texto de los sermones, a pesar de haber deseado él su publicación. Podemos sin embargo reconocer migajas, incorporadas en sus obras. Poseemos sobre todo un libro, el **Predicados apostólicos**, en el cual nos expone en detalle sus principios de predicación. Su cuidado dominante era "acomodarse al alcance y capacidad de la mayor parte del auditorio": predicaba ante todo la moral, el bien que se debía hacer y el mal que se debía evitar, y los deberes de cada condición. No era, sin embargo, "moralizante": no imponía las reglas por sí mismas; enunciaba religiosamente la Voluntad de Dios, la santidad y el amor de Dios. Además, no eran sus ideas personales lo que predicaba: "La materia y el tema de todas las predicaciones debe ser la Sagrada Escritura". Su predicación, religiosa y escriturística, procuraba enseñar en lo posible el misterio de Cristo; enseñaba siempre los sacramentos, sin omitir la santidad

del sacramento del matrimonio, "que es una de las cosas más importantes" entre las que conviene predicar. Tenemos además un documento precioso: es el **Catecismo de la misión** que explicaba familiarmente, casi todos los días de sus misiones, a los niños y en cuanto posible, también a sus padres. Y esta enseñanza muy sencilla, precisa y práctica, se explaya vigorosamente sobre el misterio de nuestra vida en Cristo: la vida eterna, leemos allí, es aquella "de la cual debe vivir el cristiano en este mundo"; la Iglesia es "el Cuerpo Místico de Jesucristo, cuya Cabeza es Cristo"; el matrimonio "representa la unión santa y divina de Jesucristo con su Iglesia"; y los cristianos a menudo rudos que seguían estos catecismos, son invitados a ofrecer sus comidas a Jesús "en honor y unión de las comidas" que El y su santísima Madre tomaron en la tierra. ¡Esta es una verdadera predicación popular de Escuela francesa! En todo caso, es una predicación verdaderamente cristiana, la de los verdaderos "servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios" de que hablaba San Pablo.

4 1 -

111 «Y QUE VUESTRO FRUTO PERMANEZCA»

San Juan Eudes ha terminado su misión. ¿Habrá dejado, acaso, en la historia de la Iglesia alguna estela visible? Indiquemos algunos puntos orientadores.

A los institutos que fundó, les dio a la vez el aliento de vida y las estructuras que les permitirían subsistir. En 1789, la Congregación de Jesús y María dirigía dieciseis seminarios y cuatro colegios vinculados a seminarios; la Revolución iba a dispersarlo todo. Reunidos tardíamente en 1826, los Eudistas se encargaron de colegios; posteriormente, a petición de León XIII, fueron a prestar su ayuda a los seminarios de Colombia. Actualmente prestan servicio a la Iglesia en Francia, Colombia, Canadá, Venezuela, Costa de Marfil. Según el espíritu de San Juan Eudes, trabajan ora en la formación de los sacerdotes, ora en diversos ministerios junto a los demás sacerdotes, procurando vivir lo más plenamente posible la gracia de la Ordenación.

Todos sus ministerios procuran ellos realizarlos en unión con Cristo Sacerdote, manifestando por sus palabras y por su vida algo de ese Amor que Dios nos da en el Corazón de su Hijo.

Las Religiosas hijas de San Juan Eudes trabajan en el mismo espíritu; también ellas continúan orando como les enseñó San Juan Eudes, cumpliendo sus oficios para honra del Corazón de Cristo y del Corazón de la Virgen. De allí sacan la fuerza necesaria para su misión de apostolado y de misericordia, tan conforme a la tradición eudista. En efecto, la Orden de Nuestra Señora de Caridad contaba siete monasterios al llegar la Revolución; golpeados menos duramente que los seminarios, recobraron pronto su prosperidad y se multiplicaron en el siglo XIX. La casa fundada en Angers por santa María Eufrosia Pelletier, llegó a ser para la nueva Congregación de Nuestra Señora de Caridad del Buen Pastor la sede general; en 1835, Gregorio XVI le dio su aprobación. Bajo una u otra forma, Nuestra

4 2 -

Señora de Caridad, con quinientas casas y doce mil religiosas, se encuentra hoy extendida por el mundo entero.

Agreguemos que varias familias vigorosas fueron fundadas en el siglo XVIII o en el siglo XIX, ya sea por influjo de Padres Eudistas, ya sea por otras hijas de San Juan Eudes, terciarias del Corazón de María. No podemos mencionarlas a todas. La más antigua es seguramente la del Bon-Sauveur, en la que se han reunido recientemente dos congregaciones afines, nacidas en Normandía, casi en tiempos de San Juan Eudes; el cuidado de los enfermos, la educación y la reeducación son sus obras. Las hay

contemplativas, como la Sagrada Familia de Sées. Pero son más numerosas las que se han consagrado a la enseñanza, a la asistencia y a la ayuda parroquia; tales son las de Coutances, de Saint-Quay, de Paramé, dedicadas al Corazón de María, o la Providencia de Evreux. Las Damas de San Rafael reciben en sus Maternidades a madres solteras; han querido llevar sobre su hábito la imagen del Corazón. Y todo el mundo conoce las Hermanitas de los Pobres y su misión de humilde caridad. .. Todos estos Institutos permanecen fieles al recuerdo de San Juan Eudes; aprecian de modo especial los retiros y las sesiones de espiritualidad que les permiten conocer mejor su doctrina para alimentarse de ella³⁵.

Pero no se reduce a estas fundaciones lo que queda de San Juan Eudes; también su mensaje ha fructificado. Acción difícil de medir; pero sin embargo es discernible. En Primer lugar la doctrina del Corazón, signo del Amor salvador que llama y crea el amor. En vez de recordar su historia, miremos un hecho en que aparece. Un estudio reciente³⁶ presentaba un manual publicado en Versalles en 1742, para una Cofradía del Sagrado Corazón, creada por petición de María Leczinska. Dos caminos convergentes ponen de manifiesto aquí la acción de San Juan Eudes: por una parte, este manual, eslabón de un conjunto de manuales análogos, contiene elementos tomados de los oficios de San Juan Eudes, mezclados con otros de los Jesuitas, discípulos de santa Margarita María (la cual, por lo demás, recibió su misión en un convento donde se celebraban los oficios eudistas); por otra parte, la iniciativa de María Leczinska nos recuerda la rápida difusión en Polonia de las Benedictinas del Santísimo Sacramento, que habían llevado allá, a fines del siglo XVII, la devoción recibida de San Juan Eudes a los Corazones de Jesús y María. Sin pretender seguir en su detalle la historia de

4 3 -

la doctrina eudista del Corazón, solamente hacemos notar que Pío X, en la Encíclica **Haurietis aquas** sobre el culto del Sagrado Corazón, ha desarrollado ricamente temas a los cuales San Juan Eudes nos había iniciado⁽³⁷⁾. Con alegría sus discípulos encontraron en ella amplias perspectivas escriturísticas y teológicas.

Menos discernible, y sin embargo profunda, es la acción sacerdotal de San Juan Eudes. Ocupó su lugar, en forma pujante y en medio de muchos otros, en un vasto movimiento de restauración del sacerdocio, necesario para la restauración de la santidad bautismal. Sus hijos, dispersados por la Revolución o martirizados, o los que ahora continúan su misión, no son los únicos testigos. En efecto, si la inquietud que se apoderaba de San Vicente cuando pensaba que un día quizás nuestras gentes serían privadas de la fe no se cumplió totalmente, y si inclusive asistimos en nuestros días, a través de rudas purificaciones, a una renovación de la fe cristiana, lo debemos en buena parte a esos celosos y valientes apóstoles del siglo XVII que creyeron por encima de todo y contra todo, en la santidad del bautismo y del sacramento del Orden. Y San Juan Eudes era uno de ellos.

4 4-

N O T A S

1 **Diario** de] P. Eudes (O.C., Xil). lo citaremos varias veces en las páginas siguientes.

2 La Capilla de esta casa existe todavía hoy: se convirtió en el templo reformado de] Oratorio, en la calle Saint-Honoré.

3 Bula **Sacrosanctae romanae ecclesiae**, de] 10 de mayo de 1613.

4 2 Mac. **1,3 Ver Constituciones**, O.C., IX, 144.

5 O. C , Xil, 187.

6 Entiéndase: la custodia.

7 Archivos de San Sulpicio, Olier, **Mémoires**, t. li, p. 221; ver **Notre Vie**, Revista eudista de espiritualidad e información, t. Vi (1956-57), p. 297.

8 Carta a M.G. Desdames, en Vicente de Paul, **Correspondencia...** p.p. Pierre Coste, París, 1920, t. Viji, p. 310.

9 O.C., V, 283. Hemos destacado otros rasgos análogos y bosquejado una comparación con Molière, en nuestro artículo sobre **La práctica de] renunciamento, en Le renoncement dans la vie chrétienne selon saint Jean Eudes**, París, 1956, p. 68 y siguientes.

10 Ver Ch. B. du Chesnay, **El fundador de los Eudistas, San Juan Eudes, en Notre Vie**, t. Vi (1956-57), p. 34. Ver también A. Degert, **Histoire des séminales français jusqu'a la revolution**, París, 1912, t. 1, pág. 28.

11 Vicente de ~Paul, op. cit., li, p. 459.

12 **Lettres du P. Ch. de Condren**, París, 1943, p. XXVIII.

13 Diario de M. du Ferrier citado por Bolsard, **La Compagnie de Saint-Sulpice, trois siècles d' histoire**, edición mimeografiada, 1962, t. 1. p. 5.
45-

14 Ver las notas de] P. Ch. B. du Chesnay en **Notre Vie**, t. W (1958-59), pp. 48 y 111; t. Viji (1960-61). p. 302.

15 Ver las **Lettres du P. Ch. de Condren**, París, 1943; Carta 68, p. 214 a 219.

16 Por el contrario, en la conclusión de] **Corazón admirable**, especie de testamento (1680), se pueden leer estas palabras solemnes: "Para alejarme de un peligro evidente de perderme en el que yo estaba, me comprometisteis en la Congregación de Jesús y María, que Vos y vuestro Hijo amado habéis establecido en la santa Iglesia" (O.C., Vffi, 354).

17 Ver Ch. B. du Chesnay, **Las fundaciones de San Juan Eudes en su tiempo, en La Vida Religiosa en la Escuela de San. Juan Eudes**, París, 1963, p. 35.

18 Costil, **Annales de Notre-Dame de Charité**, edición mimeografiada, t. 1, p. 56.

19 Ver J. Arragaln, **Le Coeur du Seigneur, París, 1955**, p. 66.

20 Bérulle, **Oeuvres**, edición Migne, col. 1002; citado por San Juan Eudes en **El Corazón Admirable**, O.C., Viji, 344 y ss.

21 **Der Prophet des Herzens**, título de la vida de San Juan Eudes escrita en alemán por la Sra. Oda Schneider, Viena, 1947.

22 Por ejemplo, en Paray-le-Monial, la narración de una aparición de Santa Margarita María está fechada en la fiesta de] Corazón de María. Cfr. Lebrun, **La tlévotion au Coeur de Marie**, París, 1917, p. 186.

23 Hérainbourg, **Saint Jean Eudes, ses vertus**, París, 1926, p. 34.

24 P. Cochois, **Bérulle y la Escuela Francesa**, Ed. du Seuil, col., "Maitres spirituels", París 1963, p. 146.

25 **Diario**, O.C., Xil, 107.

26 P. Cochois, O.C., p. 72.

27 J. Huijben, **En las Fuentes de la Espiritualidad Francesa de] siglo XVIII, en el Supl. a la Vida Espiritual**, t. XXVII (1931), P. 36.

28 **Amor propio**, en el lenguaje de] siglo XVII no significa "Vanidad" sino "amor de sí mismo".

29 O. C., 1, 338; VI, 189.46

30 Hérambourg, O.C., p. 103.

31 Amelote escribía: "Se siente ahora (entiéndase a partir de Béruile) que el Bautismo nos hace religiosos, que ffl nos incorpora al Sacerdocio real". (Le vía du P. Ch. **de Condren**, París, 1643, li, 83).

32 Ver L. Cognet, **El Corazón de Jesús y la Trinidad**, en **Le Coeur du Seigneur**, París, 1955, especialmente p. 113.

33 Ver el **Reino de Jesús**, O. C., 1, p. 395, 411, 467, etc.

34 Ver el **Contrato**, O C, li, 215; los **Oficios**, O C . XI, 266, 271, 470, 471, 507, etc., con las notas que muestran la evolución progresiva de los textos. El ;P. J. Arragain ha analizado con gran precisión (a la que se podrían aportar algunos matices) **la evolución del pensamiento de san Juan Eudes acerca del Corazón de] Señor**, en **Le Coeur du Seigneur**, p. 43 y ss. Ver también J. Hanimann, **San Juan Eudes y el sentido bíblico de la palabra corazón**, en **Le Coeur du Seigneur**, p. 91.

35 Ver **La grande farnille d'un grand saint**, e~diltado por **Notre Vie**, París, 1948.

36 A. Joly, **La "Cofradía de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús" de Nuestra Señora de Versailles**, en **Mission et Charité**, octubre 1962, p. 431.

37 Ver J. Arragain, **La Encíclica "Haurletis aquas"**, en **Notre Vie**, t. Vi (1956-57), p. 129.

CRONOLOGIA

- 1575 Nace Pedro de Bérulle
1581 Nace Vicente de Paul
1588 Nace Carlos de Condren
1598 Edicto de Nantes: paz religiosa
1601 Nace Luis XIII
14 de noviembre: **Nace Juan Eudes**
1608 Nace Juan Jacobo Olier
1610 Asesinato de Enrique IV
1611 Nace Gaston de Renty - Fundación U Oratorio de Jesús
1612 Francisco de Sales. "**Tratado dell amor de Dios**"
1615 Juan Eudes en el colegio du Mont, en Caen
1618 Juan Eudes entra en la congregación de Nuestra Señora - Muere Madame Acarle (María de 'la Encarnación)
1621 Juan Eudes recibe tonsura y órdenes menores
1622 Muerte de San Francisco de Sales
1623 Juan Eudes en el Oratorio, en París
1624 Richelieu entra al Consejo
1625 Vicente de Paul funda la Congregación de la Misión -
20 de diciembre: **Juan Eudes es ordenado sacerdote**
25 de diciembre: ... y celebra su primera misa
1627 Nace Jacob Benigno Bossuet - Peste en la región de Argentan - Juan Eudes en Caen
1629 Muerte de Bérulle; Condren superior
1630 Fundación de la Compañía del Santísimo Sacramento
1631(?) Peste en Caen
1632 Primeras misiones de Juan Eudes
1637 **La vida y reino de Jesús en las almas cristianas** -
48-

Descartes: "Discurso del método"
1638 Nace Luis XIV - Saint-Cyran es apresado
1639 Revuelta de los "Va-nu-pieds" (los Descalzos) en Normandía
1640 Juan Eudes superior del Oratorio de Caen -
Publicación del "Augustinus" de Jansenio
1641 Muerte de Condren: Bourgoing superior del Oratorio -
Juan Eudes encuentra a María des Vallées - **Fundación en Caen de Nuestra Señora del Refugio** - El Señor Olier comienza un seminario en Vaugirard
1642 San Vicente comienza un seminario en el College des Bons-Enfants - Muerte de Richelieu
1643 Muerte de Luis XIII
19 de marzo: Juan Eudes abandona el Oratorio para fundar un Seminario.
25 de marzo: **Fundación en Caen de la Congregación de Jesús y María**
1643-51 Francisco Eudes de Mézeray publica su "Historia de Francia"
1648 En Autun, **Primera celebración pública de la fiesta del Corazón de María**

Comienza la Fronde

- 1649 Muerte del Barón de Renty
- 1650 Fundación del seminario de Coutances
- 1651 Nuestra Señora del Refugio se convierte en la Orden de Nuestra Señora de Caridad
Juan Eudes predica en París (San Sulpicio)
- 1652 Juan Eudes redacta las **Constituciones** de su congregación
- 1653 Seminario y colegio de Lisieux
- 1654 **Contrato del hombre con Dios por el santo bautismo**
- 1656 Muerte de María des Vallées
- 1657 Fundación del seminario de Rouen - Muerte del Señor Olier
- 1658 Molière se instala en París
- 1660 Muerte de San Vicente de Paul - Matrimonio de Luis XIV - Disolución de la Compañía del Santísimo Sacramento - Juan Eudes predica en París (Quinze-Vingts; Saint-Germain-des-Prés)
- 1666 2 de enero: Aprobación de Nuestra Señora de Caridad por el papa Alejandro VII - **El buen confesor**
49-
- 1667 Fundación del seminario de Evreux
- 1670 Fundación del seminario de Rennes
- 1671 Juan Eudes predica en Versalles
- 1672 **Primera fiesta litúrgica del Corazón de Jesús**
- 1673 Monasterio de Nuestra Señora de Caridad en Rennes - Juan Eudes predica en Saint-Germain-en-Laye
- 1674-79 Cae en desgracia del Rey
- 1676 Monasterio de Nuestra Señora de Caridad en Hennebont y en Vannes - Última misión de Juan Eudes (Saint-Lo)
- 1680 19 de agosto: Muerte de Juan Eudes
- 1792 2 y 3 de septiembre: Francisco Luis Hébert, Francisco Le Franc y Pedro Claudio Pottier, eudista, son martirizados en París
- 1835 Aprobación de Nuestra Señora de Caridad del Buen Pastor por el papa Gregorio XVI
- 1925 31 de mayo: **Canonización de san Juan Eudes**

B I B L I O G R A F I A

(La inicial colocada entre paréntesis, luego de toda referencia nominal bibliográfica, indica el idioma en el cual está escrito

originalmente el texto indicado, así: F, francés; I, Inglés; E, español).

1. OBRAS DE SAN JUAN EUDES

a) Ediciones antiguas

Ejercicios de Piedad (F), Caen, Poisson, 1636, in-32. Reeditado varias veces.

La vida y el reino de Jesús en las almas cristianas (F), Caen, Poisson, 1637, in-12, (18) - 404 folios. Una veintena de ediciones en el curso del s. XVII en Caen, Rouen, París, Lyon ... A partir de 1662 el libro incluye una octava parte con las **Meditaciones sobre la humildad y los Coloquios interiores del alma cristiana con su Dios**. Hay que considerar como definitiva la edición de 1670, en París, donde Fr. Léonard.

El testamento de Jesús y el testamento de verdad cristiana (F), 1641.

La vida del cristiano o el catecismo de la misión (F), Caen, Poisson, 1642, in-12. Numerosas reediciones en Caen, Lyon, París y Rouen.

Advertencias a los confesores misioneros (F), Caen, Poisson, 1644, in-32. Algunas reediciones.

La devoción al muy Santo Corazón y al muy Sagrado nombre de la Bienaventurada Virgen María (F), Autun, Simonnot, 1648, in-12. Algunas reediciones.

Oficios dirigidos en honor de Nuestro Señor Jesucristo, de su

51 -

muy Santa Madre, etc., (F), Caen, Poisson, 1652; in-12. Reediciones modificadas y completadas. Considerar definitiva la edición hecha en 1672, en Caen, donde Poisson.

Contrato dell hombre con Dios por el santo bautismo (F), Caen, ;Pierre Poisson, 1654, in-32. Numerosas reediciones.

Manera de bien servir la misa (F), Caen, Poisson, 1660, in-12. (Primera edición: quizá en 1654 o 1655; unido más tarde al **Catecismo de la Misión**).

El buen confesor (F), Caen, Poisson, 1666, in-8. Numerosas reediciones.

Manual... para el uso de una comunidad eclesiástica (F), Caen. Poisson, 1668, in-12.

Reglas de San Agustín y Constituciones para las Hermanas Religiosas de Nuestra Señora de la Caridad (F), Caen, Marin Yvon, 1670, in-32.

Infancia admirable de la muy Santa Madre de Dios (F), París, René Guignard, 1676, in-12.

El Corazón admirable de la muy Sagrada Madre de Dios (F), Caen, Jean Poisson, 1681, in-4, 774 páginas más índice.

Memorial de la vida eclesiástica (F), Lisieux, Rerny Le Boulenger, 1681, in-12.

El predicador apostólico (F), Caen Jean Poisson, 1685, in-12.

b) Principales Ediciones Modernas

Obras completas (F), con introducciones y notas, publicadas por los PP. J. Dauphin y Ch. Lebrun. Vannes, Lafolye, 1905-1911, 12 vols. in-8. Además de las obras publicadas anteriormente, esta edición incluye varios textos hasta entonces inéditos, en particular tres libros de **Cartas**, el **Memoriale Beneficiorum Dei** (o Diario) y otros varios **Opúsculos y fragmentos**

Nos referimos siempre a esta edición, utilizando la sigla convencional O.C., seguida de número del volumen.

Obras escogidas (F), publicadas por el P. Lebrun. París, Lethielleux, 1931-1937, 8 vols. in-16.

Cartas escogidas - Cartas inéditas (F), textos escogidos y presentados por el P. Ch. Bethelot du Chesnay, Namur, Editions du Soleil Levant, col. "Los Escritos de Santo" in-16, 192 p.

Obras selectas de San Juan Eudes (1), 6 vols. editados por los PP. Wilfrid E. Myatt, cjm. y Patrick J. Skinner, cjm. Nueva

52 -

York. P.J. Kenedy and Sons. 1946-1948.

Vida y Reino de Jesús en las Almas Cristianas (E), traducción española con adaptación. Publicada en Usaquén-Bogotá, D. E. (Colombia). Ed. "San Juan Eudes". 1956. in-16. 483 pp.

El sacerdote y sus ministerios, en su aspecto ascético-pastoral (E), Trad. española, adaptada de "El memoriale de la vida eclesiástica" (F), "El predicador apostólico" (F) y "El buen confesor" (F). Usaquén- Bogotá, D.E. (Colombia). Ed. "San Juan Eudes", 1956, in-16. 558 pp.

La infancia admirable de la Santísima Madre de Dios (E), traducción española publicada en Usaquén- Bogotá, D.E. (Colombia). 1957, in-16, 334 pp.

Meditaciones (E), traducción española de meditaciones diversas tomadas de los escritos de San Juan Eudes. Publicada en Usaquén-Bogotá, D.E. (Colombia). 1957, in-16, 550 pp.

El Corazón de Jesús (E), traducción española de Libro XII de "El corazón admirable. . ." (F), con introducción y documentos anexos. Publicada en Usaquén-Bogotá, D.,E. (Colombia). Ed. "San Juan Eudes", 1957, 391 pp.

Contrato del Hombre con Dios y Reglas de vida cristiana y sacerdotal (E), traducción española publicada en Usaquén-Bogotá, D.E. (Colombia), Ed. "San Juan Eudes"

in-16, 272 pp.

El Corazón Admirable de la Madre de Dios (E), traducción española de Joaquín María Alonso, CMF. vols. 1 y II, Madrid (España). Ed. Cculsa. 1958-59, 577 pp. in-16.

2 **ESTUDIOS SOBRE LA VIDA Y LA DOCTRINA DE SAN JUAN EUDES**

a) **Fisonomía, vida, acción de San Juan Eudes.**

Mgr. André Pioger: **Un orador de la escuela francesa, San Juan Eudes** (F), París, Bloud et Gay, 1940, in- 8, VII-462 pp.

Id. **San Juan Eudes en sus tratados y correspondencia. Ensayo de Psicología religiosa.** París, Bloud et Gay, 1940, in-8, 180 pp.

Emile Georges: **Un Santo en la Francia de Luis XIV** (E), traducción española de A.E. de Mañaricúa, Bilbao, 1950, 446 pp. in-8.

Henry Joly: **San Juan Eudes** (F), 59 ed. París, J. Gabalda, 1926, in-16, VIII-216 pp.

53-

Ch. B. du Chesnay: **Las misiones de San Juan Eudes** (F), París, 1967, LXXII-403 pp. in-4.

Rafael García-Herreros: **San Juan Eudes** (E), La Plata, Rep. Argentina, 1946, in-16, 240 pp.

Finalmente, véase en **Notre Vie**, revista eudista de espiritualidad e información, varios artículos de P. Ch. Berthelot du Chesnay que aportan para la historia de San Juan Eudes y de sus fundaciones, importantes contribuciones que no se encuentran en ninguna obra hasta el presente.

b) **Doctrina de San Juan Eudes.**

Charles Lebrun: **La espiritualidad de San Juan Eudes** (F), París, Lethielleux, 1933, in-8, VI-270 pp.

Jacques Arragain: **El Corazón del Señor. Estudios sobre los escritos y la influencia de San Juan Eudes en la devoción al Corazón de Jesús** (F), París, La Colombe, 1955, in-8, 203 pp.

Joaquín María Alonso, CMIF.- **El Corazón de María en San Juan Eudes** (E), vols. 1 y II. Madrid. Editorial Cculsa. 1958. in-16, 605 pp.

F. Lebesconte: **El Corazón Inmaculado de María según San Juan Eudes** (E), versión española de Camilo Macías. UsaquénBogotá, D.E. Ed. "San Juan Eudes", 1956, in-8.

Nicolás Bermúdez: **El bautismo, contrato de alianza, en la doctrina de San Juan Eudes** (E), tesis de doctorado, dactilografiada, defendida en la Academia Alfonsiana, Roma. 1968.

Carlos E. Villegas H.: **Teología del sacerdocio ministerial, según San Juan Eudes** (E), tesis de doctorado, mimeografiada, defendida en la Academia Alfonsiana, Roma, 1972.

Roland Boisvert: **La doctrina del pecado en el "Catecismo de la Misión", de San Juan Eudes** (F), disertación dactilografiada, presentada en la Academia Alfonsiana, Roma. 1972.

Mario F. Hormaza: **El sacramento de la penitencia en el "Catecismo de la Misión", de San Juan Eudes** (E), disertación de licencia, dactilografiada, presentada en la Academia Alfonsina, Roma. 1974.

Ver también la serie de los **Cabiers Eudistes** (F):

El Santo Corazón de María en la espiritualidad eudista (F), París, **Notre Vie**, 1948, in-16, 128 pp.

La oración en la espiritualidad eudista (F), *ibid.*, 1952, 155 pp. **El renunciamento en la vida cristiana, según San Juan Eudes y sus discípulos** (F), *ibid.*, 1956, 144 pp.

Las virtudes cristianas, según San Juan Eudes y sus discípulos (F), *ibid.*, 1960, 172 pp.

La vida religiosa en la escuela de San Juan Eudes (F), *ibid.*, 1963, 161 pp.

Espiritualidad de la Escuela francesa y San Juan Eudes (F), edición arreglada, Québec, 1962, in-8, 143 pp.

Observación:

Esta bibliografía es voluntariamente reducida.

Se encoritrarán indicaciones más detalladas en:

San Juan Eudes: **Cartas escogidas - Cartas inéditas** (F) (Los escritos del santo", Narnrur, 1958), p. 182 ss. y sobre todo en la tesis de Mons. Pioger, **Un orador de la escuela francesa** (F), París, 1940, p. 439 ss.

Esta obra ofrece, además, un repertorio de las fuentes manuscritas, en particular de los documentos conservados en los Archivos de la Congregación de los Eudistas, 1, rue JeanDolerit, París, XIV e.

Véase, también, la bibliografía indicada al final del artículo "Juan Eudes (santo)" (F), del **Diccionario de Espiritualidad** (F), *ibid.*, París, Letouzey et Ané.

55-

TEXTOS ESCOGIDOS (1)

(1) A menos de indicación contraria, estos textos están tomados del libro La vida y el reino de Jesús en las almas cristianas (llamado a menudo sencillamente El Reino de Jesús).

57 -

1. EL CUERPO MISTICO DE JESUCRISTO

1. "**Omnia in omnibus Christus**". Cristo es todo en todos". O.C., 114.

Es sobre todo en la segunda parte del Reino de Jesús donde Juan Eudes expone las grandes perspectivas de fe que unifican su pensamiento. De una vez su mirada se dirige hacia Cristo: en el plan de Dios, Cristo es "Todo en todas las cosas".

El primero y principal, más aún, el único objeto de la mirada, del amor y la complacencia del Padre eterno, es su Hijo Jesús. Digo **El único** pues Dios Padre ha querido que su Hijo **Jesús sea todo en todas las cosas, y que todas las cosas subsistan en El y por El** (Ef. 1,23; Col. 3, 11, 17), según la palabra del Apóstol; de suerte que Dios mira y ama todas las cosas en El, y no mira y ama sino a El en todas las cosas. Y, como el mismo Apóstol nos enseña que **hizo todas las cosas en El y por El**, también nos enseña que **hizo todas las cosas para El** (Col. 1,16; Heb. 11,10). Y como puso en El todos los tesoros de su sabiduría y de su ciencia (Col. 2,3), de su bondad y belleza, de su gloria y felicidad y de todas sus demás divinas perfecciones, también El mismo nos anuncia con claridad y repetidas veces que **ha puesto toda su complacencia y sus delicias en ese Hijo único y muy amado** (Mt. 3,17; Cf. 2 Pet. 1,17). Esto no excluye, claro está, al Espíritu Santo, ya que es el Espíritu de Jesús y que no es más que uno con Jesús.

59 -

A imitación del Padre Celestial, a quien debemos seguir e imitar como a nuestro Padre, Jesús debe ser el único Objeto de nuestro espíritu y de nuestro corazón. Debemos, pues, mirar y amar todas las cosas en El, y nada debemos mirar y amar fuera de El en todas las cosas. Debemos hacer todas nuestras acciones en El y para El ... por eso nos pide que establezcamos en El nuestra morada: Permaneced en Mí (Jn. 15,4). Y su discípulo amado nos reitera este mandamiento por dos veces: "Permaneced en El, -nos dice- Hijitos míos, permaneced en El" (1 Jn. 2,27). Y San Pablo, para conducirnos a ello, nos asegura que **no hay condenación para los que permanecen en Jesucristo** (Rom. 8,1). Y por el contrario, puede decirse que fuera de ello no hay sino perdición, maldición e infierno.

Cuando digo que Jesucristo debe ser nuestro único objeto, eso no excluye al Padre y al Espíritu Santo. En efecto, el mismo Jesús nos asegura que **quien le ve a El, ve a su Padre** (Jn. 14,9), (...) El que habla de El, habla también de su Padre y de su Espíritu Santo; quien le honra a El y le ama, honra y ama igualmente a su Padre y a su Espíritu Santo; y quien le mira como a su único objeto, mira igualmente al Padre y al Espíritu Santo.

2. **El Cuerpo Místico** O.C., 1 - 161.

Es ésta una de las páginas en que San Juan Eudes manifiesta su fe en el Cuerpo Místico de Jesucristo.

Jesús, Hijo de Dios e Hijo del Hombre, Rey de los hombres y de los Angeles, no es solamente nuestro Dios, nuestro Salvador y nuestro soberano Señor, sino también nuestra cabeza, puesto que

nosotros somos sus miembros y su cuerpo, como dice San Pablo, hueso de sus huesos y carne de su carne (Ef. 5,30). Por consiguiente estamos unidos a El con la mayor unión posible, cual es la de los miembros con su cabeza; unidos a El espiritualmente por la fe y por la gracia que nos ha dado en el Bautismo; unidos con El corporalmente por la unión de su santísimo cuerpo con el nuestro en la Santa Eucaristía ... ; así como los miembros son animados por el Espíritu de su cabeza y viven de su vida, así nosotros debemos estar animados por el Espíritu de Jesús, vivir de su vida, andar por sus caminos, estar revestidos de sus sentimientos e inclinaciones, hacer todas
60-

nuestras acciones con las disposiciones e intenciones con las cuales El hacía las suyas. En una palabra, continuar y practicar ,la vida, la religión y la devoción que ejerció El mientras estuvo en la tierra.

Esta proposición está muy bien fundamentada-, pues está apoyada, en muchos lugares, sobre las sagradas palabras del que es la verdad misma. Acaso no le habéis oído decir en varios pasajes del Evangelio: **Yo soy la vida y Yo he venido para que vosotros tengáis la vida... Yo vivo y vosotros viviréis. En ese día conoceréis ique yo estoy en mi Padre, y vosotros en Mí, y yo en vosotros** (Jn. 14,6; 19). Es decir, que así como yo estoy en mi Padre, viviendo la vida de mi Padre que El me va comunicando, así vosotros estáis en Mí viviendo de mi vida, y yo estoy en vosotros, comunicándoos esta misma vida; y así como yo vivo en vosotros, también vosotros viviréis conmigo y en mí...

Nuestro Señor tiene dos clases de cuerpo y dos clases de vida. Su primer cuerpo es su cuerpo personal, tomado de la Santísima Virgen; y su primera vida, -es la vida que ¡tuvo en ese mismo cuerpo, mientras estaba en la tierra. Su segundo cuerpo, es su cuerpo místico, a saber, la Iglesia, que San Pablo llama **Corpus Christi** El cuerpo de Jesucristo; y su segunda vida, es la vida que tiene en ese cuerpo y en todos los verdaderos cristianos, los que son miembros de ese cuerpo. La vida pasible y temporal que Jesús tuvo en su cuerpo personal, se cumplió y terminó en el momento de su muerte; pero El quiere continuar esta misma vida en su cuerpo místico, hasta la consumación de los siglos, con el fin de glorificar a su Padre por medio de las acciones y sufrimientos de una vida mortal, laboriosa y pasible, no solamente en el espacio de treinta y cuatro años, sino hasta el fin del mundo. De suerte que la vida pasible y temporal que tiene Jesús en su cuerpo místico, es decir, en los cristianos, no tiene todavía su cumplimiento; con todo, se va cumpliendo días tras días, en cada verdadero cristiano, y no tendrá su perfecto cumplimiento hasta el fin de los tiempos.

Por eso dice San Pablo **que él completa lo que falta a los sufrimientos de Jesucristo en favor de su cuerpo, que es la Iglesia** (Col. 1,24), y lo que San Pablo dice de sí mismo puede decirse de cada verdadero cristiano, cuando sufre algo con espíritu de sumisión y amor a Dios. Y lo que San Pablo dice de los sufrimientos se puede decir de las demás acciones que un
61 -

cristiano hace en la tierra...

Por eso, cuando un cristiano hace oración, continúa y completa la vida laboriosa de Jesucristo; cuando trata con el prójimo en espíritu de caridad, continúa y completa la vida de trato humano de Jesucristo ...

Puesto que Jesucristo es nuestra cabeza y nosotros somos sus miembros que tenemos con El una unión incomparablemente más estrecha, más noble y más elevada que la unión existente entre la cabeza y los miembros de un cuerpo natural (...), debemos estar animados de su espíritu y vivir de su vida de un modo más particular y más perfecto, que los miembros de un cuerpo natural lo están con el espíritu y la vida de su cabeza.

3. Los "Estados y Misterios" de Cristo O. C. 1, 310.

La tercera parte del Reino de Jesús explica "lo que se se debe hacer en cada año": ante todo hay que unirse a los "Estados y misterios de Cristo", siguiendo el ritmo del año litúrgico.

Tenemos que continuar y completar en nosotros los estados y misterios de Jesús, suplicando con frecuencia a ese mismo Jesús que los :perfeccione El y complete en nosotros y en toda su Iglesia. .
- Los misterios de Jesús no están aún en su entera perfección y cumplimiento ... Por más que sean perfectos y realizados en la persona de Jesucristo, no están sin embargo realizados y cumplidos todavía en nosotros que somos sus miembros, ni en la Iglesia que es su cuerpo místico. En efecto, el Hijo de Dios se propuso dar una participación, y hacer una especie de extensión y continuación en nosotros y en toda su Iglesia, del misterio de su Encarnación (...), de su nacimiento, de su vida oculta, formándose y como encarnándose en nosotros, y naciendo en nuestras almas por los santos sacramentos del Bautismo y la Santísima Eucaristía, y haciéndonos vivir de una vida espiritual e interior, oculta con El en Dios.

Se propuso perfeccionar en nosotros el misterio de su pasión, de su muerte y de su resurrección, haciéndonos sufrir, morir y resucitar con El y en El. Se propuso completar en nosotros el estado de la vida gloriosa e inmortal que El tiene en el cielo, haciéndonos vivir con El y en El, cuando estemos en el cielo, con vida gloriosa e inmortal. Y de esa manera se pro
6 2 -

pone perfeccionar y completar en nosotros y en su Iglesia todos los demás estados y misterios, mediante una comunicación y participación que quiere darnos, y mediante una continuación y extensión que se propone hacer en nosotros de esos mismos estados y misterios.

Los misterios de Jesús no se completarán sino al fin del tiempo determinado por El para la consumación de sus misterios en nosotros y en su Iglesia, es decir, al fin del mundo.

Ahora bien, la vida que tenemos en la tierra se nos ha dado solamente para emplearla en el cumplimiento de esos grandes designios de Jesús sobre nosotros. Por eso debemos emplear todo nuestro tiempo, nuestros días y años en cooperar y trabajar con Jesús en esa divina obra de la consumación de sus misterios en nosotros; y esa cooperación nuestra debe hacerse a base de buenas obras y oraciones, y por una aplicación fre

cuenta de nuestro espíritu y de nuestro corazón a contemplar, adorar y honrar los divinos estados y misterios de Jesús en los diversos tiempos del año, dándonos a El, para que obre en nosotros, por esos mismos misterios, todo cuanto desea hacer para su pura gloria.

6 3-

11 LA ENTRADA EN EL CUERPO MISTICO

4. La Fe 0. C., 1 - 168.

Para Juan Eudes, los "fundamentos" de la vida cristiana son la fe, la renuncia al pecado, la renuncia a sí mismo y la oración. Todo comienza, pues, por la fe y el bautismo, que es el sacramento de la fe.

El primer fundamento de la vida cristiana es la fe. San Pablo, en efecto, nos declara que **si queremos ir a Dios y tener acceso a Su divina Majestad---el primer paso que debe dar es el de creer, y que sin la fe es imposible agradar a Dios.** La fe -dice el mismo Apóstol- **es la garantía y la base de las cosas que esperamos** (Heb. 11,6; I). Es la piedra fundamental de la casa y del Reino de Jesucristo. Es una luz celestial y divina, una participación de la luz eterna e inaccesible, un destello de la faz de Dios; para hablar en conformidad con la Escritura, la fe es como **un carácter divino, por el cual la luz de la faz de Dios se imprime en nuestras almas** (Ps. 4,7). Es una comunicación, y como una extensión de la luz y ciencia divina que fue infundida en el alma de Jesús en el momento de su Encarnación. Es la ciencia de la salvación, la ciencia de los Santos, la ciencia de Dios, que Jesucristo ha recibido en el seno de su Padre y que nos trajo a la tierra para disipar nuestras tinieblas, para iluminar nuestros corazones y para darnos los conocimientos necesarios con que podamos servir y amar a Dios perfectamente; así podremos someter y sujetar nuestros espíritus a las verdades que nos enseñó y nos sigue enseñando por medio de la Iglesia. De esa manera se propone expresar, continuar y realizar en nosotros la sumisión, la docilidad y el sometimiento voluntario y sin obscuridad de su espíritu humano con respecto a las luces que su Padre eterno le comunicó y a las verdades que le enseñó. Así pues, la fe que se nos da para cautivar y someter nuestros espíritus a

64-

aceptar las verdades que se nos anuncian de parte de Dios, es una continuación y una realización de la sumisión amorosa y perfectísima que el espíritu humano de Jesucristo tuvo hacia las verdades que le fueron anunciadas por su Padre Eterno...

De suerte que si miramos a Dios con los ojos de la fe, le veremos -en su verdad, tal cual es, y como faz a faz en cierta manera, Si bien la fe va unida a la obscuridad, y nos hace ver a Dios no con la claridad con que se le ve en el cielo sino obscuramente y como a través de una nube, con todo, no rebaja su grandeza suprema al alcance de nuestro espíritu, como lo hace la ciencia, sino que penetra, a través de sus sombras y obscuridades, hasta la infinitud de sus perfecciones, y nos le hace conocer tal cual es, es decir, infinito en su ser y en todas sus divinas perfecciones.

Si nos vemos a nosotros mismos y todas las cosas del mundo con los ojos de la fe, veremos muy claramente que no somos más que nada, pecado y abominación; y que todo lo que hay en el mundo no es sino humo, vanidad e ilusión.

S. Vida de Fe 0 C , 1 - 171.

Así como debemos mirar las cosas a la luz de la fe, para conocerlas con toda verdad, del mismo modo debemos hacer todas nuestras acciones conducidos por esa misma luz, para hacerlas santamente. Pues, así como Dios se conduce por su sabiduría divina; los Angeles, por su inteligencia angélica; los hombres privados de la luz de la fe, por la razón; las personas del mundo, por las máximas que se siguen en él; los voluptuosos, por sus sentidos: así los cristianos deben conducirse por la misma luz por la cual Jesucristo, que es su cabeza, se conduce; es decir, por la fe que es una participación de la

ciencia y de la luz de Jesucristo.

Por eso debemos procurar por toda clase de medios aprender esta divina ciencia con la mayor perfección posible, obrando siempre guiados por ella. Con tal fin, al principio de nuestras acciones, en especial de las más importantes, pongámonos a los pies del Hijo de Dios, adorémosle como al autor y al ejecutor de la fe, y como al que es la verdadera luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, y como a Padre de las luces.

6 5 -

6. El Bautismo es una Nueva Creación O. C., 11 - 18.

Los coloquios del alma cristiana con su Dios se han agregado al REINO DE JESUS (Parte octava) desde 1662. Ahí se encuentra una acabada expresión del pensamiento eudista acerca del Bautismo.

En las Sagradas Escrituras suele llamarse al Bautismo con los términos de regeneración y nuevo nacimiento: "Por el agua y el nuevo nacimiento"; "El que no renazca del agua y del Espíritu Santo"... (Tit. 3,5; Jn. 3,5). Generación y nacimiento que tiene por ejemplar y prototipo la generación y el nacimiento eterno del Hijo de Dios en el seno de su Padre, y su generación y nacimiento temporal en el seno virginal de su Madre.

En efecto, así como en su generación eterna su Padre le comunica su ser, su vida y sus divinas perfecciones: así nuestro Bautismo ese mismo Padre nos da, por medio de su Hijo y en su Hijo, un ser y una vida enteramente santa y divina.

Y como en la generación temporal del Hijo de Dios, su Padre le da un nuevo ser y una nueva vida, pero una vida que, no obstante ser muy santa y divina, está sin embargo revestida de mortalidad, de pasibilidad y de todas las miserias de la vida humana; de la misma manera, la vida nueva que Dios nos da por el Bautismo está rodeada y llena de fragilidad, debilidad, mortalidad y de todas las demás flaquezas de la vida humana a la cual va unida.

Además, así como el Espíritu Santo es enviado para formar al Hijo de Dios en las sagradas entrañas de la Bienaventurada Virgen: también es enviado para formarlo y hacerle vivir por el Bautismo en el seno de nuestra alma, y para incorporarnos y unirnos con El, haciéndonos nacer y vivir en El ...

Y así como las tres divinas Personas conjuntamente han cooperado por la misma potencia y bondad en la obra admirable de la Encarnación: así también esas mismas personas se encuentran presentes en nuestro Bautismo, y cooperan conjuntamente para otorgarnos el nuevo ser y la nueva vida de Jesucristo que allí se nos da.

6 6 -

7. El Bautismo es una Muerte y una Resurrección O.C., 11 - 182.

El Bautismo es una muerte y una resurrección.

Es una muerte; pues dice San Pablo, "Si uno murió por todos, entonces todos murieron" (2 Cor. 5,14), es decir, todos los que están incorporados a El como sus miembros por el Bautismo. Porque siendo miembros de una cabeza muerta y crucificada, tenemos que estar crucificados y unidos al mundo, al pecado y a nosotros mismos.

Es una resurrección, ya que por el Bautismo salimos de la muerte del pecado para entrar en la vida de la gracia.

El Bautismo es una muerte y una resurrección, cuyo ejemplar es la muerte y la resurrección de Jesucristo. Su muerte: Pues **hemos sido bautizados en la muerte de Jesucristo**, dice San Pablo; **hemos sido enterrados en la muerte con Jesucristo por el Bautismo**. Su Resurrección: Por que **así como Jesucristo fue resucitado de entre los muertos y fue introducido en una vida nueva, así también nosotros debemos vivir de una vida nueva** (Rom. 6,3). De suerte que por el Bautismo estamos obligados a morir a todo, para vivir con Jesucristo de una vida totalmente celeste y como personas que no son ya de la tierra sino del cielo, y que tienen todo su corazón y todo su espíritu en el cielo; tales eran en efecto las palabras de los primeros cristianos, que hablan por boca de San Pablo: **Somos ciudadanos de los cielos**, y según estas del mismo Apóstol: **Si habéis resucitado con Cristo buscad y amad las cosas del cielo y no de la tierra** (Fil. 3,20; Col. 3,1).

Finalmente, por el Bautismo estamos obligados a cumplir en nosotros estas divinas palabras: **Habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Jesucristo en Dios** (Col. 3,3). Debemos estar muertos a todo lo que no es Dios, para no vivir más que en Dios y con Jesucristo: **como muertos retornados a la vida**, dice San Pablo (Rom. 6,13), como personas resucitadas y que por consiguiente deben llevar en la tierra la vida del cielo, es decir, una vida santa y adornada de toda clase de virtudes, y que sea un ejercicio continuo de amor, de adoración y de alabanza a Dios, y de caridad para con el prójimo.

67-

8. Por el Bautismo Dios nos hace entrar en Comunión con El 0. C., 11 - 184.

Dios, por una misericordia y una bondad incomprensible, nos libra de la maldita alianza que tenemos con Satanás, la cual nos hemos constituido hijos y miembros por el pecado, y nos hace entrar en una maravillosa sociedad con El. "Habéis sido llamados a la sociedad de su Hijo Jesucristo Nuestro Señor". "Os predicamos a fin de que entréis vosotros mismos en sociedad con nosotros, y que nuestra sociedad sea con el Padre, y con su Hijo Jesucristo" (1 Cor. 1,9; 1 Jn. 1,3).

¿Cuál es esta sociedad? Es la más noble y la más perfecta que puede haber. No es solamente una alianza de amigos con su amigo, de hermanos con su hermano, de hijos con su Padre, de esposa con su esposo, sino la de miembros con su cabeza, que es la más íntima y la más estrecha de todas las sociedades.

Pero es mucho más, ya que la unión natural y corporal de los sarmientos de la vid con su cepa, y de los miembros al cuerpo humano con su cabeza, aunque la más estrecha de todas las uniones que se pueda imaginar en las cosas naturales, no es sin embargo más que una figura y una sombra de la unión espiritual y sobrenatural que tenemos con Jesucristo por el Bautismo.

Las cosas corporales y naturales no son más que las sombras y las figuras de las cosas espirituales y sobrenaturales. Y además de eso, la unión de los sarmientos con la cepa de la vid, y de los miembros corporales con su cabeza corporal, es conforme a la calidad y a la naturaleza baja y material de las cosas que une entre sí: pero la unión de los miembros de Jesucristo con su cabeza, es conforme a la excelencia y a la naturaleza santa y divina de las cosas que une entre sí; y por consiguiente, cuanto más esa cabeza divina y sus miembros sagrados son elevados por encima de la cabeza natural y de sus miembros, tanto más la alianza que los cristianos tienen con Jesucristo sobrepasa la unión que hay entre la cabeza y los miembros de un cuerpo humano.

Pero hay ~más aún, pues la sociedad que contraemos por el Bautismo con Jesucristo, y por El con el Padre Eterno, es tan elevada y divina, que merece ser comparada por el mismo Jesucristo a la unión que existe entre el Padre y el Hijo, en estas palabras: "Para que sean uno como nosotros somos uno; yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno"... (Jn. 6 8 -

17,22). De suerte que la unidad de] Padre y del Hijo es el ejemplar de la unión que tenemos con Dios por el Bautismo; y esta misma unión es la imagen viva de esta adorable unidad.

Además, lo que pone de relieve y ennoblece maravillosamente la alianza que tenemos con Dios por el Bautismo es que está fundada y comenzada, por así decir, en la preciosa sangre de Jesucristo y que ha sido hecha por el Espíritu Santo. De suerte que el mismo Espíritu Santo que es la unidad de] Padre y M Hijo, según estas santas palabras de la Iglesia: En la unidad de] Espíritu **Santo**; El mismo, digo, es el vínculo sagrado de la sociedad y de la unión que tenemos con Jesucristo, y por Jesucristo con el Padre Eterno, (unión) señalada en estas divinas palabras: "Para que sean perfectamente uno"... (Jn. 17,23),

Vemos así que por el Bautismo no somos más que uno con Jesucristo, y por Jesucristo con Dios, en la manera más sublime y perfecta que pueda haber, después de la unión hipostática de la naturaleza humana con el Verbo Eterno. ¡Oh, alianza incomparable! ... Por nuestra parte, nosotros nos hemos presentado, nos hemos ofrecido, nos hemos dado y consagrado a Dios por las manos de nuestros padrinos y madrinass; le hemos prometido renunciar a Satanás y a sus obras, es decir, a toda clase de pecado, y a sus pompas, es decir, al mundo, para adherirnos a Jesucristo. En efecto, según ~la antigua forma observada en el bautismo, el que quería ser bautizado, mirando hacia el occidente, decía: "Renuncio a Tí, Satanás". Volviéndose luego hacia el oriente, decía: "Adhiero a Tí, Jesucristo". Lo mismo se dice aún hoy en otros términos equivalentes. Esa es la promesa que hemos hecho a Dios en nuestro Bautismo, promesa solemne hecha a la faz de la Iglesia; promesa agregada e incluída en un gran acramento; promesa tan obligante, que nadie puede dispensarnos de ella; promesa escrita, dice San Agustín, con la mano de los Angeles y sobre la cual seremos juzgados a la hora de nuestra muerte.

9- 10.El "Carácter" Bautismal O. C., 11 - 226.

Para completar la doctrina del Bautismo vamos a referirnos a dos pasajes sacados del **Contrato del hombre con Dios por el santo Bautismo**. (1654).

El sacerdote traza una cruz sobre la frente 'y sobre el corazón M Bautizado:
Este carácter exterior de Jesucristo, que
6 9-

es la cruz, significa otro carácter interior de] mismo Jesucristo, que está grabado en vuestra alma por el sacramento de] Bautismo, y que está grabado en ella tan profundamente que nada puede borrarlo; estando, por consiguiente, marcados así por su sello en el cuerpo y en el alma, ya no os pertenecéis: **Non estis vestri**; ya pertenecéis a este divino Redentor que os ha rescatado por el precio infinito de su sangre y de su Cruz: (1). Ya, por consiguiente, no tenéis derecho de vivir más que para el que ha inmolado su vida por vosotros en la muerte de la cruz, según estas divinas palabras de] Apóstol: "Cristo ha muerto por todos para que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para aquel que murió y resucitó por ellos" (1 Cor. 6,19; 1 Cor. 3,23; 2 Cor. 5,15).

O.C., 11 - 231.

Después del Bautismo propiamente dicho, el sacerdote hace una unción con el

santo crisma. Esto significa, que Cristo os ha hecho participar en cierta manera de su divino sacerdocio, a fin de que le ofrezcáis un perpetuo sacrificio de alabanza y de amor, y os inmoléis sin cesar a vosotros mismos junto con todo cuanto os pertenece, a la gloria de su divina Majestad.

Por esto San Pedro llama al cristianismo **Regale Sacerdotium**, "Sacerdocio Real"; por eso los cristianos tienen la calidad de reyes y de sacerdotes en la sagrada Escritura: "Tú has hecho de nosotros una realeza de sacerdotes para nuestro Dios" (1 Pet. 2,9; Apoc. 1,6; 5,10).

(1) Vos autem Christi.

70-

111 MUERTE Y VIDA NUEVA EN JESUCRISTO

San Juan Eudes nos explica lo que significan concretamente para nosotros esta muerte y esta vida nueva, de las cuales el Bautismo ha puesto el germen en nosotros. Primero que todo tenemos que morir al pecado, al mundo y a nosotros mismos: Esto constituye el segundo y tercer "fundamentos" de la vida cristiana.

11. Muerte al pecado 0. C., 1 - 173:

Puesto que estamos obligados a continuar en la tierra la vida santa y divina de Jesús, tenemos que revestirnos también de los sentimientos e inclinaciones de Jesús, según esta enseñanza del Apóstol: "Sentid en vosotros lo mismo que Cristo" (Filip. 2,5). .. Ahora bien, Jesucristo (...) tiene tal horror al pecado que bajó del cielo a la tierra, se anonadó a sí mismo tomando la forma de esclavo, vivió treinta y cuatro años en la tierra, en una vida llena de trabajos, de desprecios y de sufrimientos, derramó su sangre hasta la última gota y murió de la más vergonzosa y cruel de todas las muertes; todo esto por el odio que tiene al pecado y por su gran deseo de destruirlo en nosotros.

Debemos continuar en nosotros esos mismos sentimientos (...); debemos continuar la guerra que Él hizo al pecado mientras estuvo en la tierra.

12. Renuncia al mundo 0. C., 1 - 177:

No basta a un cristiano el estar libre de vicio y tener horror a toda clase de pecado; además de eso, es necesario que trabajéis cuidadosa y fuertemente por estableceros en un per-

71-

fecto desprendimiento del mundo y de las cosas del mundo. Entiendo yo por mundo la vida corrompida y desarreglada que se lleva en el mundo, el espíritu condenable que se tiene en él, los sentimientos e inclinaciones perversas que en él se siguen, y las leyes y máximas perniciosas según las cuales se vive en él. Entiendo por cosas del mundo, todo lo que el mundo estima, ama y busca tanto, a saber: los honores y alabanzas de los hombres, los vanos placeres y sus alegrías, las riquezas y comodidades temporales, las amistades y afectos fundados en la carne y en la sangre, en el amor propio o en el propio interés...

El mundo ha sido siempre, y seguirá siéndolo, contrario a Jesús; siempre lo ha perseguido y crucificado, y sin cesar lo perseguirá y crucificará, hasta la consumación de los siglos; y los sentimientos e inclinaciones, las leyes y máximas, la vida y el espíritu del mundo son tan opuestos a los sentimientos e inclinaciones, leyes y máximas, a la vida y al espíritu de Jesús, que es imposible que puedan subsistir juntos. Porque los sentimientos e inclinaciones de Jesús no buscan sino la gloria de su Padre y nuestra santificación; mientras que los sentimientos e inclinaciones del mundo no

buscan más que el pecado y la perdición...

El Espíritu de Jesús es un espíritu de luz, de verdad, de piedad, de amor, de confianza, de celo y de reverencia con respecto a Dios y a todo lo que es de Dios; el del mundo es por el contrario un espíritu de error, de incredulidad, de tinieblas, de ceguera, de desconfianza, de murmuración, de impiedad, de irreverencia y de dureza con respecto a Dios y a todo cuanto se refiere a Dios.

El Espíritu de Jesús, es un espíritu de humildad, de modestia, de desconfianza de sí mismo, de mortificación, y abnegación, de constancia y firmeza; el espíritu del mundo, por el contrario, es un espíritu de orgullo, de presunción, de amor desordenado de sí mismo, de ligereza e inconstancia.

El Espíritu de Jesús es un espíritu de misericordia, de caridad, de paciencia, de dulzura, y unión para con el prójimo; el espíritu del mundo, por el contrario, es un espíritu de venganza, de envidia, de impaciencia, de cólera, de maledicencia y de división.

Si deseais ser verdaderamente cristianos, es decir, si deseais pertenecer perfectamente a Jesucristo, vivir de su vida, estar animados de su espíritu y conducirlos según sus máximas,
72 -

es necesario que os mantengáis en estado de renunciar enteramente y de decir un adiós eterno al mundo. No quiero decir que os sea necesario dejar el mundo, para encerraros entre cuatro paredes, a menos que Dios os llame a ello, sólo quiero decir que debéis procurar vivir en el mundo como si no fuérais del mundo; es decir, que debéis hacer una profesión pública, generosa y constante de no vivir de la vida del mundo y de no conducirlos por su espíritu y sus leyes.

13. Desprendimiento de sí mismo 0. C., 1 - 184:

Ya es mucho haber renunciado al mundo, como lo acabamos de decir; pero eso no basta todavía para llegar al perfecto desprendimiento, que es uno de los primeros fundamentos de la vida cristiana. Nuestro Señor exclama en alta voz que **el que quiera venir en pos de El, que se renuncie,, a sí mismo y que le siga** (Mt. 16,24). Y por eso, si queremos ser seguidores de Jesús y pertenecerle, es necesario renunciar a nosotros mismos, es decir, a nuestro propio espíritu, a nuestro propio sentir, a nuestras propias voluntades, deseos e inclinaciones, y a nuestro amor propio, que nos lleva siempre a odiar y evitar todo cuanto puede traer alguna pena o mortificación al espíritu y a la carne, y que induce a amar y buscar todo lo que puede dar placer y gusto.

Dos razones nos obligan a esta abnegación y renuncia de nosotros mismos.

1. Porque todo lo que hay en nosotros tiene tanta depravación y desarreglo, consecuencia de la corrupción del pecado, que no hay nada en nosotros, en cuanto de nosotros, que no sea contrario a Dios, que no ponga impedimento a sus designios y que no se oponga al amor y a la gloria que le debemos.

2. Porque Nuestro Señor Jesucristo, que es nuestra cabeza y nuestro modelo, y en quien no había nada que no fuera santísimo y divino, vivió sin embargo en tal anonadamiento de su espíritu humano, de su propia voluntad y del amor de sí mismo, que nunca hizo nada por su propio parecer y espíritu humano, sino bajo la dirección del espíritu de su Padre; que nunca siguió su propia voluntad, sino la de su Padre...

Si somos verdaderamente sus miembros, tenemos que entrar en esos sentimientos y disposiciones, tomando una fuerte

resolución de vivir en adelante en una entera separación, olvido y odio de nosotros mismos.

Para esto, tened cuidado de adorar frecuentemente a Jesús en ese desprendimiento de sí mismo, y daros a El, suplicándole que os desprenda enteramente de vosotros mismos, de vuestro propio espíritu, de vuestra propia voluntad y de vuestro amor propio, para uniros perfectamente a El, y regiros en todo según su espíritu, según su voluntad, según su puro amor.

Al empezar vuestras acciones, elevad así vuestro Corazón hacia El: "¡Oh, Jesús, renuncio según mi capacidad, a mi propio espíritu, a mi propia voluntad y a mi amor propio, y me doy todo a vos, a vuestro santo espíritu y a vuestro divino amor; sacadme de mí mismo y conducidme en esta acción según vuestra santa Voluntad!".

En las ocasiones de contradicción, por la diversidad de opiniones que a cada paso se presenta, aún en el caso de que os parezca tener la razón y la verdad, consideraos sin embargo felices de tener la oportunidad de renunciar a vuestro propio parecer, cediendo a la opinión ajena, con tal de que no esté interesada la gloria de Dios.

Cuando sintáis deseos e inclinaciones hacia alguna cosa, anonadadlos inmediatamente a los pies de Jesús, y manifestad que no queréis tener voluntades o inclinaciones distintas de las suyas.

Tan pronto como os déis cuenta de tener una tendencia afectiva y sensible hacia alguna cosa, al instante mismo volved vuestro corazón y vuestros afectos hacia Jesús, de esta manera: "¡Oh, mi amado Jesús, os doy todo mi corazón y todos mis afectos!". "¡Oh, único objeto de mis amores, haced que yo no ame nunca nada sino en Vos y para Vos!".

Cuando os sobrevengan causas de mortificación para el cuerpo o para el espíritu, u ocasiones de privaros de algún gusto (lo que ocurre a cada momento) recibidlas de buen grado por el amor de Nuestro Señor, y bendicidlo por daros la ocasión de mortificar vuestro amor propio y de honrar las mortificaciones y privaciones soportadas por El en la tierra.

Cuando experimentéis alguna alegría o consuelo, devolvedlo todo al que es la fuente de todo consuelo, y decid: "¡Oh, Jesús! no quiero nunca consuelo distinto del vuestro, que es toda santidad. Ya es para mí, Señor, bastante alegría saber que sois Dios y que sois mi Dios!. ¡Ah, Jesús!, sed siempre Jesús, es decir,

74-

siempre lleno de gloria, de grandeza y de gozo, con eso estaré contento".

14. Desprendimiento de Dios mismo 0. C., 1 - 187.

La perfección de la abnegación o desprendimiento cristiano no consiste solamente en desprenderse del mundo y de sí mismo; nos obliga, además, a desprendernos en cierta manera hasta de mismo Dios. ¿No sabéis acaso que Nuestro Señor, estando aún en la tierra, aseguró a sus Apóstoles que les convenía que El se alejara de en medio de ellos para irse a su Padre y para enviarles al Espíritu Santo? ¿Por qué eso, sino porque estaban apegados al consuelo sensible que su presencia y el trato visible de su sagrada humanidad les proporcionaba? Esto era impedimento para que el Espíritu Santo viniera a ellos; hasta ese punto es necesario el desprendimiento de todas las cosas, por santas y divinas que sean, para estar animados del espíritu de Jesús, que es el Espíritu del cristianismo.

Por eso digo yo que es necesario desprenderse, en cierta manera hasta del mismo Dios; es decir, de las dulzuras y consuelos que suelen acompañar de ordinario la gracia y el amor de Dios;

piadosos propósitos que formamos para la gloria de Dios; piadosos deseos que tenemos de más perfección y de más amor de Dios; hasta el deseo que podemos tener de ser librados de la prisión del cuerpo, para ver a Dios, para estar unidos a El perfectamente y para amarlo pura y continuamente. En efecto, cuando Dios nos hace sentir las dulzuras de su bondad en nuestros ejercicios de piedad, debemos poner mucho cuidado de no quedarnos apegados a ello; debemos más bien humillarnos al instante, considerándonos indignos de todo consuelo y disponiéndonos a que se nos prive de él, y manifestando nuestro deseo de servirle y amarle, no por el consuelo que El da, tanto en este mundo como en el otro, a los que le aman y le sirven sino por el amor de El mismo y por su agrado solamente.

Cuando hayamos emprendido algún piadoso propósito o hagamos alguna santa acción por la gloria de Dios, si bien debemos esforzarnos todo lo que podamos para realizarla, debemos sin embargo cuidarnos de todo apego; de suerte que si por algún motivo nos vemos obligados a interrumpirlo o a prescindir

75-

dir totalmente de ese propósito o de esa acción, no perdamos la paz y la tranquilidad de nuestro espíritu, sino que permanezcamos contentos a la vista de la voluntad y permisión divinas, que todo lo conducen y son igualmente amables.

De la misma manera, por más que debamos poner todo empeño para vencer nuestras pasiones, nuestros vicios e imperfecciones y para hacernos perfectos en el ejercicio de toda suerte de virtudes, sin embargo, debemos trabajar en ello sin angustia y sin apego, de modo que cuando no sintamos en nosotros todas las virtudes y todo el amor de Dios que quisiéramos, permanezcamos no obstante en paz y sin inquietud, humillándonos por los obstáculos de nuestra parte, estimando nuestra propia abyección, contentándonos con lo que Dios quiera darnos, perseverando siempre en el deseo de progresar, y teniendo confianza en la bondad de Nuestro Señor que nos dará las gracias necesarias para servirle según la perfección que El pide de nosotros.

Igualmente, si bien es cierto que debemos estar en una espera, deseo y aspiración continuas con respecto a la hora y el momento feliz que nos separará enteramente de la tierra, de] pecado y de la imperfección y nos unirá perfectamente con Dios y con su puro amor; y que debemos trabajar fuertemente por el cumplimiento de la obra de Dios en nosotros, a fin de que cumpliéndose ella prontamente en nosotros, nos llame El pronto hacia sí; con todo, ese deseo debe ser sin apego y sin inquietud. De suerte que, si es el beneplácito de Nuestro Señor que permanezcamos todavía muchos años separados de la suavísima vista de su amable faz, quedemos contentos a la vista de su amable voluntad, aún si le plugiera hacernos sorportar tan dura privación hasta el día de] juicio.

Esto es lo que llamo yo estar desprendido de Dios y en esto consiste el perfecto desprendimiento que todos los cristianos deben tener del mundo, de sí mismos y de todas las cosas. ¡Oh, cómo es de dulce estar así libre y desprendido de todo!

15. Formación de Jesús en nosotros O.C., 1 - 271.

Esta vida nueva, es la vida de Jesús en nosotros.

El misterio de los misterios y la obra de las obras es la formación de Jesús que se nos indica en estas palabras de San

76-

Pablo: "Hijitos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros"... (Gal. 4,19).

Es la acción más grande que haga el Padre Eterno en toda la eternidad, durante la cual está continuamente ocupado en producir a su Hijo en sí mismo. Y, fuera de sí mismo, no obra nada más admirable que cuando le forma en el purísimo vientre de la Virgen, en el momento de la Encarnación. Es la obra más excelente que el Hijo de Dios haya hecho en la tierra, formándose a sí mismo en su Santa Madre y en su Eucaristía. Es la obra más noble del Espíritu Santo que lo formó en las purísimas entrañas de la Virgen, la cual a su vez no ha hecho ni hará jamás cosa más digna que cuando cooperó a esa divina y maravillosa formación de Jesús en ella. Es la obra más santa y más grande de la Santa Iglesia, la cual no tiene empleo más elevado que cuando lo produce, en una cierta y admirable manera, por la boca de sus sacerdotes, en la divina Eucaristía, y cuando le forma en los corazones de sus hijos; pues no tiene otra finalidad en todas sus funciones que la de formar a Jesús en las almas de todos los cristianos.

También este debe ser nuestro deseo, nuestro cuidado y nuestra ocupación principal: Formar a Jesús en nosotros, es decir, hacerle vivir y reinar en nosotros, haciendo vivir y reinar su espíritu, su devoción, sus virtudes, sus sentimientos, sus inclinaciones, y disposiciones. A esto es a lo que deben tender todos nuestros ejercicios de piedad. Es la obra que Dios pone en nuestras manos, para que trabajemos en ella continuamente.

Dos razones muy poderosas nos deben animar a trabajar fuertemente en el cumplimiento de esta obra:

1. Para que se cumpla el grandísimo deseo que tiene el Padre Eterno de ver a su Hijo vivir y reinar en nosotros ... Tanto ama El a su Hijo amabilísimo, que quiere verlo en todas las cosas, y no quiere tener otro objeto de su mirada, de su complacencia y de su amor.

2. Para que Jesús, al estar formado y establecido en nosotros, ame y glorifique dignamente a su Padre Eterno y a sí mismo, según estas palabras de San Pedro: "Para que Dios sea glorificado en todo por Jesucristo" (1 Pet. 4,11). Solo El es capaz de amar y glorificar dignamente a su Padre Eterno y a sí mismo.

77-

16. Cómo formar a Jesús en nosotros O. C., 1 - 273.

Cuatro cosas tenemos que hacer para formar a Jesús en nosotros:

1. Debemos ejercitarnos para mirarlo en todo, y para no tener otro objeto, en todos nuestros ejercicios de devoción y en todas nuestras acciones, fuera de El y de todos sus estados, misterios, virtudes y acciones. El es en efecto todo en todas las cosas: es el ser de las cosas que existen, la vida de las cosas que viven, la belleza de las cosas bellas, el poder de los poderosos, la sabiduría de los sabios, la virtud de los virtuosos, la santidad de los santos. Y nosotros no hacemos casi ninguna acción que no sea semejante a las que El hizo mientras estuvo en la tierra, y a eso debemos dirigir nuestras miradas para imitarlo al hacerlas nuestras. De esa manera llenaremos nuestro entendimiento de Jesús, y le formaremos y estableceremos en nuestro espíritu, pensando así frecuentemente en El y mirándolo en todas las cosas.

2. Debemos formar a Jesús, no solamente en nuestro espíritu pensando en El y mirándolo en todas las cosas, sino también formándolo en nuestros corazones por el frecuente ejercicio de su divino amor...

3. Es necesario formar a Jesús en nosotros por un perfecto anonadamiento de nosotros mismos y de todo cuanto hay en nosotros. En efecto, si deseamos que Jesús viva y reine perfectamente en

nosotros hay que hacer morir y aniquilar todas las creaturas en nuestros espíritus y en nuestros corazones, sin mirarlas ni amarlas más en sí mismas, sino en Jesús, y a Jesús en ellas.

Debemos además trabajar por anonadarnos a nosotros mismos, es decir, nuestro propio parecer, nuestra propia voluntad, nuestro amor propio, nuestro orgullo y vanidad, todas nuestras inclinaciones y hábitos perversos, todos los deseos e instintos de la naturaleza depravada, y todo lo que es de nosotros mismos ...

4. Mas, puesto que esta grande obra de la formación de Jesús en nosotros sobrepasa incomparablemente nuestras fuerzas (...), pidamos con frecuencia a la Santísima Virgen, a todos los Angeles y Santos, que nos ayuden con sus oraciones. Démonos al poder de] Padre Eterno, y al amor y celo ardentísimo que tiene El por su Hijo, suplicándole que nos anonade enteramente, para hacer vivir y reinar a su Hijo en nosotros.

Ofrezcamos también al Espíritu Santo con la misma intención y hagámosle la misma oración.

Anonadémonos con frecuencia a los pies de Jesús, junto con todo lo nuestro, suplicándole que, por ese grandísimo amor con el cual se anonadó a sí mismo emplee su divino poder para anonadarnos y establecerse en nosotros.

17. **Un bello texto de oración** O.C., 111 - 287.

Diariamente, antes de] mediodía, San Juan Eudes y sus discípulos se detienen un momento a los pies de Cristo, para renunciar a sí mismos, ofrecerse a su gracia, y dejarle que se forme más en ellos. Este momento de oración se termina con la fórmula siguiente que se encuentra en el Manual de la Congregación.

Cristo Jesús se hizo, por voluntad de Dios, nuestra salvación, nuestra justicia y nuestra santificación; murió por nosotros, para que los que viven, no vivan ya para sí mismos, sino para El, que murió y resucitó en nombre de ellos.

V. Queremos Señor Jesús.

R. Que reines sobre nosotros.

OREMOS

Destruíd totalmente en nosotros, ¡Oh!, Dios lleno de poder y de bondad, todo lo que se os opone; ejerced vuestra fuerza y poseed nuestros corazones y nuestros cuerpos, para establecer en ellos perfectamente el reino de vuestro amor. Por Cristo Nuestro Señor. Amén.

79-

18. **"Venid, Señor Jesús"...** O. C., 1 - 439.

La quinta parte de] REINO DE JESUS termina con un bello comentario de la oración VENI, DOMINE JESU, compuesta sin duda por el P. de Condren que la dió a varios de sus discípulos; uno de ellos, el Señor Olier, hizo con ella la célebre oración ¡OHI JESUS QUE VIVIS EN MARIA.

Venid, Señor Jesús, venid a mí, para vivir y reinar plenamente en mí, para que yo os ame y glorifique dignamente, para que yo cumpla los deseos de vuestra bondad, para que yo logre consumir la obra de vuestra gracia y establecer para siempre en mí el reino de vuestra gloria y de vuestro puro amor. **Veni, Domine Jesu, Veni in plenitudine virtutis tuae, in sanctitate Spiritus tui, in perfectione mysteriorum tuorum, et in puritate viarum tuarum. Veni, domine Jesu.**

Venid, Señor Jesús, venid a mí en la plenitud de vuestra virtud, para destruir en mí todo cuanto os desagrada, y realizar en mí todo cuanto deseáis para vuestra gloria. Venid en la santidad de vuestro Espíritu, para desprenderme totalmente de todo lo que no sois Vos, para unirme perfectamente con Vos y para conducirme santamente en todas mis acciones. Venid en la perfección de vuestros misterios, es decir para obrar perfectamente en mí lo que deseáis realizar por vuestros misterios, para dirigirme según el espíritu y la gracia de vuestros misterios, y para glorificar, cumplir y consumir en mí vuestros misterios. Venid en la pureza de vuestros caminos, es decir para cumplir sobre mí, a cualquier precio que sea, y sin perdonarme en nada todos los proyectos de vuestro puro amor, y para conducirme por las rectas vías de ese mismo puro amor, sin permitir que me incline ni a derecha ni a izquierda, y sin ceder nada a las inclinaciones y sentimientos de la naturaleza corrompida y de amor propio. Venid, Oh, Señor Jesús.

80-

1V. CONTINUAR LAS VIRTUDES DE JESUCRISTO

Cristo es nuestra salvación y nuestra santidad; El mismo es nuestra caridad, nuestra humildad. Esta vida de fe orienta todos los esfuerzos de; cristiano. Es siempre el Reino de Jesús (segunda parte), que nos lo recuerda.

19. Las virtudes cristianas 0 - C ., 1 - 205.

Ya que debemos continuar y completar la santa vida de Jesús en la tierra, también debemos continuar y completar las virtudes que El practicó en la tierra. . . Hay muchas personas que aprecian la virtud, que la desean, la buscan y ponen mucho trabajo y cuidado por adquirirla, y sin embargo son muy pocas las que se ven adornadas de verdaderas y sólidas virtudes cristianas. Una de las principales causas de eso es porque se comportan en la vía y en la búsqueda de la virtud, no tanto según el espíritu de; cristianismo, cuanto según el espíritu de los filósofos paganos, de los herejes y de los políticos. . .

¿ Queréis ver la diferencia que existe entre estos dos espíritus, por lo que se refiere al ejercicio de las virtudes? ...

1 . Los que buscan la virtud a la manera de los filósofos paganos, de los herejes y políticos, la miran con los ojos de la razón humana simplemente, la aprecian como una cosa muy excelente en sí misma, que es muy conforme con la razón y necesaria para la perfección de un hombre, para distinguirlo de los animales.

2. Están persuadidos de que la podrán adquirir por sus propios esfuerzos, a fuerza de cuidado, de vigilancia, de consideraciones, de resoluciones y de prácticas. En lo cual se enganan sobremanera, por no considerar que nos es imposible sin la gracia divina hacer el menor acto de virtud cristiana.

3. Quieren la virtud y se esfuerzan por adquirirla, no tanto

8 1 -

para Dios y para la gloria de Dios, cuanto para ellos mismos, es decir, para su propio mérito, interés y satisfacción, y para hacerse más excelente y cumplidos...

Por el contrario, los que se conducen según el espíritu de la gracia de Jesucristo en el ejercicio de la virtud:

1 . La miran no solamente en sí misma, sino en su principio, en su fuente, es decir, en Jesucristo que es la fuente de toda gracia, que contiene de modo eminente y en sumo grado toda suerte de virtud, y en el cual la virtud tiene una excelencia infinita...

2. Saben muy bien que no pueden ejercer el menor acto de virtud por sí mismos; y que, al contrario, si Dios se apartara de ellos, caerían al instante en un abismo de toda clase de vicios; y que, siendo la virtud un don de la pura misericordia de Dios, es necesario pedírsela a El con confianza y perseverancia...

Desean la Virtud (...) no para ellos, ni para su interés, satisfacción y recompensa, sino para el agrado e interés de Dios, para hacerse semejantes a su cabeza que es Jesucristo, para glorificarle y para continuar el ejercicio de las virtudes que El practicó sobre la tierra, esto es lo que constituye propiamente la virtud cristiana. . . La humildad cristiana es una continuación de la humildad de

Jesucristo; la caridad cristiana, es una continuación de la caridad de Jesucristo, y así de las demás virtudes.

20. Un ejemplo O.C., 111 - 296.

En las oraciones de "Antes de mediodía San Juan Eudes coloca a sus discípulos delante de una perfección de Dios, de un misterio o de una virtud de Cristo. Para eso compuso una serie de textos sobrios y bellos. Este es un ejemplo, que leemos en el Manual de la congregación.

Adoremos a Jesús en su obediencia muy exacta, muy pronta y muy perfecta, que lo hizo obediente hasta la muerte de cruz. Démosle gracias por el honor que ha tributado a su Padre por esta virtud. Pidámosle perdón por las faltas cometidas contra ella. Démonos a El para entrar en su espíritu de obediencia y supliquémosle que destruya nuestra propia voluntad, y que

82-

haga vivir y reinar en nosotros la voluntad divina por una perfecta obediencia. Imploremos con este fin la asistencia de la Madre de Dios, de los Angeles y de los santos.

21. La humildad y la confianza O - C ., 1 - 214.

Volvamos al Reino de Jesús para encontrar allí algunos ejemplos:

Si tenéis un verdadero y perfecto deseo de vivir cristiana y santamente, uno de los más grandes y principales cuidados que debéis tener es de establecernos de manera plenamente consciente en la humildad cristiana: en efecto, no hay virtud más necesaria e importante que ella. Es la que Nuestro Señor nos recomienda con más cuidado e insistencia en estas divinas y admirables palabras, que debemos hacer pasar frecuentemente con amor y respeto por nuestro espíritu y por nuestra boca: **Aprended de mí que soy manso y humilde de Corazón y encontraréis el reposo de vuestras almas** (Mt. 11,29). Esta es la virtud que San Pablo llama por excelencia la virtud de Jesucristo. Esta es la virtud propia y especial de los cristianos, sin la cual es imposible ser verdaderamente cristianos ...

Es esta virtud, unida con el sagrado amor, la que hace a los santos y a los grandes Santos. Porque la verdadera medida de la santidad es la humildad ...

22. La humildad de espíritu O. C., 1 - 215.

Hay dos clases de humildad, a saber, la humildad de espíritu y la humildad de corazón, las que constituyen la perfección de la humildad cristiana, cuando se dan juntamente.

La humildad de espíritu es un profundo conocimiento de lo que en verdad somos ante los ojos de Dios. Pues para conocernos bien, es necesario mirarnos, no según lo que parecemos a los ojos y al juicio engañoso de los hombres, y de la vanidad y presunción de nuestro espíritu, sino según lo que somos a los ojos y juicio de Dios. Y para esto hay que mirarse a la luz y verdad de Dios, por medio de la fe.

Así pues, si nos miramos bajo el resplandor de esta luz celestial, y con esos divinos ojos, veremos (...) que no tenemos ningún otro camino de salvación, sino renunciar a Adán y a

83-

todo lo que tenemos de él, a nosotros mismos, a nuestro propio espíritu y a nuestras propias fuerzas,

para darnos a Jesucristo, entrando en su espíritu y en su virtud... **No podemos estar libres de la esclavitud del pecado si no somos librados por El; sin El no podemos hacer nada absolutamente; y después de haberlo hecho todo, podemos y debemos decir con verdad que somos servidores inútiles. .. Por nosotros mismos no somos capaces de atribuirnos cosa alguna, como propia nuestra, sino que nuestra capacidad viene de Dios; y no podríamos pronunciar el santo nombre de Jesús sin la asistencia de su espíritu.** (Jn. 8,33; 15,5; Lc. 17,10; Cor. 3,5; 1 Cor. 12,3). Esto resulta no solamente de la nada de la creatura, que no es nada por sí misma y no puede nada, sino de la sujeción que tenemos al pecado, ya que hemos nacido de Adán, que nos engendró, es cierto, pero en su condenación; y que nos dió la naturaleza y la vida, pero en el poder y cautividad M pecado, como lo tenía él después de su falta...

Si deseáis agradar a Dios y servirle perfectamente, dedicaos a sabiendas a esta divina ciencia del conocimiento de vosotros mismos; afianzad bien estas verdades en vuestro espíritu meditándolas frecuentemente delante de Dios, y suplicando todos los días a Nuestro Señor que las grave muy hondo en vuestra alma.

Notad, sin embargo, que sí bien como hombres, como hijos de Adán y pecadores, vosotros sois tales como os acabo de representar, con todo, por ser hijos de Dios y miembros de Jesucristo, si estáis en su gracia, tenéis en vosotros un ser y una vida muy noble y sublime, y poseéis un tesoro infinitamente rico y precioso. Notad además que aunque la humildad de espíritu os debe hacer conocer lo que sois por vosotros mismos y en Adán, con todo, ella no debe ocultaros lo que sois en Jesucristo y por Jesucristo; ni os obliga a ignorar las gracias que Dios os ha hecho por su Hijo -de otra manera ello sería una falsa humildad- ella más bien os hace reconocer que todo lo bueno que tenéis, viene de la sola misericordia de Dios, sin que lo hayáis merecido. En eso consiste pues, la humildad de Espíritu.

23. La humildad de corazón O.C., 1 - 221.

No basta tener la humildad de espíritu, que nos hace co-
84 -

nocer nuestra miseria e indignidad... ; nos es necesario aprender de nuestro divino Doctor, que es Jesús, a ser humildes no solamente de espíritu, sino de corazón.

La humildad M corazón consiste en amar nuestra bajeza y abyección, alegrarnos de ser pequeños, abyectos y despreciables, tratarnos por nuestra cuenta como tales; gozarnos de ser estimados y tratados como tales por los demás; no excusarnos o justificarnos sino por grande necesidad; no quejarnos nunca de nadie, acordándonos de que por tener en nosotros la fuente de todo mal, somos dignos de toda clase de críticas y de malos tratos; amar y recibir de todo corazón los desprecios, humillaciones, oprobios y todo lo que sea capaz de rebajarnos...

Consiste, además, la humildad de corazón no solamente en amar las humillaciones sino también en odiar y abominar toda grandeza y vanidad, según este divino oráculo salido de la boca sagrada de Hijo de Dios, y os pido que lo consideréis muy bien y lo gravéis fuertemente en vuestro espíritu: **Lo que es grande ante los hombres**, es abominable ante Dios (Lc. 16,15). He dicho toda grandeza, pues no basta despreciar las grandezas temporales, y aborrecer la vanidad de la estima y de las alabanzas humanas, sino que debemos aborrecer hasta la vanidad que puede proceder de las cosas espirituales.

En fin, la verdadera humildad de corazón que Nuestro Señor Jesucristo quiere que aprendamos de El, y que es la perfecta humildad cristiana, consiste en ser humildes como Jesucristo lo ha sido en

la tierra, es decir (...) en estar dispuestos a querer ser tratados, no solamente como lo merece un pecador, sino también a soportar todas las ignominias y envilecimientos que son debidos al pecado mismo, ya que nuestra cabeza que es Jesucristo, que es el Santo de los Santos y la santidad misma, los ha sobrellevado, y que de nuestra parte los tenemos muy merecidos, por no ser más que pecado y maldición por nosotros mismos.

24. **La confianza** O. C., 1 - 233.

La humildad es la madre de la confianza: el efecto, al vernos desprovistos de todo bien, de toda virtud y de todo poder y capacidad para servir a Dios, y que somos un verdadero infierno lleno de toda clase de mal, y de horror, nos sentimos obligados a no apoyarnos en nosotros mismos, ni sobre nada
85-

de lo que es nuestro, sino a salir fuera de nosotros mismos, como fuera de un infierno, para acogernos a Jesús como a nuestro paraíso, donde encontraremos con gran abundancia todo cuanto nos falta en nosotros mismos; y para apoyarnos y confiar en El, como en el que nos ha sido dado por el Padre Eterno, para ser nuestra redención, nuestra justicia, nuestra virtud y nuestro todo. A eso nos conduce cuando nos convida con todo su amor y su poder, a que vayamos a El llenos de confianza, cuando nos dice: **Venid a Mí, todos los que estáis fatigados y sobrecargados y yo os dará descanso y os descargará de peso de vuestras miserias**; también nos asegura que no rechazará a nadie de cuantos vengan a El (Mt. 11,28; Jn. 6,37).

Para afianzarnos más en esta sagrada confianza, nuestro dulcísimo y amabilísimo Salvador se sirve, con respecto a nosotros, de los nombres y cualidades más dulces y amorosos que pueda haber. Se llama nuestro amigo y lo es en realidad, nuestro abogado, nuestro médico, nuestro pastor, nuestro hermano, nuestro padre, nuestra alma, nuestro espíritu y el esposo de nuestras almas; y nos llama sus ovejas, sus hermanos, sus hijos, su porción, su heredad, su alma, su corazón, y a nuestras almas sus esposas.

Nos asegura, en diversos lugares de sus Santas Escrituras que **nos cuida y vigila continuamente; que nos lleva y nos llevará siempre en su seno, en su corazón, en sus entrañas...** y en otro lugar: **Que aunque sea posible que una madre se olvide de hijo que ha llevado en sus entrañas, El de ninguna manera se olvidará jamás de nosotros** (1 Pet. 5,7; Is. 46,3 y 49,15) si le hemos ofendido, nos promete que si volvemos a El con humil arrepentimiento, confianza en su bondad, y resolución de apartarnos de pecado, **nos recibirá, nos abrazará, se olvidará de nuestros pecados y nos revestirá de ropaje de su gracia y de su amor, de que nos habíamos despojado por la falta** (Lc. 15,22; Ez. 18,21)...

Finalmente la confianza es un don de Dios que sigue a la humildad y al amor. Pedidla pues, a Dios, y os la dará, procurad hacer todas vuestras acciones en espíritu de humildad y por el puro amor de Dios, y saborearéis muy pronto la dulzura y la paz que suele acompañar la virtud de confianza.

San Juan Eudes hace resaltar continuamente el papel primordial de la caridad. Daremos tres series

86 -

de textos característicos, que corresponden a tres grandes temas familiares a San Juan Eudes.

25. **Actos de amor a Jesús** O.C., 1 - 383 y siguientes.

Entre los deberes y ejercicios de un alma verdaderamente cristiana, el más noble, el más santo, el más elevado y el que Dios nos pide principalmente, es el ejercicio de divino amor. Por eso debéis tener un gran cuidado en todos vuestros ejercicios de piedad y en todas vuestras demás acciones, de manifestar a Nuestro Señor Jesucristo, que los queréis hacer, no por el temor al infierno, ni por la recompensa del paraíso, ni por el mérito, ni por vuestra satisfacción y consuelo, sino por amor a El, para agradarle, solamente para su gloria y su puro amor...

¡Ay!, es verdad, bien lo sé Salvador mío, este corazón tan despreciable e imperfecto no es digno de amaros; y Vos sois dignísimo de ser amado, y no habéis creado este pobre corazón más que para que os ame; y hasta le mandáis, so pena de muerte y de muerte eterna, que os ame. ¡Ahi, Dios de mi corazón, no hay necesidad de mandato: eso es lo que quiero, Señor, eso es lo que deseo, es por eso por lo que mi corazón suspira. Sí, mi amado Jesús, yo deseo ardientemente amaros. Sí, mi Jesús amado, no quiero tener ningún otro deseo fuera de éste. Lejos todo otro pensamiento, toda otra inclinación, todo otro querer. No deseo sino una cosa, nada más quiero sino amar a Jesús.

¡Ohi, deseado de mi alma, escuchad mi oración, si lo tenéis a bien; escuchad los suspiros de mi corazón y tened piedad de mí. Vos lo sabéis bien, Señor, lo que os voy a pedir, pues mi corazón os lo ha dicho muchas veces. No pido ninguna otra cosa, fuera de la perfección de vuestro santo amor. Nada más deseo sino amaros y crecer siempre más y más en ese deseo...

¡Ohi, divino amor, sed la vida de mi vida, al alma de mi alma y el corazón de mi corazón. Que yo no viva más que en Vos y de Vos. Que yo no subsista sino para Vos. Que yo no tenga ningún otro pensamiento, que no diga ninguna otra palabra, que no haga ninguna otra acción, sino por Vos y para Vos.

¡Oh!, belleza eterna, ¡oh!, eterna bondad, si yo -tuviera una eternidad de vida sobre la tierra, debería emplearla toda en vuestro amor. Cuán obligado estoy por consiguiente a emplear en

87 -

ello lo poco de vida y de tiempo que me queda! ¡Ah! Señor mío, la consagro toda a vuestro santo amor. Haced que yo no viva sino para amaros, y que no pase ningún momento de mi vida que no esté empleado en vuestro santo amor. ¡O morir o amar! Pero, sobre todo, haced que yo os ame por toda la eternidad. Sea lo que fuere, me uno desde ahora a todo el amor que os será tributado en toda la eternidad.

¡Ah!, ¡Señor y Dios mío, cuán excesiva es vuestra bondad y cuán admirable es vuestro amor hacia mí! Me amáis, me deseáis, me buscáis con tanto cuidado y ardor como si tuviérais necesidad de mí, como si yo fuera algo y como si yo os fuera muy necesario. Tanto deseáis poseerme y tanto teméis perderme, como si al poseerme o perderme, poseyérais o perdiérais un gran tesoro. Buscáis mi amistad con tanta insistencia como si de ello dependiera vuestra felicidad ...

Yo quiero, si os place, que todos mis pensamientos, palabras y acciones, todo el uso de los sentidos de mi cuerpo y de las potencias de mi alma, todas mis respiraciones, todos los latidos de mi corazón, todos los movimientos de mis venas, todos los momentos de mi vida, todo cuanto ha habido, hay y habrá en mí, y aún todos mis pecados, en cuanto eso puede hacerse por el poder de vuestra sabiduría y de vuestra bondad que sabe bien hacer cooperar todas las cosas, aún los pecados, al bien de los que os aman: yo quiero, digo, que todas estas cosas se conviertan en otras tantas voces por las cuales yo os vaya diciendo continua y eternamente, con todo el amor del cielo y de la tierra: **Amo te, amo te, etiam, Domine Jesu, amo te:** "Os amo, os amo, sí, mi Señor Jesús, yo os amo".

Madre de Jesús, Angeles de Jesús, Santos y Santas de Jesús, creaturas todas de Jesús, tened compasión de mis dolores; hablad por mí al bienamado de mi alma, decidme que yo languidezco de amor

por El. Decidle que solo quiero en el tiempo y en la eternidad su puro amor; ni el cielo, ni la gloria del cielo, ni las grandezas del paraíso, ni las dulzuras de su gracia, sino su purísimo amor. Decidle que yo no puedo vivir más sin ese puro amor. Decidíe que se apresure, pues, a realizar en mí sus designios y la obra de su gracia y a consumirme todo en su divino amor, para que me lleve pronto al reino eterno de ese mismo amor, Amen, venid, Domine, Jesús: "Así sea, venid, ¡ohi, Señor Jesús".

¡Oh! Jesús, Vos sois todo amor en todos los momentos, es

88-

tados y misterios de vuestra vida; pero sobre todo, no sois más que amor y dulzura en leí momento de vuestro nacimiento y en el estado de vuestra santa infancia. Que os ame pues, en ese momento y en ese estado; que el cielo y la tierra os amen conmigo, y que todo el mundo se transforme en amor hacia su Creador y su Dios transformando todo en amor y dulzura hacia el mundo.

¡Oh!, amor de Jesús, que triunfáis de Jesús en todos sus estados y misterios pero especialmente en el estado de su infancia y 'en el misterio de su cruz, y que en estos dos misterios lleváis en triunfo su omnipotencia en la impotencia, su plenitud en la pobreza, su soberanía en la dependencia, su sabiduría eterna en la infancia, su gozo y felicidad en los sufrimientos y su vida en la muerte: Triunfad de mí, es decir, de mi amor propio, de mi propia voluntad y de mis pasiones y ponedrne en un estado de impotencia, de indigencia, de dependencia, de infancia santa y divina, y de muerte al mundo y a mí mismo, que vaya adorando y glorificando la impotencia, la dependencia, la infancia y la muerte a que habéis reducido a mi Jesús en el misterio de su nacimiento y de su Cruz.

26. La sumisión a la Divina Voluntad O. C., 1 - 245.

la sumisión continua que debemos tener al santo querer de Dios es la virtud más universal, y cuyo uso nos debe ser más ordinario, ya que a todo momento se presentan ocasiones de renunciar a nuestra propia voluntad para someternos a la de Dios.. .

Jesucristo Nuestro Señor hizo profesión, desde el primer momento de su vida y de su entrada en el mundo, de no hacer jamás su voluntad, sino la de su Padre, según el testimonio auténtico de San Pablo que escribe a los Hebreos: **Al entrar en el mundo dijo Jesús** (dirigiéndose a su Padre eterno): **He aquí que vengo; de mí está escrito en el rollo del libro que haga, ¡ohi Dios, tu voluntad;** y según lo que dijo después El mismo: **He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad sino la voluntad del que me ha enviado** (Heb. 10,5; Jn. 6,38). Y así, nunca hizo su propia voluntad; sino, aunque fuera santa su voluntad, deificada y adorable, con todo la hizo a un lado y la tuvo como aniquilada, para seguir la de su Padre, diciéndole siempre y en todas las cosas, lo que le dijo la víspera de su muerte en el huerto

89 -

de los Olivos: **Que no se haga mi voluntad sino la tuya, ¡ohi Padre mío** (Lc. 22,42)...

Si consideramos que Dios ordena y dispone todo lo que sucede en el mundo; que dispone todas las cosas para su gloria y para nuestro mayor bien, y que su disposición es justísima y adorabilísima, no atribuiremos las cosas que suceden ni a la fortuna o al azar, ni a la malicia del diablo o de los hombres, sino a la disposición de Dios, la que amaremos y abrazaremos tiernamente, sabiendo con toda seguridad que es muy santa y amable, que no ordena ni permite nada que no sea para nuestro mayor bien y para la mayor gloria de nuestro buen Dios; por eso debemos amarla por encima de todas las cosas ya que no estamos en este mundo sino para amar a Dios y procurar su gloria...

No solamente Jesucristo Nuestro Señor cumplió todas las voluntades de su Padre, sometiéndose

a El y a todas las cosas por amor a El; sino que también puso en ello toda su felicidad y su paraíso: "Mi (alimento), dijo El, consiste en que yo haga la voluntad de aquel que me ha enviado" (Jn. 4,34), es decir, que no tengo nada más deseable, ni más delicioso, que cumplir la voluntad de mi Padre. En verdad, todo cuanto hacía le proporcionaba una satisfacción infinita, por ser la voluntad de su Padre. En los sufrimientos que soportaba ponía su alegría y su felicidad según el espíritu, por ser el beneplácito de su Padre. Por eso, el Espíritu Santo al hablar de su pasión y de su muerte, lo llama **el día de la alegría de su corazón** (Cant. 3, 11). De igual modo, en todas las cosas que veía sobrevenir y que habían de suceder al mundo, encontraba la paz y el gozo de su espíritu, pues no miraba en todo más que la amabilísima voluntad de su Padre.

Así, pues, en calidad de cristianos que deben estar revestidos de los sentimientos y disposiciones de su cabeza, debemos no solamente someternos a Dios y a todas las cosas por amor de Dios, sino también poner en eso toda nuestra satisfacción, nuestra felicidad y nuestro paraíso. Esta es la oración que hacemos a Dios todos los días: "Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo".

No digo yo que tengáis una satisfacción y una alegría sensible en todo lo que hacéis y sufrís, y en todo lo que sucede en este mundo - esto sólo lo tienen los Bienaventurados; - yo hablo aquí de la alegría y satisfacción de espíritu y de voluntad
90-

que podéis tener fácilmente, mediante la gracia de Nuestro Señor, pues basta decir: "Dios mío, yo quiero, por vuestro amor, poner toda mi satisfacción en querer, en hacer y en sufrir esto o aquello por ser vuestra voluntad y vuestra satisfacción". Por este medio tendréis una satisfacción de espíritu y de voluntad en todas las cosas. Y esta práctica, repetida muchas veces, podrá disminuir y destruir la pena y repugnancia natural que podríais experimentar en muchas cosas, y hasta os hará encontrar dulzura y gozo, aún según los sentidos, donde antes sentíais amargura y pena.

Dejemos por un momento el Reino de Jesús para leer dos bellas cartas sobre el mismo asunto.

27. La Divina Voluntad O. C., X - 522.

Carta a la Hermana de la Natividad Herson.

Rouen, 7 de Enero de 1.660

Queridísima Hermana,

La divina Voluntad sea nuestra guía en todas las cosas.

Es verdad que los meses míos son a veces muy largos, y más largos de lo que pienso, pero no de lo que quiero; en efecto, por la misericordia de mi Señor, me parece que no quiero nada, ni en este mundo ni en el otro, sino una sola cosa, que es abandonarme enteramente en las manos de la adorabilísima voluntad de mi Dios, para que me lleve a donde le plazca y haga de mí, en todo lugar y en todo tiempo, todo cuanto le sea agradable. Es por eso por lo que no puedo deciros todavía cuándo regresaré a Caen; sé muy bien que, mediante la gracia de Nuestro Señor, será cuando lo quiera yo, pero todavía no sé cuándo lo querré, es decir, no sé cuándo lo querrá mi Dios.

Me dáis a conocer muy bien vuestro interior, querida hermana; no tengo más qué deciros a todo eso, sino que procuréis no inquietaros en vuestra pobreza y miserias; permaneced en paz, en humildad, en paciencia, en sumisión y abandono a la divina Voluntad, con obediencia y confianza en

vuestra Superiora, con fidelidad en la observancia de vuestras Reglas.

9 1-

28. La Divina Voluntad O. C., X - 537.

Carta a la Hermana María de la Asunción Eustache de Taillefer.

(París, Septiembre-Octubre de 1.660?)

J. M. J.

Os doy mil gracias, mi queridísima Hija, y también a todas nuestras queridísimas Hermanas, por vuestros caritativos recuerdos y todas vuestras sinceras bondades. Os aseguro que no os olvido delante de Dios, y que os llevo todos los días a todas y cada una en particular, en el santo altar.

Si yo siguiera mis inclinaciones, os aseguro que estaría muy pronto en Caen, para hablaros algunas veces sobre las bondades incomparables de nuestro bonísimo y adorabilísimo Salvador, más bien que estar aquí recorriendo las calles de París. Pero que nos guarde Dios de hacer nunca nuestra voluntad y que nos conceda la gracia de reconocer siempre que no tenemos otro asunto en este mundo, sino hacer en todo y por todas partes la suya **Corde magno et animo Volenti**. ¡Oh!, que alegría saber que ese es nuestro único negocio y que todos los poderes de la tierra y del infierno, no solamente no podrían, si lo queremos con la gracia de Dios, impedirnos un solo momento hacer este único negocio, sino que mientras más se esfuerzan por impedirnoslo, más nos ayudan a hacerlo.

29. Caridad fraterna O. C., 1 - 257.

El amor de Dios y del prójimo son inseparables; no son dos amores, sino uno solo y único amor; debemos amar a nuestro prójimo con el mismo corazón y con el mismo amor con que amamos a Dios, pues debemos amarlo, no en sí, ni para sí, sino en Dios y para Dios; o mejor dicho, es a Dios mismo a quien debemos amar en el prójimo.

Así es como Jesús nos ama: nos ama en su Padre y para su Padre, o más bien, ama a su Padre en nosotros, y quiere que nos amemos los unos a los otros, como El nos ama. Dice: **Este es mi mandamiento, que os améis los unos a los otros como yo os he amado** (Jn. 15,12).

9 2-

En este punto consiste la caridad cristiana, en amarnos los unos a los otros como Jesucristo nos ama. Ahora bien: El nos ama tanto, que nos da todos sus bienes, todos sus tesoros, a sí mismo, y emplea todos sus poderes y todos los recursos de su sabiduría y de su bondad para beneficiarnos. Su caridad es tan excesiva para con nosotros, que soporta largo tiempo y con una gran dulzura y paciencia nuestros defectos y se anticipa a buscarnos siempre que le hemos ofendido...

Para moveros y animaros más a ello, mirad a vuestro prójimo en Dios, y a Dios en vuestro prójimo; es decir, miradlo como algo salido del corazón y de la bondad de Dios, que es una participación de Dios, creado para volver a Dios, para ser recibido un día en el seno de Dios, para glorificar a Dios eternamente, y en el que realmente Dios será glorificado, ya sea por misericordia, ya sea por justicia. Consideradlo como algo que Dios ama, sea cual fuere su estado; pues Dios ama todo cuanto ha creado, hasta los mismos demonios, por cuanto son sus creaturas, y no aborrece nada de cuanto ha hecho; solo el pecado, cuya causa no es El, es objeto de su horror. Miradlo como a quien ha salido del mismo principio que vosotros, que es hijo del mismo Padre, que ha sido creado con el mismo fin, que pertenece a un mismo Señor, que ha sido rescatado con el mismo precio, es decir, con la preciosa sangre de Jesucristo; que es miembro de una misma cabeza, es decir Jesús, y de un mismo cuerpo, es decir de la Iglesia de Jesús, que es alimentado con un mismo alimento, es decir, la preciosa

carne y la preciosa sangre de Jesús, y con el cual, por consiguiente, no debéis tener más que un espíritu, un alma y un corazón. . .

¡Oh!, si pensáramos y consideráramos bien la importancia de estas verdades, qué caridad, qué respeto, qué honor tendríamos los unos con respecto a los otros! ¡qué temor tendríamos de ofender la unión y la caridad cristiana, sea por nuestros pensamientos, sea por nuestras palabras y acciones! ¡Qué no soportaríamos, qué no toleraríamos los unos por los otros! ¡Con qué caridad y paciencia no soportaríamos y excusaríamos los defectos ajenos! ¡Con cuánta dulzura, modestia y discreción trataríamos los unos con los otros! ¡Cuánto cuidado tendríamos en **agradar a todos y complacer a todo el mundo para el bien, buscando su edificación!** (Rom. 15,2)...

Al prestar servicios a vuestro prójimo, y en todo cuanto hacéis para él, ya sea por obligación, ya sea por caridad, elevad

93 -

vuestro corazón hacia Jesús y decidle:

"¡Oh!, Jesús, quiero hacer esta acción, si os place, en honor y unión de la caridad que tenéis con respecto a esta persona, y por el amor de Vos mismo, a quien deseo complacer y servir en esta misma persona".

Cuando por necesidad dáis algún descanso, alimento o refrigerio a vuestro cuerpo, hacedlo con esta misma intención, considerando vuestra salud, vuestra vida y vuestro cuerpo, no como cosa vuestra, sino como uno de los miembros de Jesús, según la Palabra sagrada, y como cosa que pertenece a Jesús, según este oráculo divino: **Corpus autem Domino**: "El cuerpo es para el Señor", y de la cual debéis tener cuidado, no para vosotros, sino para Jesús, :en cuanto sea necesario para su servicio...

Cuando saludéis u obsequiéis a alguno, saludadlo y obsequiadlo como al templo y :la imagen de Dios y como a miembro de Jesucristo...

Cuando sintáis alguna repugnancia, o aversión, o sentimiento de envidia con respecto a alguien, procurad desde el principio renunciar a ello fuertemente, aniquilándolo a los pies de Nuestro Señor, pidiéndole que 'lo aniquile El mismo y que os llene de su divina caridad ... Esforzáos también por hablarle y hacer exteriormente algunas acciones de caridad para con esa persona, y no dejéis de obrar así, hasta que hayáis borrado completamente en vosotros ese sentimiento de aversión o repugnancia.

30. **Una paráfrasis de San Pablo** (1 Cor. 13,4. ..) O.C., IX - 218.

Tomamos aquí la conclusión de un capítulo de las Constituciones eudistas.

"La caridad es paciente, y no hay dolores o contratiempos que puedan hacerla murmurar. Está llena de dulzura, y sea cual sea la injuria que se le haga, nunca concibe deseo de venganza. La caridad no es envidiosa; no es maliciosa ni precipitada, ni insolente en sus acciones. No se deja llevar a la vanidad; la ambición nunca la enseguece. No son sus propios intereses

94-

los que la mueven más, pues es más sensible a los de los demás. Nada puede exasperarla, nada la encoleriza. No piensa en hacer mal. Cuando alguno comete una falta, no se alegra por ello; al contrario, se alegra y se regocija por las buenas obras que ve hacer. Soporta todas las cargas que se le quiera imponer, sin que ceda bajo el peso. Cree lo que se le dice, no por debilidad, sino por santa sencillez. Si su prójimo no se corrige, espera fácilmente que lo hará, y en esta espera, lo soporta todo de él".

95-

V. CONTINUAR LAS ORACIONES DE JESUCRISTO

Las virtudes de un cristiano, son las virtudes de Jesucristo; por eso mismo, la oración de un cristiano, es la oración de Jesucristo.

31. La oración O.C., 1 - 191.

El santo ejercicio de la oración debe ser colocado en la categoría de los principales fundamentos de la vida y santidad cristiana, puesto que toda la vida de Jesucristo ha sido una perpetua oración, que nosotros debemos continuar y manifestar en nuestra vida; es cosa tan importante y tan absolutamente necesaria, que ni la tierra que nos soporta, ni el aire que respiramos, ni el pan que nos sustenta, ni el corazón que palpita en nuestro pecho son tan necesarios al hombre para vivir humanamente, como la oración es necesaria a un cristiano para vivir cristianamente.

32. La oración mental O. C., 1 - 194.

Hay muchas maneras de oración, entre las cuales señalaré aquí cinco principales.

La primera es la que suele llamarse oración mental o interior, en la que el alma habla interiormente con Dios, tomando por tema de su conversación alguna de las perfecciones divinas, o algún misterio, virtud o palabra de Hijo de Dios, o lo que hizo y lo que hace aún ahora, en el orden de la gloria, de la gracia y de la naturaleza, en su Santa Madre, en sus Santos, en su Iglesia y en el mundo natural; y ocupando primeramente su entendimiento en considerar con dulce y fuerte atención y aplicación de espíritu las verdades que se encuentran en ese tema capaces de excitarla a amar a Dios y a detestar sus pecados; en seguida, aplicando su corazón y su voluntad a producir mu

96 -

chos actos y afectos de adoración, alabanza, amor, humillación, contricción, oblación, y resolución de evitar el mal y de hacer el bien, y otros semejantes, según las sugerencias de espíritu de Dios.

Esta forma de oración es tan santa, tan útil y tan llena de bendiciones, que no se le puede explicar con palabras. Por eso, si Dios os la concede y os da esa gracia, debéis agradecerse, ya que se trata de un gran don que os hace. Si todavía no os ha concedido esa gracia, pedid que os la dé, y haced por vuestra parte todo lo que podáis para corresponder a su gracia, y para ejercitaros en esa santa acción que Dios os enseñará mejor que todos los libros y todos los doctores de mundo, si os arrojáis a sus pies con humildad, confianza y pureza de corazón, como lo diré más adelante.

33. La oración vocal O. C., 1 - 195.

La segunda manera de oración, es la que se llama vocal, que se hace hablando con la boca a Dios, ya sea recitando el oficio divino o el rosario o cualquiera otra oración vocal. Y no es ésta menos útil que la precedente, con tal que la lengua vaya unida al corazón, es decir, que al hablar a Dios con la lengua le habléis también con el corazón y con aplicación de espíritu. De esta manera vuestra oración será a un tiempo vocal y mental; si por el contrario, os acostumbráis a muchas oraciones vocales por rutina y sin atención, os alejaréis de la presencia de Dios más disipados, más fríos, y más flojos en su amor de lo que érais antes. Por eso, con excepción de las oraciones de regia, os aconsejo que hagáis pocas, acostumbrándoos a hacerlas santamente, con mucha atención y aplicación a Dios, ocupando vuestro espíritu y vuestro corazón en algunos pensamientos y afectos santos mientras habla vuestra lengua; recordando que debéis continuar la oración que Jesucristo hacía en la tierra; dándoos

a El con ese fin; uniéndoos al amor, a la humildad, a la pureza y santidad, y a la atención perfectísima con que El oraba; y suplicándole que imprima en vosotros las disposiciones e intenciones santas y divinas con las cuales hacía El su oración.

97-

34. **Hacer todas sus acciones en espíritu de oración** O. C., 1 - 196.

La tercera manera de oración, consiste en hacer cristiana y santamente todas vuestras acciones, aún las más pequeñas, ofreciéndolas a Nuestro Señor al principio, y elevando de vez en cuando vuestro corazón hacia El - mientras las hagáis.

35. **La lectura espiritual** O. C., 1 - 196.

La cuarta manera de hacer oración, es por la lectura de los buenos libros, leyendo en ellos no a la carrera y con precipitación, sino con calma y con atención de espíritu a lo que leéis, deteniéndoos a considerar, a pensar con reflexión, a pesar y saborear las verdades que más os atraen para imprimirlas en vuestro espíritu, de ahí sacaréis diversos actos y afectos, según lo que se dijo a propósito de la oración mental. Este ejercicio es de grandísima importancia y obra en el alma los mismos efectos que la oración mental ...

Pero tened el cuidado, al comenzar la lectura, de dar vuestro espíritu y vuestro corazón a Nuestro Señor, suplicándole que os dé la gracia de sacar el fruto que El pide de vosotros y que realice en vuestra alma por su medio lo que desea obrar en ella para su gloria.

36. **Hablar de Dios** O. C., 1 - 198.

He aquí la "quinta manera de oración".

Es también cosa muy útil, muy santa y que suele inflamar mucho los corazones en el amor divino, hablar y disertar de vez en cuando y familiarmente los unos con los otros sobre Dios y las cosas divinas. Es en esto en lo que deberían los cristianos pasar buena parte de su tiempo, esto debería ser su conversación y razonamiento ordinarios, en esto deberían poner su recreo y regocijo.

A esto nos exhorta el Príncipe de los Apóstoles cuando dice: **Si alguno habla, que sus palabras sean como las palabras de Dios (1 Pet. 4,1 I).**

98-

37. **Comenzar nuestras acciones con Jesús** O. C. .. 1 - 97.

Ya que Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María, es según el lenguaje de su Apóstol, **el autor y consumador de la fe** y de la piedad cristiana, y, según El mismo, **el Alfa y la Omega el primero y el último, el principio y el fin de todas las cosas** (Heb. 12,2;; Apoc. 22,13); es muy justo que sea El -el principio y el fin de toda nuestra vida, de todos nuestros años, de todos nuestros meses, de todas nuestras semanas, de todos nuestros días, y de todas nuestras acciones. Por eso, cómo hubiéramos debido consagrarle el principio de nuestra vida, si para ese entonces hubiéramos tenido el uso de la razón, y puesto que deseamos terminarla en su gracia y -en el ejercicio de su amor, si deseamos obtener este favor de su bondad, debemos tener el cuidado de consagrarle, por algún ejercicio de piedad y de amor, el principio y el fin de cada año, de cada mes, de cada semana, y especialmente de cada día. Es asunto de grandísima importancia comenzar y acabar bien cada día; pero particularmente comenzar bien, llenando nuestro espíritu desde la mañana con algún buen pensamiento, y ofreciendo a Nuestro Señor nuestras primeras acciones, pues de ahí

depende la bendición para todo el resto de] día.

Por eso, tan pronto como despertéis por la mañana, elevad vuestros ojos al cielo y vuestro corazón hacia Jesús, para consagrarle por este medio el primer uso de vuestros sentidos y los primeros pensamientos y afectos de vuestro espíritu y de vuestro corazón.

38. En la vida de todos los días O.C., 1 - 442.

Es cosa muy importante, -y no puedo decirlo bastante, que todo el mundo sepa que no solamente los religiosos y religiosas, sino también todos los cristianos, de cualquier estado o condición que sean, están obligados en su calidad de cristianos y miembros de Jesucristo a vivir de la vida de su cabeza, es decir, de una gran vida muy santa, y a hacer todas sus acciones, grandes y pequeñas, cristianamente. ¿Qué quiere decir cristianamente? Es decir, santa y divinamente, como Jesucristo hizo las suyas; a saber, en Jesucristo y para Jesucristo.

Para El, puesto que le pertenecen, ya que todo cuanto hay en los miembros pertenece a la cabeza. En El, es decir, en su
99-

espíritu, en sus disposiciones e intenciones, puesto que los miembros deben seguir e imitar a su cabeza, no deben estar animados sino de su espíritu, y no deben tener disposiciones o Intenciones distintas de las suyas.

Esto tiene consecuencias muy importantes, pues, la mayor parte de nuestra vida consta de una serie de muchas pequeñas acciones, como beber, comer, dormir, leer, escribir, conversar los unos con los otros, etc., por las cuales, si tuviéramos el cuidado de hacerlas bien, daríamos mucha gloria a Dios y avanzaríamos mucho en las vías de su amor. Nuestra negligencia es causa de que Dios sea privado de la gloria que le debemos y de que perdamos las gracias que El nos daría.

Por eso nos exhorta San Pablo diciéndonos que, sea que comamos, sea que bebamos, sea que hagamos cualquier otra acción, por pequeña e indiferente que sea, hagamos todo para gloria de Dios y en nombre de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Qué quiere decir hacer sus acciones en nombre de Jesucristo? Es hacerlas en el Espíritu de Jesucristo; o, en otros términos, con las disposiciones e intenciones con las cual-es Jesucristo hacía las mismas acciones que hacemos nosotros mientras estaba en la tierra, y con las cuales las haría si todavía estuviera en ella...

Tener pues, cuidado, al principio de vuestras acciones, siquiera de las principales, de elevar vuestro corazón hacia Jesús y manifestarle: 1. que renunciáis a vosotros mismos, a vuestro amor propio y a vuestro espíritu, es decir, a todas vuestras disposiciones e intenciones propias; 2. que os dáis a El, a su Amor y a su divino Espíritu, y que deseáis hacer vuestras acciones con las disposiciones e intenciones con las cuales hacía El las suyas.

39. Ejemplo: los descansos O. C., 1 - 447.

¡Oh!, Jesús, os ofrezco este recreo en honor y unión de los santos descansos y divinas alegrías que tuvisteis durante vuestra vida mortal, con vuestro Padre eterno, con vuestro Espíritu Santo, con vuestra santa Madre y con vuestros Angeles y Santos. Hablando de Vos mismo, habéis dicho: "Me gozaba todos los días, jugando en su presencia en todo tiempo, jugando por el orbe de la tierra, y encontrando mis delicias en estar con los hijos de los hombres" (Prov. 8,30). Y vuestro santo Evangelio nos cuenta que os alegráis en el Espíritu Santo, y que

100-

habéis mandado a vuestros Apóstoles descansar un poco después del trabajo.

40....o los cambios de sitio

¡Ohi, Jesús, que todos mis viajes, mis idas y venidas, mis salidas y entradas, y todos mis pasos, den gloria a los diversos viajes, idas y venidas, salidas y entradas, y a todos los pasos que habéis dado sobre la tierra.

¡Ohi, Jesús, que todo el uso de mis ojos, de mi boca, de mis manos, de mis pies, y de todos mis sentidos exteriores e interiores, den homenaje al divino uso que Vos habéis hecho de vuestros divinos ojos, de vuestra sagrada boca, de vuestras benditas manos, de vuestros santos pies y de todos vuestros sentidos interiores y exteriores...

Os he propuesto estas pequeñas prácticas, para mostraros con el dedo el camino a seguir para andar siempre delante de Dios y para vivir en el Espíritu de Jesús. Este mismo espíritu nos enseñará muchas más, con tal que tengáis cuidado de daros a él al principio de vuestras acciones. Os ruego que tengáis muy en cuenta que la práctica de las prácticas, el secreto de los secretos, la devoción de las devociones, consiste en no tener apego a ninguna práctica o ejercicio particular de devoción; basta tener un gran cuidado, en todos vuestros ejercicios y acciones, de daros al Espíritu Santo de Jesús, y de daros a El con humildad, confianza y desprendimiento de todas las cosas; al encontraros así sin apego a vuestro propio espíritu y a vuestras propias devociones y disposiciones, tendrá pleno poder y libertad para obrar en vosotros según sus deseos, poniendo en vosotros aquellas disposiciones y aquellos sentimientos de devoción que sean de su beneplácito, y conduciéndoos por los caminos que tuviere a bien.

41. María en la oración cristiana 0. C., 1 - 337.

Ninguna parte del Reino de Jesús está reservada a María; pero con frecuencia se trata de Ella.

la devoción a la Santísima Virgen María Madre de Dios es tan agradable a su Hijo y tan recomendable, tan cara y tan familiar a todos los verdaderos cristianos, que no es necesario recomendarla a quienes desean vivir cristianamente, como son aquellos a quienes dirijo este libro.

comendarla a quienes desean vivir cristianamente, como son aquellos a quienes dirijo este libro.

Solamente os diré que no debemos separar lo que Dios ha unido tan perfectamente. Jesús y María están unidos tan estrechamente entre sí, que quien ve a Jesús, ve a María; quien ama a Jesús, ama a María; quien tiene devoción a Jesús, tiene devoción a María...

Dado que tenemos que continuar las virtudes y tener en nosotros los sentimientos de Jesús, debemos también continuar y tener en nosotros los sentimientos de amor, de piedad y de devoción que ese mismo Jesús ha tenido con respecto a su Bienaventurada Madre...

A fin de honrarle como lo pide Dios de nosotros, y como lo desea Ella, tenemos que hacer tres cosas:

1 . Nos es necesario mirar y adorar a su Hijo en Ella, sin mirar ni adorar en Ella más que a El. Pues así es como Ella quiere ser honrada; porque, de sí misma y por ella misma, no es nada; pero Jesús es todo en Ella: es su ser, su vida, su santidad, su gloria, su poder y su grandeza...

2. Debemos reconocerla y honrarla como a la Madre de nuestro Dios y por ende como a nuestra Madre y Soberana; darle gracias por todo el amor, la gloria y los servicios que dió a su Hijo Jesucristo Nuestro Señor; atribuirle nuestro Ser y nuestra vida después de Dios; ponernos bajo su dependencia y pedirle que nos conduzca en todo lo que nos atañe... Que disponga de nosotros como la plazca para la gloria de su Hijo; y que nos asocie a todo el amor y a todas las alabanzas que ella le ha tributado y le tributará eternamente...

3. Podemos y debemos honrar a esta honorabilísima Virgen por pensamiento y consideración de espíritu, meditando en la santidad de su vida y en la perfección de sus virtudes; por palabras, hablando con gusto y oyendo hablar de sus excelencias; por acciones, ofreciéndole nuestros actos en honor y unión de los suyos; por imitación, procurando imitarla en sus virtudes, especialmente en su humildad, en su caridad, en su puro amor, en su desprendimiento de todas las cosas y en su divina pureza: pensar en esta debe poner en nosotros un gran deseo de huír, de temer y de aborrecer más que la muerte las menores cosas contrarias a la pureza, tanto de pensamiento, como de palabra o de acción.

102-

42. **Una oración característica** Manual, O.C., 111 - 296.

Como el que ya hemos citado (20) este texto fue compuesto para las oraciones de "antes de; medio día".

Adoremos a Jesús en el grandísimo amor que tuvo siempre y que tendrá eternamente a su amabilísima Madre. Démosle gracias por todos los efectos de su amor para con ella, y por habérsela dado por Madre nuestra. Pidámosle perdón por nuestras ingratitudes para con El y para con Ella. Démonos a El para entrar en su amor para con tal Madre y en el celo que tiene por su honor; supliquémosle que nos haga participar de él. Ofrezcámonos a esta Madre de Amor, prometiéndole que la queremos servir, amar y honrar, y hacerla servir, amar y honrar de cuantas maneras podamos, mediante la gracia de su Hijo.

103-

V1. CONTINUAR EL SACRIFICIO DE JESUCRISTO

43. **Jesucristo, Soberano Sacerdote** Manual O.C., 111 - 293.

Esta meditación para las oraciones de "antes de; medio día" nos coloca en el corazón de; Sacerdocio y de; sacrificio de Jesucristo: El Amor.

Adoremos a Jesús en su Cruz, como Soberano Sacerdote que se inmola a Sí MiSmo, y como Hostia santa que es inmolada para la gloria de su Padre y para nuestra salvación. Démosle gracias por haberse sacrificado a sí mismo, y por habernos comunicado estas dos cualidades de Sacerdote y de Hostia. Pidámosle perdón por todas las faltas que hemos cometido en las funciones de; sacerdocio. Démonos a El y supliquémosle que nos dé el espíritu de su divino sacerdocio; que nos haga dignos de ser otras tantas víctimas que sean sacrificadas con El a la Gloria de su Padre, y que nos consuma en las sagradas llamas de su santo Amor.

44. **Participación de los laicos en la Misa** O.C., 1 - 459.

El texto precedente se dirigía a los sacerdotes. El que sigue dice las mismas cosas a los laicos: también ellos participan, por su Bautismo, en el sacerdocio de Cristo.

Lo que se debe hacer para asistir dignamente al santo sacrificio de la misa:

1. Tan pronto como salís de vuestra casa para ir a la Misa, debéis pensar que váis, no solamente para asistir o ver, sino para hacer una acción que es la más santa y divina C...) que tenga lugar en el cielo y en la tierra; y que por consiguiente debe hacerse santa y divinamente, es decir, con disposiciones muy santas y divinas, y con un grandísimo cuidado y aplicación
104-

de espíritu y de corazón, como el asunto de mayor consecuencia que tengáis en el mundo. Digo que **Váis a hacer**, pues no siendo todos los cristianos sino uno con Jesucristo que es el Soberano Sacerdote (1) reciban en la Escritura el nombre de Sacerdotes, y por eso tiene derecho no solamente de asistir al santo Sacrificio de la Misa, sino también de hacer con el sacerdote lo que éste hace, es decir, ofrecer con él y con Jesucristo mismo el sacrificio que se ofrece a Dios sobre el altar, (1) y participando por tanto de su divino sacerdocio.

H. Al entrar en la Iglesia debéis humillaros profundamente en vuestro corazón, considerándoos muy indignos de entrar en la casa de Dios, de hallaros ante su faz y de participar en misterio tan grande, que comprende en sí todos los misterios y todas las maravillas de; cielo y de la tierra...

111. Después de haber adorado a Nuestro Señor Jesucristo, que se hace presente sobre el altar para recibarnos los homenajes y adoraciones que le debemos; y después de haberle pedido que, así como cambia la naturaleza baja y terrestre el pan y el vino en su cuerpo y en su sangre, así también cambie y transforme la pesadez, frialdad y sequedad de nuestro corazón tan árido y terrestre, en el ardor, ternura y agilidad de los afectos y disposiciones santas y divinas de su divino y celeste Corazón; debéis recordar que siendo uno con Jesucristo los cristianos, como los miembros con su cabeza, y estando Jesucristo en este sacrificio en calidad de sacerdote y de hostia a la vez; de igual manera todos los que asisten deben hacerlo también en calidad de sacerdotes o sacrificadores, para ofrecer con Jesucristo Soberano Sacerdote el mismo sacrificio que El ofrece; y también en calidad de hostias y de víctimas, que no son más que una hostia como no son más que un sacerdote con Jesucristo, y que deben

ser inmolados y sacrificados con el Mismo Jesucristo a la gloria de Dios ...

Y puesto que es necesario que la hostia que va a ser sacrificada sea matada, luego consumida en el fuego, pedidie que os haga morir a vosotros mismos, es decir, a vuestras pasiones, a vuestro amor propio y a todo cuanto le desagrada; que os consuma en el fuego sagrado de su divino amor, y que en lo venidero haga de vuestra vida un perpetuo sacrificio de alabanza, de gloria y de amor hacia su Padre y hacia El ...

V1. Finalmente, después de haber agradecido a Nuestro Señor por las gracias que os ha concedido en la Santa Misa, re
105-

tiráos con una firme resolución de emplear bien el día en su servicio y con el pensamiento de que debéis ser en adelante una hostia muerta y viva al mismo tiempo; muerta a todo lo que no es Dios; viva en Dios y para Dios, enteramente consagrada y sacrificada a la pura gloria y al puro amor de Dios.

45. **El Martirio** 0. C., 1 - 284.

La segunda parte dell Reino de Jesús se termina con reflexiones sobre el martirio "Perfección de la vida cristiana".

El complemento, la perfección y la consumación de la vida cristiana, es el santo martirio. El milagro mayor que obra Dios en los cristianos, es la gracia U martirio; lo más grande y lo más maravilloso que los cristianos puedan hacer por Dios, es sufrir el martirio por El. El más señalado favor que hace Jesucristo a los que ama con especialidad, es el de hacerlos semejantes a El en su vida y en su muerte, y de hacerlos dignos de morir por El, así como El murió por su Padre y por ellos. En los Santos Mártires es donde aparece mejor el poder maravilloso de su amor divino; y entre todos los santos, son los Mártires los más admirables delante de Dios...

¡Oh!, exceso del amor y de la bondad de Jesús para con sus santos Mártires! ... ¡Cuán bienaventurados son los que llevan en sí una imagen perfecta de vuestra santísima vida y de vuestra amorosísima muerte!. ..

Hablando según el lenguaje del Espíritu Santo, aquí está el fin de toda consumación y perfección, y la consumación final y perfecta de toda santidad: pues **nada más grande puede hacer el hombre por su Dios, que sacrificarle lo que tiene de más caro, a saber, su sangre y su vida, y morir por El** (Jn. 15,13), en lo cual consiste el verdadero y perfecto martirio. ..

Todos los cristianos, sea cual fuere su edad y condición, deben estar preparados siempre para sufrir el martirio por Jesucristo Nuestro Señor; y están obligados a vivir en disposición y espíritu de martirio...

En el Bautismo hemos hecho profesión de adherir a Jesucristo, de seguirlo e imitarlo, y por consiguiente, de ser hostias y víctimas consagradas y sacrificadas a su gloria. Esto nos obliga a seguirlo e imitarlo no solo en su vida sino también en su
106-

muerte, y a estar siempre dispuestos a sacrificarle nuestra vida y todo lo que es nuestro, según estas santas palabras: **Todos los días somos entregados 0 la muerte por tu amor, se nos trata como ovejas de matadero al que se nos conduce** (Ps. 43, 23).

46. El espíritu del martirio O. C., 1 - 296.

¿Cuál es el espíritu del martirio? Es un espíritu que tiene cinco cualidades muy excelentes:

1. Es un espíritu de fuerza y de constancia, que no puede ser doblegado ni vencido por promesas ni por amenazas, por suavidad ni por rigor, y que sólo teme a Dios y al pecado.

2. Es un espíritu de humildad muy profunda, que aborrece la vanidad y la gloria del mundo, y que ama los desprecios y las humillaciones.

3. Es un espíritu de desconfianza de sí mismo y de segurísima confianza en Nuestro Señor Jesús, como en aquel que es nuestra fuerza y en cuya virtud lo podemos todo.

4. Es un espíritu de perfectísimo desprendimiento del mundo y de todas las cosas que son del mundo. Pues, los que han de sacrificar su vida a Dios, deben sacrificarle todo lo demás.

5. Es un espíritu de ardentísimo amor a Nuestro Señor Jesucristo, que lleva a todos los que están animados de este espíritu a hacerlo todo y a sufrirlo todo por el amor de aquel que lo hizo todo y lo sufrió todo por ellos.

47. El voto del martirio O.C., Xil - 136.

El mismo año en que aparecían en el Reino de Jesús las páginas que acabamos de citar, hacía Juan Eudes por su propia cuenta un acto que muestra mejor que cualquier exposición la importancia que daba al martirio como conclusión del Bautismo y de la Eucaristía; se ofrecía por voto para padecer el martirio, o al menos para vivir en "el espíritu del martirio".

107 -

VOTO

O elevación a Jesús, para ofrecerse a El en calidad de hostia y de víctima que debe ser sacrificada a su gloria y a su puro amor. (1.637).

Jesús María

¡Ohí, amabilísimo Jesús, os adoro y glorifico infinitas veces en el muy cruento martirio que habéis sufrido en vuestra Pasión y en vuestra Cruz.

Os adoro y bendigo cuanto puedo en el estado de hostia y de víctima en que permanecéis en el Santísimo Sacramento de ¡Altar, donde estáis continuamente sacrificado por la gloria de vuestro Padre y por amor nuestro.

Os honro y reverencio en el dolorosísimo martirio que soportó vuestra santa Madre al pie de vuestra Cruz.

Os alabo y glorifico en los diversos martirios de vuestros santos que han soportado tantos y tan atroces tormentos por amor a Vos.

Adoro y bendigo todos los pensamientos, los designios y el amor infinito que habéis tenido desde toda eternidad con respecto a todos los bienaventurados Mártires que hubo desde el principio y que

habrá hasta el fin de mundo en vuestra santa Iglesia.

Adoro y venero, de cuantas maneras me es posible, el deseo extremo y la sed ardentísima que tenéis de sufrir y de morir hasta el fin W mundo en vuestros miembros, para completar el misterio de vuestra pasión y para glorificar a vuestro Padre por la vía de los sufrimientos y de la muerte, hasta el fin de mundo.

En honor y homenaje de todas estas cosas, y en unión de grandísimo amor por el cual os ofrecisteis a vuestro Padre desde el momento de vuestra Encarnación, en calidad de hostia y de víctima para ser inmolado por su gloria y por nuestro amor en el dolorosísimo martirio de la Cruz; como también en unión de todo el amor de vuestra sagrada Madre y de todos vuestros santos Mártires: me ofrezco y me doy, me dedico y me consagro a Vos, ¡oh, Jesús, Señor mío!, en el estado de hostia y de víctima, para sufrir en mí cuerpo y en mi alma, según vuestro beneplácito y mediante vuestra santa gracia, toda clase de penas y de tormentos, y aún derramar mi sangre y sacrificaros mi vida
108-

da, conforme al género de muerte que os plazca; y esto por vuestra gloria solamente y por vuestro puro amor...

¡Oh!, buen Jesús, recibid y aceptad este voto mío y este sacrificio que os hago de mi ser y de mi vida, en homenaje y por los méritos de divinísimo sacrificio que habéis hecho de Vos mismo a vuestro Padre sobre la cruz. Miradme en adelante como a una hostia y a una víctima destinada a ser inmolada enteramente a la gloria de vuestro santo Nombre. Haced por vuestra gran misericordia que toda mi vida sea un perpetuo sacrificio de amor y de alabanza hacia Vos. Que mi vida vaya imitando y honrando vuestra santa vida y la de vuestra bienaventurada Madre y de vuestros santos Mártires; que yo no pase un sólo día sin sufrir algo por vuestro amor; y que yo muera de una muerte conforme a vuestra santa muerte. . .

¡Ohi, Madre de Jesús, Reina de todos los Mártires, ¡ohi, Santos Mártires de Jesús, rogad por favor a este mismo Jesús que por su infinita bondad obre estas cosas en mí, solo por su gloria y por su puro amor. Ofrecedle este voto mío y pedidle que lo confirme y cumpla por la virtud de su preciosa sangre, así como lo voy a firmar con mi propia sangre, en testimonio de deseo que tengo de derramarla hasta la última gota por su amor.

Hecho en Caen, en el Oratorio de Jesús, el 25 de marzo de 1637.

JUAN EUDES

48. **María, tipo perfecto de la vida cristiana** O.C., 1 - 432.

Jesús viviente en María: toda vida cristiana es a la imagen de esta perfecta realización.

1. ¡Oh!, Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María, os corbtemplo y adoro, como quien vive y reina en vuestra santísima Madre, y que sois todo, y hacéis todo en Ella. En efecto, si conforme a la palabra apostólica **Vos soís todo y hacéis todo en todas las cosas** (1 Cor. 12,6; Ef. 1,23), seguramente Vos soís todo y hacéis todo en vuestra sacratísima Madre. Soís su vida, su alma, su corazón, su espíritu, su tesoro. Estáis en ella santificándola en la tierra y glorificándola en el cielo. Estáis en ella obrando grandes maravillas, y tributándoos más gloria en ella y por ella, que en todas las demás creaturas de cielo y de la tierra. Estáis en ella, revistiéndola de vuestras cualidades y
109-

perfecciones, de vuestras inclinaciones y disposiciones e imprimiendo una imagen perfectísima de Vos mismo, de todos vuestros estados, misterios y virtudes y haciéndola tan semejante a Vos que, quien ve a Jesús, ve a María, y quien ve a María ve a Jesús. Bendito seáis, lob! Jesús, por todo lo que sóls y por todo lo que hacéis en vuestra santísima Madre! ...

2. ¡Ohi, Madre de Jesús, os honro y admiro en la santísima y admirable vida que tenéis en vuestro Hijo Jesús, vida adornada de toda clase de virtudes y perfecciones; vida de la cual un solo momento es más caro a Dios que todas las vidas de los Angeles y de los hombres; vida que da más honor y amor a Dios que todas las demás vidas juntas de la tierra y de; cielo; vida que no es otra sino la misma vida de vuestro Hijo Jesús, que os la va comunicando de manera muy singular e inefable. Bendita seáis, ¡ohi, Virgen Santa, por todo el honor que habéis tributado a vuestro amadísimo Hijo durante toda vuestra vida. Os ofrezco toda mi vida, ¡oh!, Madre de vida y de gracia, y la consagro toda en honor de la vuestra, y suplico de todo mi corazón a vuestro Hijo Jesús, Dios de vida y de amor, que haga, por su grandísima bondad, que toda mi vida tribute un homenaje continuo y eterno a su santísima vida y a la vuestra.

110 -

V11. SANTIDAD DEL SACERDOCIO CRISTIANO

textos N. 49 a 59 están tomados de las obras siguientes.

El buen confesor.

El Predicador apostólico.

Manual de piedad para uso de una comunidad eclesiástica.

El Memorial de la Vida Eclesiástica.

49. Sacerdocio y Misterio de la Santísima Trinidad

0. C., 111 - 442.

El 21 de noviembre, fiesta de la Presentación de la Santísima Virgen, San Juan Eudes pide a sus discí

pulos que renueven su propia "Presentación% es decir, su "Profesión eclesiástica". Ponemos aquí una parte de; texto que se lee en esta circunstancia.

¡Oh!, Santísima y adorabilísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, postrado a vuestros pies, con toda la humildad y devoción de; cielo y de la tierra, os adoro en todo lo que sóls y en Vos misma y en todas vuestras obras, especialmente en vuestra Iglesia y en el divino sacerdocio que habéis establecido en ella para vuestra gloria y para nuestra salvación.

Vos sóis, ¡ohi, Dios mío, el principio y la fuente de toda la dignidad, poder y santidad de; sacerdocio cristiano; pues de Vos procede toda suerte de bien. Vos sóis al fin de todas sus funciones-, ya que no tienen otro fin sino el honor debido a vuestra divina Majestad. Vos sóls la consagración, la bendición y la santificación de todos los Sacerdotes y Levitas de vuestra Iglesia; por la elección y la vocación especial de vuestro adorable voluntad, son escogidos y llamados a tan alta dignidad; por una comunicación de vuestra admirable paternidad, ¡ohi, Padre santo, son constituídos los padres de los hijos de la

111 -

luz; por una participación de vuestro divino sacerdocio, ¡oh!, Jesús Hijo único de Dios, son los sacrificadores de; Altísimo; por una efusión especial de vuestra infinita santidad, ¡oh!, Divino Espíritu, son los santificadores de las almas; en ellos y por ellos, ¡oh!, Rey de; cielo, os hacéis visible sobre la tierra, y hacéis en ella obras que no pertenecen más que a un poder y a una bondad infinitos; finalmente Vos saís su porción, su tesoro y su gloria en la tierra y en el cielo.

Yo os adoro, os alabo y os glorifico, ¡ohi, augustísima Trinidad, en todas estas cosas y en todo lo que saís con respecto a ellos y al santo orden en el cual los habéis hecho entrar. Que todas las creaturas del universo os bendigan conmigo, ¡oh!, Padre divino, por haber querido establecer este santo orden en vuestra Iglesia,, de la cual sólo Vos el primer principio y el primer Autor, junto con vuestro Jesús que fue el institutor y la cabeza, y con vuestro Espíritu Santo que es en ella el director y el santificador; como también por haber querido fundar, acrecentar y santificar a vuestra Iglesia por ese mismo orden.

SO, 51. "El Santo Orden del Sacerdocio de Jesús" O. C., fil - 3.

Al principio del Memorial de la vida eclesiástica puso San Juan Eudes una especie de dedicación.

A TODOS LOS SANTOS PASTORES, SACERDOTES Y LEVITAS
QUE ESTAN EN LA IGLESIA TRIUNFANTE.

Grandes santos, que habéis sido escogidos desde toda eternidad por el Santo de los Santos, para ser revestidos, en excelentísima manera, de su admirable santidad; bienaventurados Pastores, Sacerdotes y levitas, que habéis sido elegidos entre mil por el soberano pastor y por el gran Sacerdote Jesús, para ser asociados a su eminentísima cualidad de gran Pastor de las almas, y a la muy sublime dignidad de su divino sacerdocio-, postrado a vuestros pies, con todo el respeto y con toda la humildad posible, os saludo y honro, de cuantas maneras puedo y debo según Dios, como a mis maestros y padres, como astros brillantes en el cielo de la Iglesia, como a los verdaderos pastores del sagrado rebaño de Jesucristo, como a los oráculos del Verbo Eterno (...), como al ornamento y la gloria del sacerdocio eterno, y como a los pastores y patronos del más gran

112-

de, más digno y más admirable de todos los órdenes de la tierra y del cielo, cual es el santo orden del divino y real sacerdocio de Jesús, que es su institutor, su fundador y su cabeza...

Yo os venero como a las imágenes vivas y perfectas de nuestro Soberano Sacerdote Jesucristo, Hijo único de Dios, con el cual vosotros no soís más que un solo sacerdote, revestidos del mismo sacerdocio que su Padre eterno le dió, y no siendo más que uno con El, como los miembros no son más que uno con su cabeza.

O.C., 111 8 y siguientes.

Se dirige en seguida a todos faus hermanos, los sacerdotes de la Iglesia militante, para recordarles su grandeza.

A TODOS LOS PASTORES Y A TODOS LOS SACERDOTES
QUE CONSTITUYEN EL ESTADO ECLESIASTICO

Mis muy respetados Padres y muy queridos hermanos,

Después de haberme postrado a los pies de todos los santos Pastores y de todos los santos sacerdotes que están en la Iglesia triunfante, para rendirles mis respetos y para consagrarles esta

obrita, permitidme dirigirme ahora a vosotros y deciros particularmente lo que el Príncipe de los Pastores y de los Sacerdotes, San Pedro, dijo en general a todos los cristianos: "Vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz" (1 Pet. 2,9). Después de la santísima Virgen, sois vosotros la conquista más gloriosa del Salvador, y el más precioso de todos los dones que su Padre Eterno le ha hecho. Vosotros sois el primero y el más excelente fruto de sus trabajos, el más digno precio de su sangre, su principal porción, su más noble parte, su más caro tesoro y su más rica heredad, y de la cual se propone también sacar más fruto para la gloria de su Padre, que de todas sus demás posesiones. Además, El os ha escogido para que le sirváis y améis por vosotros mismos, como también para que le hagáis servir y amar por los demás; con este fin debéis **anunciar** a todo el mundo **las virtudes**, es decir, las perfecciones y excelencias, los misterios y las maravillas de **Aquel que os ha sacado de las tinieblas** del pecado y del infierno, **a su admirable**

113-

luz. El que ha dicho hablando de sí mismo: **Yo soy la luz del mundo**, os dice también: **Vosotros séis la luz del mundo, y es a vosotros a quienes se ha dado conocer los misterios del reino de los cielos** (Jn. 8,12; Mt. 5,14; Mt. 13,11) y manifestarlos a los demás. Es a vosotros a quienes se han abierto los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, lo mismo que los tesoros de la gracia y de la misericordia, para que seáis dispensadores de los unos y de los otros. Sois de la sangre real y divina de Jesucristo, Hijo único de Dios, vosotros entráis en su genealogía; sois sus hermanos y sus miembros, y en un grado mucho más eminente que los demás cristianos; pues estáis revestidos de su sacerdocio real y vuestro sacerdocio no es más que uno con el suyo, y no sois más que un sacerdote con el Soberano Sacerdote. Puesto que no hay más que un sacerdocio en la religión cristiana: **Unum est sacerdotium**, el cual se encuentra originaria y soberanamente en Jesucristo, y por extensión y comunicación en los otros sacerdotes: también, hablando propiamente, no hay más que un solo sacerdote, que es Jesucristo, Soberano Sacerdote...

¿A cuál de los Angeles dijo alguna vez: "Tú eres y serás sacerdote eternamente según el orden del verdadero Melquisedec" (Ps. 109,4); es decir, según el orden de mi Hijo Jesucristo? ¿A cuál de los Arcángeles, o de los Principados, o de las Potestades, ha dicho el Hijo de Dios: "Todo lo que atares en la tierra será atado en el cielo, y todo lo que desatares aquí abajo será desatado allá arriba"? (Mt. 16,19). ¿A cuál de los Querubines o Serafines ha dado poder de borrar el pecado, de comunicar la gracia, de cerrar el infierno, de abrir el cielo, de formarlo a El mismo en los corazones de los hombres y en la Santa Eucaristía, de ofrecerlo en sacrificio al Padre Eterno y de dar su cuerpo, su sangre y su espíritu a los fieles? ¿A cuál, en fin, de todos los Espíritus Celestes ha dicho lo que dice a todos los sacerdotes: "Yo os envío como mi Padre me ha enviado a Mí" (Jn. 20,21), es decir, yo es envío con el mismo fin por el cual mi Padre me ha enviado; para anunciar el mismo Evangelio que yo he anunciado; para dispensar los mismos misterios y las mismas gracias que yo he dispensado; para hacer y administrar los mismos sacramentos que yo he instituido; para ofrecer a Dios el mismo sacrificio que yo le he ofrecido; para disipar las tinieblas del infierno que cubren la faz de la tierra; para difundir aquí la luz del cielo, destruir la tiranía de Sata

114-

nás, establecer el reino de Dios, y, en fin, para ejercer en la tierra las mismas funciones sacerdotales que ejercí yo, y para continuar y completar la obra de la redención del mundo, y también para continuar la misma vida que tuve yo en la tierra y las mismas virtudes que practiqué yo?"...

Vosotros sois la parte más noble del cuerpo místico del Hijo de Dios. Vosotros saís los ojos, la boca, la lengua y el corazón de la Iglesia de Jesús o, mejor dicho, sois los ojos, la boca, la lengua y el corazón del mismo Jesús.

Sóis sus ojos: ya que por medio de vosotros ese buen Pastor vigila continuamente sobre su rebaño; por medio de vosotros El lo ilumina y lo conduce; por medio de vosotros El llora por aquellas de sus ovejas que están entre las garras del lobo infernal, y derrama lágrimas sobre la tumba de su querido Lázaro, es decir, por las almas muertas por el pecado.

Sóis su boca y su lengua: pues es por medio de vosotros que El habla a los hombres y que sigue anunciándoles la misma palabra y el mismo Evangelio que predicó El por sí mismo cuando estuvo en ¡a tierra.

Sóis su corazón: es por medio de vosotros que El da la verdadera vida, la vida de gracia en la tierra y la vida de gloria en el cielo, a todos los verdaderos miembros de su cuerpo. ¡Oh, cuántas maravillas!

Tenéis una maravillosa alianza con las tres Personas eternas; estáis asociados a la Santísima Trinidad; sólo los coadjutores y los cooperadores del Todopoderoso en sus mayores obras: **Del adjutores, cooperadores veritatis** (1 Cor. 3,9; 3 Jn. 8). Sáis los sacrificadores del Altísimo, los santificadores de las almas, los mediadores entre Dios y los hombres, los jueces de las naciones, y los salvadores del mundo, que el gran Salvador ha dejado aquí abajo en lugar suyo, para continuar y completar la obra de la redención del universo. También ha querido El que llevéis el nombre de salvadores en las mismas Escrituras. En efecto, es de los sacerdotes, y especialmente de los primeros, de quienes se hace mención en estas palabras del profeta Abdías: "Los que deben salvar al pueblo, subirán a la montaña de Sión" (Abd. 21); y Clemente de Alejandría no pone dificultad en atribuirles la cualidad de redentores (**in Oseam**).

115-

De suerte que saís Jesucristo viviendo y obrando sobre la tierra, pues lleváis el nombre más bello, y más santo del Hijo de Dios, cual es el nombre de Jesús y de Salvador; representáis su persona, ocupáis su lugar, estáis revestidos de su realeza, de su sacerdocio, de su autoridad y de sus demás perfecciones divinas; obráis en su nombre y de parte suya; sóis empleados en sus mayores obras y debéis continuar la vida que El llevó sobre la tierra, y todas las funciones sacerdotales ejercidas por El.

116-

V111. MISION DEL SACERDOTE

52. Mediador, Juez y Salvador con Jesucristo O.C., 111 - 187.

Después de consejos prácticos sobre los deberes y funciones de los sacerdotes, el MEMORIAL DE LA VIDA ECLESIASTICA propone temas de meditación sobre el sacerdocio.

Tres son las cualidades principales que Nuestro Señor Jesucristo comunica a los sacerdotes, y especialmente a los pastores:

1. Son mediadores entre Dios y los hombres, para anunciarles sus divinas voluntades, para llamar, atraer y reconciliar a los hombres con Dios; para tributarle todos los homenajes, adoraciones, alabanzas y satisfacciones de que son ellos deudores; y para tratar entre Dios y los hombres los asuntos más grandes y más importantes del cielo y de la tierra, que miran a su gloria, a la salvación del mundo y al complemento de los sufrimientos de su Hijo para aplicárselos a las almas.

2. Son jueces del mundo con el Hijo de Dios; jueces, no en cosas terrestres y temporales, que

no son más que barro y humo, sino de las cosas celestes y eternas; jueces, no de los cuerpos solamente, sino de las almas; jueces no para dar un juicio pasajero, sino un juicio permanente y que perdurará por toda la eternidad; jueces a cuyos pies todos los jueces de las cortes soberanas, los reyes y los monarcas, están obligados a doblar las rodillas, someterse a su poder y someterse a su juicio.

3. Son salvadores del mundo con Jesucristo, y tiene este nombre en las sagradas escrituras... El Hijo de Dios los asocia consigo en esta bella calidad; quiere que cooperen con El en la salvación de las almas... Oulere que desempeñen el oficio de salvadores y que estén empleados en continuar y completar

117-

sobre la tierra la más grande y divina de sus obras, que es la obra de la redención del mundo: "Os envío como mi Padre me ha enviado" (Jn. 20,21).

Es en esta obra en la que Nuestro Señor Jesús empleó todos los momentos de su tiempo, todos sus pensamientos, palabras y acciones, todos sus trabajos, sus sudores, sus lágrimas, su sangre y su vida. Es también en esta obra en la que los sacerdotes, y mucho más los que son pastores, deben dar todo su corazón, su espíritu, sus pensamientos, sus afectos, todo su tiempo, todo su bien, todas sus fuerzas y diez mil vidas, si las tuvieran, para poder decir con San Pablo: "Por mi parte, muy gustosamente gastaré cuanto tengo y me gastaré totalmente por vuestras almas" (2 Cor. 12,15).

Los sacerdotes ocupan el lugar más noble y más digno en el cuerpo místico de Jesús, que es su Iglesia, es decir, el lugar de la cabeza y del corazón, puesto que todos los sacerdotes juntos no hacen más que un solo sacerdote con Jesús, que es la cabeza y el corazón de su Iglesia; y por consiguiente, están obligados a hacer todas sus acciones de una manera tanto más noble y perfecta, cuanto el corazón debe hacer sus funciones más nobles y excelentemente que los otros miembros del cuerpo.

53. "**Sic Jesu dilexit animas...**" O.C., IV - 171.

El libro del Buen Confesor prolonga esta meditación.

Todos los misterios que Nuestro Salvador cumplió en la tierra para la salvación del mundo, su Encarnación, su nacimiento, su circuncisión, su presentación en el Templo, su huida y su permanencia en Egipto, su infancia, su vida oculta y laboriosa, su vida solitaria y penitente, su vida pública con los hombres, su pasión, su muerte, todos sus pensamientos, todas sus palabras, todas sus acciones, todos sus sufrimientos, todas las ignominias que soportó, todas las heridas que recibió, todos los dolores que padeció, todas las gotas de sangre que vertió y todo el amor con el cual lo hizo todo y lo sufrió todo: todas estas cosas, digo, son otras tantas voces que claman: **Sic Jesu dilexit animas:** "Así es como Jesús ama a las almas". Así es como El las estima y las ama, y las ama más que cualquiera otra cosa. Así es como El las ama más que su reposo, más que sus propias satisfacciones, más que su reputación, más

118-

que sus intereses humanos, más que su sangre, más que su propia vida. Así es como El lo deja todo, se despoja de todo, lo da todo, lo hace y lo sufre todo por salvarlas. Así es como, durante treinta y tres años, se despoja de su gloria y de una felicidad infinita, que le eran debidas desde el momento de su Encarnación, con el fin de hacer a las almas gloriosas y bienaventuradas por siempre. . .

¡Oh, Salvador mío, quién pudiera decir, quién pudiera pensar cuán grande es el amor que tenéis por las almas! ¡Oh!, Jesús mío, puesto que tanto amáis a las almas, se puede decir con verdad

que no hay personas en el mundo que os sean más caras que las que cooperan con Vos en su salvación. Para estas personas derramáis a manos llenas y sin reserva toda clase de favores y bendiciones.

54. **Consejos a los Predicadores** O.C., IV - 21.

He aquí ahora los consejos detallados del Predicador apostólico acerca de la predicación.

Después de haber considerado atentamente la grandeza y la importancia de esta acción, hay que adorar a Nuestro Señor Jesucristo en las santas disposiciones con que predicaba cuando estaba en la tierra-, renunciar fuertemente a sí mismo; darse a El de todo corazón, suplicándole que nos anonade y se establezca El en nosotros, para que sea El quien predica por nuestra boca, ya que te pertenece a El solo anunciar la palabra de su Padre; aceptar por su amor las confusiones y mortificaciones que nos pudieren sobrevenir; es bueno también dar vuestra memoria al Padre, vuestro entendimiento al Hijo y vuestra voluntad al Espíritu Santo.

Ofrecer a la divina bondad los corazones de los oyentes y pedirle que los disponga a oír como conviene la santa palabra. Ofrecerlos también a la bienaventurada Virgen, a los Angeles y a los Santos patronos del lugar donde se predica.

Estando de rodillas (1) en el púlpito, humillarse de nuevo y abismarse en lo más profundo de su nada; y llamar desde allí al único a quien pertenece predicar, por estas palabras u otras

(1) **"Estando de rodillas..."; decir el Ave María ... : alusiones a los antiguos usos en la predicación. También Bossuet in sertaba un Ave María en el exordio de sus sermones.**
119 -

semejantes: **Veni Domine Jesu, veni, veni:** "Venid a mí para que me reduzcáis a la nada en este lugar, para que seáis Vos solo, y prediquéis vuestra divina palabra. Venid a los corazones de todos los que están aquí, para disponerlos a que hagan el buen uso que deseáis de ellos".

Al hacer la señal de la cruz y decir estas palabras: **In nomina Patris et Filii et Spiritus Sancti**, decirlas con gran atención y darse de lo más profundo de su corazón al Padre eterno para entrar en ese amor inmenso con que nos ha hablado El en su Hijo; (...) (darse) al hijo de Dios para entrar en la caridad infinita con la cual nos ha anunciado la palabra de su Padre; y al Espíritu Santo para unirse al ardor, a la piedad y a todas las santas disposiciones con las cuales ha hablado El por la boca de tantos santos predicadores. Y entregar también a sus oyentes al amor de Padre, a la caridad de Hijo y a la bondad de Espíritu Santo .

Decir el **Ave María** (1) en alta voz, pausadamente y con gran devoción.

Al predicar, hay que procurar conservar el espíritu de recogimiento y de piedad, considerando y saboreando las verdades que se anuncia. Cuando se habla contra los pecadores, pensar que se reprende uno a sí mismo.

55 a 58. **"Juan Eudes, Sacerdote Misionero"... O. C., X - 385.**

He aquí algunas cartas, en las que se expresa vigorosamente el espíritu apostólico de Juan Eudes. La primera va dirigida a dos compañeros de los primeros tiempos de la Congregación de Jesús y María. De Lion-sur-Mer (cerca de Caen), donde predicaba una misión, Juan Eudes les invita a venir a consagrarse definitivamente a la congregación. (2)

(2) El P. Le Mesle figura entre los ocho fundadores de la Congregación que eran miembros de derecho de las primeras asambleas generales (O. C., IX - 414). Si el P. Vigeon no es mencionado se debe a que murió en 1651 y por tanto, antes de la redacción definitiva de las constituciones.

120-

A los Señores Richard Le Mesle y Thomas Vigeon.

Para invitarlos a que vengan a hacer sus promesas de incorporación.

(Lion-sur-Mer, 23 de septiembre 1646).

Os ruego que vengáis aquí para completar perfectamente vuestro sacrificio, y para quedaros con vuestros hermanos que os aman tiernamente y desean ardientemente teneros **ad convivendum et ad commoriendum**, para toda la vida y hasta la muerte. Sabéis muy bien que los que miran atrás después de haber puesto la mano en el arado, no sirven para el reino de Dios. Venid, pues, mis amadísimos hermanos, en el nombre de Nuestro Señor y de su santísima Madre, y sed fieles a Aquel que os llama; venid sin demora, para que empleemos juntos el resto de nuestra vida en el servicio de nuestro Buen Maestro, conquistándole las almas redimidas al precio de su sangre.

O. C. X - 409.

La carta de la cual citamos el principio, debía servir como directorio a Jos Padres empleados en el único colegio del que Juan Eudes haya querido aceptar la dirección, el de Lisieux.

A los directores del colegio de Lisieux.

Avisos sobre su empleo y conducta.

(Caen, 15 Octubre 1657).

Jesús, el santísimo Corazón de María, sea vuestro corazón, vuestro espíritu y vuestra fuerza en la obra que emprendéis y comenzáis por su amor en la diócesis de Lisieux. Oficio importantísimo. Es la obra de Dios y de Jesucristo, puesto que se refiere a la salvación de las almas. Es la obra de la Madre de Dios, de los Apóstoles y de los más grandes santos. Es una misión de grandísima importancia, a la cual el Hijo de Dios, soberano Misionero, os envía y os dice "Yo os envío como mi Padre me ha enviado" (Jn. 20,21).

Váis a hacer esta misión con niños, en cuyas almas vais a poner los fundamentos del reino de Dios, y en los cuales hay muchos menos obstáculos, de ordinario, a las gracias divinas, que en las personas de más edad.

Con niños, que pertenecen a Dios por el Bautismo, que costaron la sangre del Hijo de Dios y que fueron creados para ver

121-

la faz de Dios, poseerlo y bendecirlo eternamente; con niños que son tan caros al Padre Celestial, que le ha dado a cada uno un príncipe de su corte para que le haga las veces de maestro guardián y en cierto modo hasta de servidor; "¿Es que no son todos ellos espíritus servidores con la 'misión de asistir a los que han de heredar la salvación?' (Heb. 1,14); con niños, finalmente, por los cuales tuvo tanto amor y ternura nuestro buen Jesús, y de los cuales dijo: "Dejad a los niños y no les impidáis venir a Mí, pues el reino de los cielos es para los que se les parecen" (Mat. 19,14).

Ponderad seriamente todas estas verdades, mis queridos hermanos; por ellas agradeceréis a Dios por la grandísima gracia que os ha hecho de emplearos en tan santa misión; buscad pues y poned con gusto todos los medios que podáis para cumplirla bien.

O. C., X - 431.

Una carta escrita en plena misión nos presenta algunos aspectos tomados el vivo. Contiene también un grito de pasión apostólica, que parece ser el eco de una carta de San Francisco Javier traducida y publicada en francés desde 1545.

Al Señor Blouet de Camilly, en París.
(Vasteville, 23 de Julio 1659)

Muy querido Hermano,

Yo no sabría deciros las bendiciones que Dios concede a esta misión: es ciertamente algo prodigioso.

Hace mucho tiempo que no predico en la Iglesia, porque aunque es muy grande, resulta sin embargo muy pequeña para esta ocasión. Puedo decir con toda verdad que los domingos tenemos más de quince mil personas.

Hay doce confesores, pero, sin hipérbole, habría trabajo para cincuenta. Viene gente de ocho y diez ~leguas, y los corazones están conmovidos, que no se ve sino flores, no se oye sino gemidos de los pobres penitentes y de las arrepentidas. Los frutos que ven los confesores en el tribunal, son maravillosos. Pero lo que nos aflige es que no podamos confesar ni la cuarta parte. Estamos abrumados. Los misioneros ven gente que per

122-

manece ocho días en espera, sin poder confesarse, y que se echan a sus pies donde quiera que los encuentren, suplicándoles con lágrimas y con las manos juntas, que los oigan. Y con todo, estamos ya en la sexta semana.

¡Oh!, qué gran bien son las misiones. ¡Oh!, cuán necesarias son. ¡Oh!, cuán grande mal se hace cuando se les pone obstáculo. ¡Oh!, si los que nos han impedido hacer muchas en esta diócesis supieran el mal que han hecho. "Padre, perdónales porque no sabían lo que hacían" (Lc. 23,34).

Pidamos, queridísimo Hermano, al Maestro de la misión, que envíe obreros y digámosle con frecuencia de todo corazón: **Domine messis, mitte operarios in messem tuam** (cf. Lc. 10,2). ¿Qué hacen en París tantos doctores y tantos bachilleres, mientras las almas perecen a millares por falta de personas que les tiendan la mano para sacarlas de la perdición y preservarlas del fuego eterno? Ciertamente, si yo me escuchara, me iría a París a gritar en la Sorbona y en los otros colegios: ¡Fuego!, ¡fuego!, ¡fuego del infierno que abrasa todo el universo! Venid, señores doctores, señores bachilleres, señores Abates, venid todos, señores eclesiásticos, para ayudar a apagarlo.

O. C., X - 448.

Finalmente un texto, por demás jurídico, y sin embargo lleno de fuego, concede a M. Sesseval el permiso de ir a las misiones de la China. (Partió en efecto con Monseñor Pallu y murió en camino, según parece, el 8 de diciembre de 1663).

Obediencia dada a M. Sesseval, alias Darriville,
para las misiones extranjeras.

Juan Eudes, sacerdote misionero, superior de la Congregación de Jesús y María, a todos cuantos vean esta carta, salud.

Acerca de lo que nos ha expuesto nuestro querido y amado hermano Pedro Sesseval, sacerdote misionero de nuestra Congregación, a saber: que al tener conocimiento de que se pierden innumerables almas en el reino de la China y reinos vecinos por falta de obreros evangélicos que les den la mano para librarlas de la perdición y ponerlas en el camino de la salvación, siente un ardiente deseo de unirse con varios eclesiásticos que se disponen a trasladarse a esas regiones. Mas, como quiere hacerlo todo con la perfección de una completa obediencia a los superiores que Dios le ha dado, nos suplica que le aceptemos ese propósito y le demos nuestra aprobación, nuestro consentimiento y nuestro permiso.

Nosotros, después de haber encomendado cuidadosamente este asunto a Dios, y después de haber hablado de eso con algunos de los principales de la Congregación, deseosos de cooperar en obra tan santa, por la cual sacrificaríamos de buen grado, mediante la gracia divina, hasta cien mil vidas si las tuviéramos, hemos consentido y consentimos con mucho gusto por las presentes, que el Padre Sesseval cumpla su piadoso y loable deseo, pues conocemos su piedad, su prudencia, su capacidad y muchas otras virtudes y buenas cualidades que Dios le ha concedido.

Sí, queridísimo hermano nuestro, de todo corazón aprobamos la santa empresa que pretendéis realizar por la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Id, pues, en nombre de la Santísima Trinidad, para hacerla conocer y adorar en lugares donde no es conocida ni adorada.

Id en nombre de Jesucristo, Hijo único de Dios, para aplicar a las almas el fruto de la preciosa sangre que derramó por ellas.

Id bajo la protección y salvaguardia de la divina María, para imprimir en los corazones el respeto y la veneración que te son debidos; y bajo la protección del bienaventurado San José, de San Gabriel, de vuestro Ángel guardián, de los Santos Apóstoles, de los lugares donde vayáis, para trabajar con ellos en salvar las almas perdidas y abandonadas.

Id en nombre y de parte de nuestra pequeña congregación para hacer en China y demás lugares a donde la Providencia os conducirá, lo que ella quisiera hacer en todo el universo derramando su sangre hasta la última gota, para destruir allá la tiranía de Satanás y establecer el reino de Dios.

Pero recordad que por ser esta obra muy apostólica, necesitáis una intención muy pura para no buscar más que la gloria de Dios, una profundísima humildad y desconfianza de vos mismo, una gran confianza en su infinita bondad, una entera sumisión a su adorabilísima voluntad y a la de los Prelados que os tendrán en su lugar, una paciencia invencible en los trabajos, un celo ardiente por la salvación de las almas y una sincera cordialidad para con los demás eclesiásticos y especialmente para con los religiosos de la Santa Compañía de Jesús, con

1 2 4 -

los cuales os pedimos con mucha insistencia que viváis siempre en una perfecta unión y comprensión. Meditad con frecuencia estas virtudes, pedidlas continuamente a Dios y procurad cumplirlas fielmente. Plegue a la divina bondad dároslo en perfección, con todas las demás gracias que os son necesarias y convenientes para cumplir perfectamente su santísima voluntad, y para que os comportéis por todas partes como verdadero misionero de la Congregación de Jesús y María y como

verdadero hijo de su amabilísimo Corazón.

Que el adorable Jesús y la divina María os den con este fin su Santa bendición; que ésta permanezca siempre en vos, y que os preceda, acompañe y siga por todas partes y en todas las cosas.

Con este deseo pronunciamos sobre vos, en el nombre de Jesús y de María, en el amor sagrado de su amantísimo Corazón, estas preciosas palabras de la Santa Iglesia: **Nos cum Prole pla benedicat Virgo María** (1).

59. **Una oración litúrgica O. C., XI - 514.**

Fiel al espíritu sacerdotal heredado del P. de Bérulle, San Juan Eudes hace aprobar, desde 1649, un oficio compuesto por él en honor del sacerdocio de Jesucristo y de los santos Sacerdotes y Levitas. Las comunidades eudistas celebran esta fiesta el 13 de noviembre. Esta es la Colecta.

¡Oh!, Dios, gloria de vuestros sacerdotes,

Vos nos habéis dado a vuestro Hijo como Soberano Sacerdote
y Pastor vigilante de nuestras almas;

Vos le habéis agregado, para sacrificaros una hostia pura,
los santos Sacerdotes y Levitas.

Por la oración de la Bienaventurada María siempre Virgen
y de los santos Sacerdotes y Levitas,

(1) **"Que la Virgen María nos bendiga con su divino Hijo". Estas palabras son utilizadas por los superiores eudistas como fórmula de bendición.**

125-

dignaos reanimar en vuestra Iglesia el espíritu de gracia que fue el suyo-, Llenos de este espíritu, procuraremos amar lo que ellos amaran y obrar como nos lo enseñaron por la palabra y por el ejemplo.

Por Nuestro Señor Jesucristo.

126-

IX. EL CORAZON DE MARIA

Los textos de N? 60 al 64 están tomados de estas obras: **El corazón admirable de la sacratísima Madre de Dios. Oficio en honor del Divino Corazón de Jesús.**

60. **El Cuerpo Místico nació en el Corazón de María** O. C., IV - 144.

En una larga , meditación -que prolonga las de los grandes escritores de la época patrística- San Juan Eudes se detiene en grandes imágenes bíblicas, "Cuadros" en que su mirada discierne y contempla el Corazón de María que es Jesús mismo. María es la "Buena tierra" donde fiagerminado nuestra Salvación; es la "Fuente" de donde brota la vida.

El tercer cuadro de~l nobilísimo Corazón de la Reina de] cielo, es lo que va expresado en estas santas palabras: "Dios nuestra Rey obró -la salvación EN MEDIO DE LA TIERRA: **Deus Rex noster operatus est salutem** IN MEDIO TERRAE (Ps. 73, '2) ... ¿Cuál es esta preciosa tierra? Es la Santísima Virgen. Respecto de Ella, la primera tierra, considerada en el estado en que Dios la había hecho y en que estaba antes de la maldición de] pecado, es una sombra y un dibujo, aunque muy imperfecto.

De esta tierra habló el Espíritu Santo cuando dijo: **Aperiatur terra et germinet Salvatorem**: "Abrase la tierra para ~producir al Salvador" (Is. 45,8) ...

En el medio de esta tierra es donde Dios obró nuestra salvación: **Operatus est salutem In medio terrae** (...) O según otra versión, **in intimo terrae** "en el medio, en el corazón de esta tierra"; es decir, en el Corazón y en el seno de esta Virgen incomparable. Sí, es en el medio de esta buena tierra, o por decir mejor, es en este bueno y bonísimo Corazón de María, Madre de Jesús **In Corde bono et optimo** (Lc. 8,15), donde la pa
1 2 7 -

labra increada y eterna, saliendo de] seno de Dios para venir a salvar a los hombres aquí abajo, ha sido recibida y conservada cuidadosamente; donde el trigo de los elegidos **Frumentum electorum** (Zac. 9,17) ha sido sembrado en abundancia, y donde produjo su fruto al céntuplo y mil veces al céntuplo.

Es lo que se declaró en esta divina profecía de] Espíritu Santo, que contiene muchos grandes y admirables misterios...:

"Habrà profusión de trigo en la tierra,
en la cima de los montes ondeará;
como el Líbano, al despertar
sus frutos, y sus flores
cual hierba de la tierra (Ps. 71,16).

¿Cuál es en efecto, os pregunto, ese trigo esparcido con profusión, sino el Hijo único de Dios, el Verdadero trigo de los elegidos, el pan de Dios, que es la vida y la fuerza del corazón del hombre: **Panis cor hominis confirmet** (Ps. 103,15). .---que el Padre eterno ha esparcido y esparce todos los días a manos llenas, cuando nos lo ha dado con tanto amor por el misterio de la Encarnación, y que nos lo da continuamente con tanta bondad por la Santa Eucaristía? ¿Qué son esos montes de alítas cimas, sino su dignísima Madre? ...

Sobre estos montes de altas cimas, en el medio de esta tierra santa, en el buenísimo Corazón de

la buenísima María, ,es donde este adorable trigo ha sido sembrado y esparcido primeramente, puesto que ella lo recibió primero en su Corazón, antes de recibirlo en sus entrañas. Después de lo cual se extendió por todo el universo bajo el soplo de los predicadores apostólicos animados por el Espíritu Santo, y se multiplicó infinitamente en todos los corazones de los verdaderos cristianos.

De suerte que puede decirse con verdad que Jesús es el fruto, no solamente del vientre, sino del Corazón de María; como también que todos los fieles son los frutos de ese mismo Corazón ... En efecto, así como la fé, la humildad, la pureza, el amor y la caridad de su corazón la hicieron digna de ser Madre del Hijo de Dios; así también esas mismas virtudes de su sagrado Corazón, ~le han valido la calidad de Madre de todos los hijos de Dios. Y como el Padre eterno le ha dado el poder, revistiéndola de su divina virtud por la cual da nacimiento a su Hijo desde toda eternidad en su seno adorable: "Ta virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra" (Lc. 1,35); poder, digo, de
128-

concebir a ese mismo Hijo en su Corazón y en su seno virginal: del mismo modo le ha dado poder, al mismo tiempo, de formarlo y hacerlo nacer en los corazones de los hijos de Adán, y hacerlos por este medio miembros de Jesucristo e hijos de Dios. Y así como ella concibió, llevó y llevará eternamente a su Hijo Jesús en su Corazón, así concibió igualmente, llevó y llevará por siempre en ese mismo Corazón a todos los santos miembros de esta divina cabeza, como a sus hijos muy amados y como el fruto de su Corazón materna; del cual hace una oblación continua y un sacrificio perpetuo a la divina Majestad.

Así es como esta **buen a tierra** ha hecho fructificar el grano de trigo que cayó en ella, y fue sacrificado y como destruido, para no quedar solo sino producir cantidad innumerable de otros granos. Así es como este buenísimo Corazón ha producido su fruto al céntuplo de diez mil veces. Así es como el Rey de Reyes y el Dios de dioses ha cumplido la obra de nuestra salvación en medio de la tierra.

61. En el Corazón de María, encontramos a Jesús... O.C., Vi - 168, 187.

El cuarto cuadro del bienaventurado Corazón de la benditísima Virgen, es esa maravillosa "Fuente" que Dios hizo brotar de la tierra en el principio del mundo, de la cual se habla en estos términos en el capítulo segundo del Génesis: **Fons ascendebat e terra, irrigans universam superficlem terrae**; "Una fuente brotaba de la tierra y regaba toda la superficie del suelo" (Gen. 2,6) ...

Yo encuentro en vuestro santo Evangelio, ¡oh!, Jesús mío, que un día mientras estábais visiblemente en este mundo, yendo a pie de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, para llevar a las gentes la divina palabra de vuestro Padre, cansado y fatigado por el trabajo del camino, os sentásteis junto a la fuente, llamada fuente de Jacob; se encontraba allí una pobre mujer que había venido a sacar agua; vos aprovechásteis la ocasión para catequizarla. Entre las muchas santas instrucciones que le dísteis, le dijísteis que teníais agua viva para dar, con esta propiedad que quienes bebían de ella, nunca más tendrían sed, es decir, no tendrían más sed de las aguas envenenadas que da el mundo a los que le siguen.
129 -

También encuentro en otro lugar del mismo Evangelio, que por vuestra infinita bondad para con los hombres, y encendido vuestro Corazón en deseo infinito de darles a todos de esta agua viva, estábais un día en el templo de Jerusalén en medio de una gran multitud, y gritásteis en alta voz diciendo: **Si alguno tiene sed, que venga a Mí, y que beba** (Jn. 7,37).

Eso que hicísteis en esa ocasión, Señor mío, lo hacéis aún todos los días. Yo os veo, no ya junto

a la fuente de Jacob, sino en medio de esta divina fuente de que se trata aquí, y os oigo gritar sin cesar: **Si alguno tiene sed, que venga a Mí, y que beba.** Venid a mí todos los que estáis cargados, fatigados y sedientos en el camino de este mundo, lleno de trabajos y de miserias: Venid a mí aquí, es decir, a la fuente, no de Jacob, sino del Corazón de mi dignísima Madre, donde me encontraréis; pues he establecido aquí mi morada para siempre. Yo hice esta bella fuente, y con mucho más amor para con mis hijos, que la que había hecho al principio del mundo para los hijos de Adán.

la hice para vosotros; la he llenado de una infinidad de bienes para vosotros; estoy -en ella para vosotros; allí estoy para descubrirlos y distribuirlos los tesoros inmensos que he ocultado en ella; estoy allí para refrigeraros, fortificaros y daros nueva vida con las aguas vivas de que rebosa; allí estoy para alimentarlos con la leche y la - miel y para embriagarlos con el vino que de ella destilan. ¡Venid, pues, a mí'

Hace mucho tiempo, Salvador mío, que clamáis así; pero son pocas las personas que abren los oídos a vuestra voz. Si el mundo no escucha al Maestro, tampoco escuchará al servidor. No importa, permitidme gritar con Vos, a fin de que el servidor imite al Maestro.

¡Oh!, quien me diera una voz bastante fuerte para ser escuchado en todo el mundo: **Omnes sitientes, venite ad aquas; et qui non habetis argentum properate, venite, en absque argento, vinum et lac:** "Todos los que tenéis sed, venid a beber de las bellas y buenas aguas de nuestra fuente milagrosa; y aunque no tengáis dinero, apresuraos sin embargo, venid, y comprad sin dinero vino y leche de esta fuente" (Js. 55,1)...

Properate, apresuraos, ¿qué estáis esperando? ¿Por qué tardáis un solo momento? ¿Teméis acaso ofender la bondad sin
130-

igual del adorabilísimo Corazón de Jesús, vuestro Dios y Redentor, si os dirigís a la caridad del Corazón de su **Madre?** Pero, ¿no sabéis que María no es nada, no tiene nada y no puede nada sino de Jesús, y por Jesús y en Jesús; y que Jesús es todo, puede todo y hace todo en Ella? ¿No sabéis que es Jesús quien ha hecho el Corazón de María tal como es, y que se ha propuesto hacer de él una fuente de luz, de consuelo, y de toda clase de gracias, para todos cuantos recurran a ella en sus necesidades? ¿Ignoráis acaso que Jesús no solamente reside y permanece continuamente en el Corazón de María, sino que El mismo es el Corazón de María, el Corazón de su Corazón y el alma de su alma? Honrar el Corazón de María, es honrar a Jesús, invocar el Corazón de María, es invocar a Jesús.

131-

X. EL CORAZON DE JESUS

El X11e libro del CORAZON ADMIRABLE está consagrado al Corazón de Jesús; pero ya en los libros precedentes se hace alusión a él: Veamos este comentario del famoso texto de Ezequiel, capítulo 36.

62. UN CORAZON NUEVO PARA SER VUESTRO CORAZON O.C., Vi - 261.

¡Oh!, Dios mío, ¡cuán excesiva es vuestra bondad y cuán admirable vuestro amor hacia nosotros! Sólo infinitamente digno de ser amado, alabado y glorificado; nosotros tenemos una infinidad de obligaciones de amaros y glorificaros; pero, como no tenemos ni corazón ni espíritu que sea digno ni capaz de saldarnos esas obligaciones, vuestra incomparable sabiduría nos ha encontrado, y vuestra inmensa bondad nos ha dado un medio admirable para satisfacerlas plena y perfectamente: pues nos habéis dado el Espíritu y el Corazón de vuestro Hijo que es vuestro propio Espíritu y vuestro propio Corazón; y nos lo habéis dado para que sea nuestro propio espíritu y nuestro propio corazón, según la promesa que nos habéis hecho por boca de vuestro profeta, en estas palabras: **Dabo vobis cor novum, et spiritum novum ponam in medio vestri**: "Yo os daré un corazón nuevo, y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros" (Ez. 36,26). Y para que supiésemos cuál era ese corazón y ese espíritu nuevo que nos prometíais, habéis agregado: **Spiritum meum ponem in medio vestri**: "Pondré mi Espíritu, que es mi Corazón, en medio de vosotros". Sólo el Espíritu y el Corazón de un Dios pueden ser dignos de amar y alabar a un Dios y pueden ser capaces de bendecirle y amarle en el grado en que debe serlo. Por eso, Señor mío, nos habéis dado vuestro Corazón, que es el Corazón de Vuestro Hijo Jesús, como también el Corazón, de su divina Madre y los corazones de todos sus Angeles y Santos, pues todos ellos juntos no son sino un

132-

solo corazón: **Cor unum et anima una (Art. 4,32)**; así como la cabeza y los miembros no forman sino un solo cuerpo...

Poned esto en vuestro espíritu, que se os ha dado ese Corazón **ut colatis Deum, et faciatis ejus voluntatem corde magno et animo volenti**: "para que sirváis y honréis a Dios, y hagáis su voluntad con un gran corazón y un grande amor", es decir, con un corazón y un amor dignos de su grandeza infinita (2 Mac. 1,3).

Para lograr esto, renunciad a vuestro propio corazón, es decir, a vuestro propio espíritu., a vuestra propia voluntad y a vuestro amor propio; daos también a Jesús, para penetrar en la inmensidad de su gran Corazón, que contiene el Corazón de su santa Madre, y de todos sus Santos, y para perderos en ese abismo de amor, de caridad, de misericordia, de humildad, de pureza, de paciencia, de sumisión y de santidad...

Cuando se os pregunte si lo amáis, decid: "Sí, yo quiero amarlo, y con todo mi gran corazón, y para eso me doy a El". Cuando se os pregunte si queréis hacer o sufrir algo por su amor, decid: Sí, lo quiero, y con todo mi gran corazón, y por eso me doy a El". Si amáis a vuestro prójimo y tenéis que hacer alguna obra de caridad, amadle y haced por El todo cuanto debéis, en la caridad de vuestro gran corazón. Si odiáis y de-testáis el pecado, que sea por el odio y detestación que tiene vuestro corazón contra el pecado. Si se trata de humillarse, que sea en el espíritu de humildad de vuestro gran Corazón. Si es cuestión de obedecer, que sea en el espíritu de obediencia de vuestro gran Corazón. Si hay que sufrir algo, que sea en el espíritu de humildad, de paciencia, de sumisión y de amor a vuestro gran Corazón. Si tenéis que hacer alguna oblación, donación o sacrificio a Dios, de vosotros mismos o de cualquiera otra cosa, que sea en el espíritu de amor y celo de vuestro gran Corazón. Si hay que orar a Dios y pedirle alguna gracia, que sea en el espíritu de humildad, de confianza y de resignación de

vuestro gran Corazón. Si hay que adorar, alabar y agradecer a Dios, que sea en unión de las adoraciones, alabanzas y acciones de gracia que le han sido, le son y le serán tributadas por vuestro gran Corazón y en unión de todas las santas disposiciones con las cuales este mismo Corazón lo alaba, adora y bendice sin cesar. Cuando digáis estas santas palabras: **confitebor tibi, Domine, in toto corde meo**: "Os alabaré, Señor, con todo mi corazón" (Ps. 110,1), que vuestra in
133-

tención sea de hablar de vuestro gran Corazón. En fin, cualquier cosa que hagáis, hacedlo todo en el espíritu y en las disposiciones de vuestro gran Corazón, renunciando al vuestro y dándoos a Jesús para obrar en el espíritu que anima el suyo.

63. **"El Corazón de Jesús y María" Ejercicio de Piedad, O. C., 11 - 363.**

He aquí una traducción de la salutación compuesta por San Juan Eudes en honor de; santísimo Corazón de Jesús y María. "No obstante ser distintos el Corazón del Hijo y el de la Madre al que sobrepasa Infinitamente, se puede decir con verdad, que no son sino un Corazón, por haber estado, siempre animados por el mismo Espíritu y llenos de los mismos sentimientos..."; además, Jesús vive y reina de tal manera en María, que verdaderamente es el alma de su alma, el espíritu de su espíritu y el corazón de su Corazón, de tal suerte que hablando propiamente, el Corazón de María, es Jesús

Te saludamos, Corazón santísimo,
Corazón dulcísimo,
Corazón humildísimo,

Te saludamos, Corazón purísimo,
Corazón devotísimo,
Corazón sapientísimo,

Te saludamos, Corazón pacientísimo,
Corazón obedientísimo,
Corazón vigilantísimo.

Te saludamos, Corazón fidelísimo,
Corazón felicísimo,

Corazón lleno de misericordia.
Te saludamos, Corazón amantísimo de Jesús y María.

(1) Este texto explica el empleo de la expresión Te adoramos, que podría extrañar. Explicaciones más detalladas se podrán encontrar en las O. C., 11, 363, N? 2 y 367, n. 1; pero sobre todo en J. ARRAGAIN, Lo Coeur du Seigneur, Paris, 1955, p. 62.
134-

Te adoramos, te alabamos,
Te glorificamos, te damos gracias,
Te amamos con todo nuestro corazón,
con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas.
Te ofrecemos nuestro corazón, te lo damos,

Te lo consagramos, te lo sacrificamos.
Recíbelo y poséelo todo entero;
purifícalo, ilumínalo, santifícalo.
Vive y reina en él, ahora, siempre y por todos los siglos.
Amén.

64. **Misa en honor del Divino Corazón de Jesús O. C., XI - 506.**

El oficio del Corazón de Jesús forma una síntesis riquísima de los grandes temas espirituales, familiares a San Juan Eudes. El texto del oficio y de la misa, acompañado de una traducción, conforme en parte a la del Padre Bourrée (1700), ha sido publicado recientemente en Le Coeur du Seigneur (París, La Colombe, 1955). - Aquí damos solamente una traducción de los textos de la misa (menos la secuencia) con un breve comentario, haciendo resaltar los tres temas principales.

MISA DEL DIVINO CORAZON DE JESUS

INTROITO

Alegrémonos todos en el Señor, y celebremos con toda solemnidad este día en honor del Corazón amante de Jesucristo Nuestro Redentor. Los serafines adoran su Amor, y cantan a una sola voz: Su reino y su poder duran eternamente.

Señor, os alabaré con todo mi Corazón en la sociedad de los justos y en la asamblea de los pueblos.

COLECTA

Padre de las misericordias, Dios, Fuente de todo consuelo, que por el inmenso Amor con que nos has amado, nos has dado el amante Corazón de -tu Hijo, para que pudiéramos amarte perfectamente en un solo Corazón con EU haz que nuestros corazones, unidos entre sí y con el Corazón de Jesús, vivan en su caridad y obtengan por su intercesión, sus justas súplicas. Por Nuestro Señor Jesucristo.
135 -

LECTURA

LECTURA DEL PROFETA EZEQUIEL: (36,23-27)

Palabra de Señor Dios:

"Yo santificaré mi gran nombre profanado entre las naciones, profanado allí por vosotros. Y las naciones sabrán que yo soy Dios, cuando yo, por medio de vosotros manifieste mi santidad a la vista de ellos. Os tomaré de entre las naciones, os recogeré de todos los países y os llevaré a vuestro suelo. Os rociaré con agua pura y quedaréis purificados de todas vuestras manchas; y de todos vuestros ídolos os purificaré. Y os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros".

CANTOS DE MEDITACION

Porque sólo sus hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu y el Corazón de su Hijo,

para gritar allí. ¡Abba, Padre! Tened en vuestros corazones los sentimientos de su Corazón: vivid en el Amor, así como El os ha amado.

Como mi Padre me ha amado, os he amado Yo: mi mandamiento es que os améis los unos a los otros, como Yo os he amado. Permaneced en mi Amor.

Aleluya. Mi Corazón está pronto, Dios de mi Corazón, mi Corazón está pronto para cumplir siempre lo que Tú quieras, con un gran Corazón y un grande amor. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación de Evangelio según San Juan, 15,9-17.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: "Como el Padre me amó, así también yo os he amado a vosotros; permaneced en mi amor; si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Os he dicho estas cosas, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado. Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No me ha

136-

béis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y un fruto que permanezca; de modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda. Lo que os mando es que os améis los unos a los otros".

OFERTORIO

Dígnese el Señor, acordarse de tu Sacrificio, ¡ohi, Jesús amantísimo; que tu ofrenda le sea agradable; que te escuche según tu Corazón y que cumpla tus anhelos de Salvación.

SECRETA

Dios todopoderoso, envía a nuestros corazones el Espíritu y el Corazón de Jesús, tu Hijo muy amado; para que podamos, unidos con El en un solo Corazón y un solo Espíritu, ofrecerte la única Hostia, sacrificándonos a tí con toda nuestra vida. Por Jesucristo Nuestro Señor.

COMUNION

¡Ohi, Jesús, lleno de amor: Por vuestro Corazón, destrozado de Amor y de dolor por nosotros, escucha nuestras oraciones; ten piedad y posee nuestros corazones por siempre.

POSTCOMUNION

Escucha, Padre bondadosísimo, las oraciones de tus hijos, postrados de todo corazón a tus pies: que la ardiente caridad de Corazón amante de tu Hijo penetre nuestros corazones y se nos comunique poderosamente con su divino fuego; que por la intercesión de este Corazón Sagrado, en el fuego de tu Amor y la llama de la caridad eterna, se sacrifiquen nuestros corazones por siempre y se cumplan sus justos deseos. Por Nuestro Señor Jesucristo.

PRINCIPALES TEMAS DE LA MISA:

(1) AMOR; (2) **CUERPO MISTICO**; (3) **SACRIFICIO**,

INTROITO

(1) El Corazón admirable de Jesús es el principio y la fuente de su Encarnación, de su Nacimiento, de todo cuanto pensó, dijo y sufrió en la tierra -por nuestra Salvación. Pues ha sido su Corazón abrasado de amor hacia nosotros el que le ha Inducido a hacerlo **todo por nosotros**. O.C. Vifi, 309.
137-

Sí, "de todo mi corazón% puesto que... este Corazón de Jesús es mi Corazón, atrevidamente lo diré: pues si Jesús es mi Cabeza, ¿no es acaso mío lo que es de mi cabeza? O.C. VilL 270.

COLECTA

(2) Habiendo querido Jesús, vuestro amadísimo Hijo, por un exceso de su incomparable bondad, ser nuestra cabeza y que nosotros fuéramos sus miembros, nos ha asociado con El en el Amor que os tiene, y nos ha dado por consiguiente el poder de amaros con el mismo amor con que El os ama. O.C. Vffl, 211.

LECTURA

El "Agua pura" de; Bautismo ha puesto en nosotros un "Corazón nuevo":

(2) ¡Oh!, qué ventaja ser miembros de; Hijo de Dios, y no ser más que uno con El, como los miembros no son más que uno con su cabeza; y por consiguiente, no tener más que un espíritu, más que un corazón, ni más que un Amor con El, pudiendo amar a su divino Padre y Padre nuestro, con un mismo Corazón, y en un mismo amor con El. O.C. Vil], 212.

(1) **"Yo os reuniré" en el Amor:**

¡Oh!, amabilísimos Corazones de Jesús y de María, que no sláis más que un Corazón por unidad de espíritu, de voluntad y de afecto, haced que vuestro indigno hijo no tenga más que un corazón con vosotros y con todos los corazones que os pertenecen. -O.C. Vli], 308.

CANTOS DE MEDITACION

(2) **El espíritu de; Hijo que os ha sido dado, dice en, vuestros corazones: "Padre"!**

¡Oh!, Corazón amabilísimo y ¡lleno de amor de mi Salvador, sed el Corazón de mi corazón, el alma de mi alma, el espíritu de mi espíritu, la vida de mi Vida, y el único principio de todos mis pensamientos, palabras y acciones, de todo el uso de las facultades de mi alma, y de todos los sentidos interiores y exteriores. O.C. Vil], 323.

(1) **Viene a amar en nosotros:**

¡Oh!, Corazón de Jesús puesto que el Padre de las misericordias y el Dios de todo ~onsuelo os ha

dado a mí al darme a mi Jesús, y que sólo verdaderamente mi corazón, amado por
138-

mí todo lo que yo debo amar, y en la manera en que Dios quiere que yo lo ame. O. C. Vffl, 308.

(3) Por amor a nosotros el amable Jesús ha renunciado a su propia voluntad para realizar la obra de nuestra salvación por la sola voluntad de su Padre, especialmente cuando te habló en el huerto de los Olivos en esta forma: "¡Padre mío, no se haga mi voluntad, sino la vuestra!" O.C. Vilj, 345.

EVANGELIO

(1) He aquí al Rey de los Reyes, al Santo de los Santos, al Hijo único de Dios, al Hijo único de María, que descendió del cielo adrede, y que vino a esta tierra para decirnos:~'Ego dilexi vos'. "Ego" yo que soy el Creador de todas las cosas, yo que gobierno todo el universo, yo que poseo todos los tesoros del cielo y de la tierra, yo que hago todo cuanto quiero, y a cuya voluntad nadie puede resistir, yo os amo. ¡ph!, Salvador mío, ¡cuán gloriosa es para nosotros esta palabra!

Amado como yo os he amado!

(3) ¡Oh, Dios de mi corazón, que vuestro amor que os hizo morir por mí, también me haga a mí morir por Vos!

(2) **"Orar en su Nombre" es orar con...**

---su Corazón adorable que nos dió para que nos sirviésemos de él, como de nuestro propio corazón, para adorar a Dios tanto cuanto El es adorable, para amarlo todo lo que El merece serio, y para satisfacer a todas nuestras obligaciones de una manera que sea digna de su Majestad suprema.

OFERTORIO

(3) **El Corazón de Jesús, "altar del Amor divino".**

Es sobre este altar donde el fuego sagrado de este mismo amor está encendido noche y día. Es sobre este altar donde el Soberano Sacerdote Jesús se ofrece y se sacrifica a sí mismo como víctima de amor, como la más santa y la más preciosa víctima que jamás haya podido existir. O.C. Vill, 338.

SECRETA

(3) ¡Oh, Buen Jesús, grabad Vos mismo la imagen de vuestro sacratísimo Corazón en nuestros corazones, y haced que no vivan más que por amor hacia vuestro Padre; y que muramos de amor por Vos, así como Vos habéis muerto de amor por vuestro Padre. O.C. VIfi, 333.
139-

COMUNION

(1) ¡Oh, Corazón benignísimo. nunca habéis estado sin amarme. Que tampoco mi corazón palpita sino para amaros. O. C. Viij, 305.

POSTCOMUNION

(1) ¡Oh, Jesús, amado por mí a vuestro divino Padre, y abrazad mi corazón en el amor que Vos

le tenéis O.C. Vffi, 306.

(3) Ofrezcámonos a El y pidámosle que nos ponga entre las víctimas de su amor, que nos consuma enteramente, como holocaustos de su amor, en los fuegos divinos que arden continuamente sobre el altar de su Corazón. O.C. V111, 338.

(2) ¡Ohi, Corazón admirable, principio de mi vida, que yo no viva más que en Vos y por Vos. O.C. V111, 304.

140-

Este libro se terminó de imprimir
el día 20 de Octubre de 1976,
en la Editorial Gamma,

Medellín - Colombia.

